



Sombras nada más

Enrique Cerdán Tato

-5-

«¿En qué región? No la conozco. Allá todo encaja, una cosa se mete suavemente en la otra. Sé que esa región existe, en alguna parte, hasta la veo, pero no sé dónde, y no consigo acercarme.»

Franz KAFKA

-[6]- -7-

△▽

- 1 -

De cómo con aquel sorteo extraordinario de la Natividad del Señor Jesucristo, se desvaneció, en Puebla, la loca fortuna del juego del loto

Tras una contumaz sequía de por años, aquellas vísperas navideñas, se desparramó sobre Puebla del Socorro toda una fabulosa lluvia de cientos y cientos de millones. Cuando menos, así lo proclamaron jubilosamente los periódicos de la tarde, las emisoras de radio y hasta la mismísima televisión, al cabo de la tensa pausa que abrió un número cantado por los infantes de San Ildefonso.

Pero la huerta abrasada, las acequias y los azarbes viscosos de bichas, las propias aguas corrompidas y pugnantes del Segura y el caserío ya de humo de tabaco capero evaporaron fugazmente la supuesta lluvia de beneficios, sin que de tal acontecimiento quedara ni el más leve rastro. Puebla del Socorro, ajena al alarde informativo, continuó, pues, sometida al sofocante proceso de aniquilación.

Desconcertados y abatidos, reporteros, fotógrafos y cámaras desistieron de nuevas e infructuosas pesquisas, después de golpearse reiteradamente con el unánime desprecio y el áspero sarcasmo de las ochenta y dos almas censadas en aquel desvaído villorrio. Sin saber muy bien cómo, la sensacional y socorrida noticia de cada 22 de diciembre, se les esfumó de entre las manos.

-No lo entiendo. No lo puedo entender, chicos. Pero me huelo que aquí no hay ni un puto duro -concluyó el sagaz enviado especial de un rotativo madrileño.

Mientras tanto, las sombras absorbían ya ávidamente el aliento beige del río, entre los cañaverales y el inmóvil pasmo de los teletipos. Josechu Aresti, de la agencia Eagle -8- Press, se alzó el felpudo cuello de la pelliza, me hostian, aseguran que comentó, mañana, me hostian. La noche cargaba a espuestas una humedad de espumas industriales. Algún cabrito nos ha pegado el gran pisotón. Algún cabrito, os lo digo.

Eran como insectos y se orientaron hacia las luces de Almoradí. A prisa, a prisa. Me muero por un cubata. O por un vodka, con mucho hielo granizado. O por una cerveza. Yo me conformo con una humilde cerveza. Como insectos urbanos e inermes, en medio de aquel sequedal, iniciaron la humillante retirada: el bolígrafo virgen, la grabadora virgen, la película virgen. ¡Qué desastre, santo cielo, qué desastre! Y el redactor-jefe (o el director, en persona, con los caninos triturando el egregio prestigio de un *Davidoff*) toda una tremenda obscenidad machacona y acidulada, ¿y dónde, coño, se han metido esos cientos y cientos de millones, eh? ¿Dónde, coño, se han metido?

Pero atrás, en lo oscuro, Puebla del Socorro permanecía impenetrable, silenciosa, hostil, ajena al súbito y frustrado alarde informativo.

Al segundo whisky, Leo Ros decidió sacudirle un *uppercut* al enano afortunado. Sí. Primero, finta va, finta viene, lo arrinconaría entre las cuerdas. Sí, muy bien. Luego, zas, el certero y fulminante *uppercut* y ¡¡brrrruuummmmm!! Ja, ja, ja... Sí, perfecto. Allí estaba K.-O. el repugnante hombrecillo de las pústulas redondas y numeradas, «El fanático por la lotería o el enano afortunado» (¿acaso no era más que el vaporoso recuerdo de un grabado del siglo XVIII?). Pero allí estaba, en el centro del ring, y él, Leo Ros, aclamado, una y otra vez, por sus enardecidos lectores, con la sustanciosa recompensa de aquella exclusiva, en el bolsillo. Lo vio todo bajo la llamarada de un repentino flash de alcoholes rampantes. Un nuevo asalto, quizá, o, quizá, un nuevo y copioso whisky, y asunto liquidado. Ja, ja, ja... Sí, sí. Lo vio todo: al hombrecillo *groggy* (¿acaso no era más que el cadáver inverosímil de un títere, con bicornio e

ilusiones?), junto a los desbocados culos de trufa, de frambuesa, de papaya, que exhibían -9- dos golosas adolescentes, tetas afuera, ar, y ¡¡haaaaaaaammmmmmmm!! Le habían dicho que tenía el puño de hierro, cuando sus crónicas de Vietnam, ¿y los cojones, qué? Aún estornudando el fósforo vertido en las selvas de xanu, voló, de un solo trago (¿acaso no conoció nocturnamente, con el licor irisado del arroz, la suave voluptuosidad de una thailandesa esfínter elástico?) a San Francisco, para reintegrarse casi de inmediato (una fiesta de rosas en el paraíso *hippy* de Haight-Ashbury) a su corresponsalía neoyorquina -tres años, tres- gracias a la cual se agenció además una antediluviana *underwood* entrenada por su antiguo propietario -el columnista caquético del «Herald Tribune»-, para correr a fondo en el Pulitzer, y unas fastuosas venéreas obsequio de... de una compatriota becaria de ya no recordaba qué leches que le habían recomendado, ¡vaya mierda de recomendación! Otros tiempos y otro whisky, ¿no? Pues ahora los culines se rebullen ansiosos, en lo alto de los taburetes y el enano K.-O. Muy seco, el so joputa, después de aquel delicioso *uppercut*. Y es que Leo Ros nunca tiraba la toalla, como los folicularios de sus compañeros. Sí, folicularios, ¿lo oís bien? ¡¡foliculariiiiios!! Leo Ros tenía siempre a punto, siempre en forma, la musculada intuición periodística y husmeaba los cientos y cientos de millones, bajo las piedras de Puebla del Socorro (¿acaso no barruntó la caja registradora, en la palabra mordaz del viejo y astuto patán o en los ojos huidizos de la mujer del supuesto picapleitos, de soltera señorita murciana barriga verde?). Ja, ja, ja... Los había agarrado por el pescuezo. Pagó la consumición, ¿y los jóvenes culos trufados? ¿Dónde, coño, están mis jóvenes culos trufados? Preguntó. Eeeeeeeeh, barman, eeeeeeeeh. Preguntó, ¿de acuerdo?... Vale. Ni siquiera percibió el aire salinamente frío de la madrugada. Rambla abajo, corría un estruendo precursor de pitos, matracas y zambombas, el bullicio, en fin, de una exigua multitud que anticipaba vísperas pascuales. Leo Ros esquivó el encuentro, cruzó el paseo de palmeras y se asomó al mar. De pronto, vaciló al borde mismo de la doméstica lámina líquida lubricada de aceites luminosos y emprendió el regreso al hotel, muy próximo, como un mal tajo que decapita -10- la playa, un tajo afilado de especulaciones, te repito, y sé que me encuentro en Alicante, por supuesto. (¿Acaso no fue, en aquella ciudad, donde inició su irresistible ascensión, disculpas, querido Bertolt, veintimuchos años antes, su larga ascensión, por las largas piernas de gacela de Elsa, de Elsita, sumergidas en un excitante baño lunar, hasta las bragas rebosantes de rizados pelines en fuga y el incendiario ¡¡haaaaaaaammmmmmmm!! de un grupo de ocasionales *voyeurs* salidos como orangutanes?) Sí, que sí. Recordaba, con fluidez, con meticulosidad, el episodio: un carguero de bandera griega fletado por una productora británica, para filmar una rocambolesca aventura con Trevor Howard, Pedro Armendáriz y Elsa, Elsita Martinelli, en la isla de Tabarca. Y, dato para los cronistas oficiales de la siempre... ja, ja, ja... de la siempre fiel y etcétera villa, un automóvil desfloró la isla con sus cauchos michelín y los focos deslumbraron, eléctricamente y por vez primera, la nostalgia de los ancianos almadrabereros. ¡Vaya que sí!... Por encargo de una revista cinematográfica, rindió (a golpes de ¿gin?, con el increíble Trevor y de fracasos con una Elsita muy puesta)... rindió, eso es, su... su... ¿cómo, coño, decirlo?... su lanzamiento en plan reportero. Y después redacciones calles sucesos estudios bodas y bautizos ecos de sociedad comentarios laborales (¡comentarios y laborales!) entrevistas (aún *interviews*, macho) artículos de fondo (¡artículos y de fondo!) guerras corresponsalías... ¡ah! y delegación, en París, de un hermoso disparate *underground* a las greñas con el TOP indicios racionales de criminalidad procesamiento fianza juicio y multa un bajo *swing* de la derecha. Era mucho, mucho vapuleo, para la reciente ley fraga artículo segundo, aquel semanario fajador descarado entrometido «El ojo de la cerradura» fisgón y sacamierdas. Sí, era mucho, demasiado... Ja, ja, ja... Y casi de

repente ¡¡oooooooooh!! América. Haz las maletas, chico, te largas a los USA, ¡a los USA, ooooooooooh!, de corresponsal. (¿Acaso no había viajado ya, en el relámpago del sueño glorificante, a la White Horse Tavern, para pegarse sus buenos tragos con Norman Mailer, por ejemplo, como se los pegara con Trevor Howard, bisoño y osado él, en la alicantina Rambla de Méndez Núñez?) -11- Finalmente, puño de hierro (¿y los cojones, qué?), firma de crédito y bien cotizada, se independizó de incómodas servidumbres y se fue de *free lancer*, por la vida, con una amplia clientela de publicaciones, agencias y cadenas de radiotelevisión, a sus espaldas (cuenta corriente en dólares, uno nunca sabe qué)... Ja, ja, ja...

Leo Ros diseñó el mundo como un cuadrilátero y la vida, como un *round* infinito. Le han castigado el hígado, se lo están destrozando sistemática y despiadadamente. Creo que asistimos a su naufragio, el editor de «Al rojo vivo» y «La espada de Damocles», *dixit*.

¡Mamones! ¡Pandilla de inútiles mamones! Os lo vais a tragar. Leo Ros todavía tiene pendiente una singular pelea. Y sacaré a golpes esos cientos y cientos de millones que se ocultan bajo las miserables ruinas de Puebla, joder con el enano afortunado... Pero si lo tengo, Dios, lo tengo...

La Sapa reapareció exactamente el día 15 de diciembre, después de una de sus enigmáticas y acostumbradas ausencias. Reapareció junto al fogón de la cocina de la Aguedica, con su letanía apenas audible, pero constante y solemne, y se deslizó, casi en vilo, hacia la penumbra de la cuadra. Tanto la Aguedica como Práxedes Rabasco, aún enfervorizados de remilgos nupciales, comentarían, en la intimidad del lecho, las frágiles palabras de la Sapa: durante siete noches seguidas he soñado con las siete Iglesias de Asia.

Bienvenido Rufete, pedáneo de Puebla del Socorro, es tuvo hasta el alba rumiando desazonadamente arcanciles crudos y pan cenceño. Lo levantó de un sobresalto el bisbiseo de la Sapa que se había cobijado junto a los rescoldos del camaranchón. Vencido el súbito pavor, el dormijoso pedáneo procedía a reanudar su descanso de estruendos, cuando le alcanzó, como un inquietante soplo, el aviso de la vieja: durante siete noches seguidas he soñado con los siete ángeles de las siete trompetas del Apocalipsis. A buen árbol se arrimó la Sapa. Bienvenido Rufete ya no le quitó el ojo de encima, hasta que la sintió ascender, a pequeños y dóciles brincos, por los peldaños -12- de acceso a la sala. Entonces sobrevino el tremendo holocausto de alcachofas y pan ázimo, mientras devanaba interpretaciones.

Así, se cumplió el prodigio: la Sapa recorrió, por las volátiles galerías de Puebla, las dieciocho casas habitadas. En la de Rosa de la Luz, murmuró: durante siete noches seguidas he soñado con los siete pecados capitales. No mucho después, y sin detenerse en su laberíntico itinerario, dijo en el despacho del licenciado don Felipe Ruiz de Peñamora: durante siete noches seguidas he soñado con los siete sabios de Grecia. Al licenciado don Felipe, la voz liviana y remota de la Sapa, le dio el pasmo. Luego, repuesto de estupores, cogió un voluminoso tomo del diccionario enciclopédico y se dispuso a solventar el acertijo.

A los maitines, cuando Juan el del Melondra preparaba los avíos agrícolas, un aire de amatista revolvió el corral y le puso a mano a la Sapa: durante siete noches

seguidicas he soñado con las siete colinas de Roma. Juan el del Melondra se rascó la pelambre pensativamente, se echó la legona al hombro y emprendió el camino hacia la tierra de las camarrojas, ¿qué había pretendido revelarle la Sapa?

El áspero esplendor de la mañana sumergió a Puebla del Socorro en una densa atmósfera de ansiedades y turbaciones impublicables. Con el tiempo, se barajaría la benévola hipótesis de una pasajera y versátil pestilencia (quizá, transportada por los ácidos y residuos mefíticos del río), que dejó a todos, en trance de sonambulismo. Pero nadie descubrió la insólita visita de la que había sido objeto la pasada noche, teniéndose como se tenía, cada quien, por depositario elegido -y casi mesiánico- de un secreto, cuya sutil naturaleza trataba ahora, ladina y obstinadamente, de indagar, muy para sus adentros.

Y aquel día transcurrió, pues, entre pálidas meditaciones e inseguros ajetreos, sin que ninguno de los vecinos soltara prenda. La cautela era tanto mayor cuanto se sabía, de fijo, que la Sapa habló, por última vez y notoriamente, doce años atrás. Desató su fluida y telúrica -13- oratoria un Viernes Santo y la estuvo evacuando a lo largo de ciento nueve horas consecutivas, sin pausa para dormir ni para tomar alimento alguno. Ni siquiera bebió. Fue una proeza. Ciento nueve horas.

-Ciento nueve horas, cinco minutos y dieciocho segundos, con dos décimas -puntualizaba, siempre que venía al pelo, Cuatro Santos Coronados Barragán, quien presumía de un portentoso e infalible cronómetro y llevaba registrados, en un libro de oro, con calcomanías florales, los récords de pruebas ciclistas y pedestres, de actos y solemnidades litúrgicos y de otros singulares acontecimientos.

Por Cuatro Santos Coronados Barragán se conocía igualmente, aunque sin tan rigurosas precisiones (yo no disfrutaba aún la propiedad de este autorizado instrumento de relojería), que la Sapa ya había mantenido un soliloquio de setenta y tres horas (más o menos, en el Rosskopf & Co de bolsillo, herencia del abuelo), el 14 de diciembre de 1966, justamente cuando se sometía a referéndum la ley orgánica del Estado.

-Mientras se procedía a efectuar el recuento de votos emitidos, la Sapa nos refirió la improbable ascensión a los cielos del canónigo magistral, don Nicomedes Gallardo que se esfumó, casi dos siglos antes, a raíz de un presunto levantamiento de labradores, cuando dieron con el verdadero origen de la huella del dedo índice de Nuestro Señor Jesucristo.

Por su parte, el pedáneo Bienvenido Rufete manifestó, en repetidas ocasiones y con síntomas de empacho, que personalmente escuchó a la Sapa durante once horas ininterrumpidas, relatar historias y más historias, poco o nada respetuosas (incluso, se arribaba al sacrilegio), acerca de cierto gobernador del obispado de Orihuela.

-Fue en el 53. Y aunque no recuerdo bien la fecha, tengo para mí que coincidió con la firma del Concordato con la Santa Sede -concluía, como muy importanciero. Y agregaba, tras unos instantes de reflexión-: Todavía, entonces, la Sapa sacaba el sol de la cabeza, por el Corpus Christi, conjuraba los males del vientre y del corazón y limpiaba a los aojados, con aceite y mariposas.

Y el ya difunto y venerado tío Maximino había jurado, hasta la saciedad y por todos sus muertos, que con noventa y seis años auestas, solo oyó hablar a la Sapa siete veces.

-La primera, de chiquitico, pues cuando lo de la regencia de doña María Cristina. Le dio hilo a la milocha todo un día, de cabo a rabo. No sé si cuanto contaba era embustería o asunto de ley, pero allí nos tuvo como mindangos, hasta que se acansinó, sin duda, de tanta palabra como soltó por su boca.

El tío Maximino jamás ocultó su devoción por la Sapa:

-La conocí con esa misma apariencia y la misma vejez y la misma gracia, para transferir las enfermedades de las bestias y de los humanos a los árboles o a las aguas, y para adivinar tesoros escondidos y vírgenes mucho antes de que se aparecieran a los buenos cristianos.

Conócete a ti mismo. ¿Y? El licenciado don Felipe Ruiz de Peñamora se encabrió con la espuela que le metía Thales, aquel pijo de filósofo fenicio, a través de los tiempos, como recriminándole sus inclinaciones nobiliarias; abominó al espartano Quilón, por sus rígidas advertencias morales; se ciscó en el ya emporcado Pitaco y en todas sus soporíferas lecciones; y, así, sucesiva y afanosamente, en una madrugada de consultas y papeleos, descalificó a los siete sabios de Grecia, anunciados por la Sapa, sin vislumbrar la solución del acertijo. Búscala en el número, le insinuó su mujer desde el lecho que desprendía un triste olor de pétalos disecados.

-¿En el número?... Yo no soy algebrista. Lo mío es la heráldica. La heráldica y la genealogía, ¿estamos?

Estamos, consintió Fuensanta, mientras reanudaba un mórbido sueño de caricias obscenas y apremiantes, en la desolación de la alcoba arrasada por el prolífico inventario de blasones ornamentados con yelmos, lambrequines, basiliscos y otras quimeras.

Pero, a partir de la trémula sugerencia de la esposa, don Felipe capituló, en secreto. Se recogió, en la inviolable quietud de la letrina, y discernió, con el acuciante -15- empuje ventral, los límites del cabalístico siete recibido en inquietante confianza.

Menos especulativo, el pedáneo arrinconó trompetas y ángeles apocalípticos y echó cuentas, en tanto devoraba arcanciles crudos y pan cenceño. A Bienvenido Rufete las preocupaciones le estimulaban una voracidad insaciable. Y allí estuvo rumiando, a los pies del tinajero, hasta que, antes de romper el día, le llegó el resplandor de una aún desarticulada inspiración. Pero, cauteloso y desconfiado como era, no quiso precipitarse sin rajar, una por una, las palabras de la Sapa: tenía que sacarles los hígados, antes de invertir sus dineros, a tientas.

La Aguedica y Práxedes Rabasco, después de la aparición, se entregaron a las prácticas fornicarias. Sólo cuando hubieron cumplido las ardorosas urgencias conyugales, ambos, descoloridos y taciturnos, recitaron ritualmente, entre jadeos, los misterios de la Sapa: durante siete noches seguidas he soñado con las siete Iglesias de Asia. Se proclamó de inmediato una breve pausa para asombros y conjeturas.

-Y eso del Asia, ¿por dónde queda?

-Muy largo, mujer. Muy largo -replicó Práxedes que había rendido el servicio militar en Melilla.

-¿Cómo de aquí hasta Alicante?

-Más. Mucho más.

-¿Cómo de aquí hasta Murcia? -insistió ella, saldando así los confines de todo su ámbito explorado, desde niña.

-Más. Mucho más todavía -calculó Práxedes, en un viril alarde de temeridad, latitudes y longitudes, en su exclusiva geografía de caqui-. Mira, mujer, el Asia es ya como territorio de moros.

La Aguedica suspiró y vertió su oscura y suplicante mirada en la estampa de Nuestra Señora de los Dolores, que presidía la alcoba. Me parece que la Sapa nos ha traído un milagro, en el nombre de la Virgen, musitó, con el semblante iluminado. Práxedes Rabasco le sobó los erizados pezones y no pudo aguantarse.

Para Rosa de la Luz, en su estrepitosa soledad de centellas que le habían reducido la cordura a cenizas, mucho -16- tiempo atrás, justamente cuando al novio un rayo lo convirtió en una espuerta de carbón animal, los siete pecados capitales que le recordó la Sapa, le trasladaron la helada memoria a las páginas del catecismo romano: hasta entonces, tan solo los había conocido, por el abyecto nombre de cada uno, sobre el papel que les leía el señor párroco. Pero, en medio de su inmóvil y antigua locura, Rosa de la Luz descifró el mensaje también como el mismo rayo.

Por su parte, Cuatro Santos Coronados Barragán confió el jeroglífico a los ingenios más sofisticados. Nada hay en todo el mundo que resista el sólido embate de la investigación científica, se dijo, siempre escueto, lapidario y pedagógico. Seguidamente, procedió a recopilar, con su soberbia caligrafía y en un cuadernillo de cubiertas malvas, los datos referentes a las intervenciones verbales y notorias de la Sapa, desde las postrimerías del siglo pasado: frecuencias, períodos, intensidades y posibles perturbaciones; así como el contenido de sus caudalosas e intermitentes historias. Por último, tras un examen clarividente y crítico del material acumulado, introdujo las cifras que estimó válidas y significativas, en una diminuta calculadora de cristal líquido, *made in Singapore*, y se entregó febrilmente a las más audaces e inverosímiles operaciones.

Durante siete noches seguidas he soñado con los siete días de la semana planetaria, le había susurrado la Sapa, al oído, escasos minutos antes. De modo que la base de todo su artificio matemático no podía ser otra más que aquel dígito, repetido por dos veces consecutivas y sobre el cual creyó advertir un cierto énfasis, en la pronunciación de la benévola sombra.

A Cuatro Santos Coronados lo deslumbró la claridad espectral del alba, con el problema resuelto. Al pie de la hoja que clausuraba un cuadernillo abrumado de guarismos y comentarios, anotó, con lápiz rojo, una fecha: 22 de diciembre.

El Santo Padre vive en Roma, como Dios, en tanto nosotros nos jodemos en la miseria y en la injusticia, su padre se lo gritó y lo gritó también públicamente, en las volanderas lonjas de contratación de brazos, hasta que -17- lo destrozaron los máuseres, junto a las tapias del cementerio. Pero jamás tuvo noticia de aquellas siete colinas de Roma. Quizá, por eso, la revelación de la Sapa lo dejó tan intrigado que anduvo, por la tierra de las camarrojas, sin percatarse de dónde procedía. Juan el del Melondra adivinó su destino, en un remanso de aguas, donde flotaba el cadáver inflado de una bestia.

A la mañana siguiente, Puebla del Socorro amaneció inmersa en un aire comprimido de ansiedades y recelos. Las gentes iban y venían, ensimismadas, por sus etéreos y ociosos itinerarios. Pero nadie, nadie soltó prenda. Mucho tiempo después, se hablaría anecdóticamente de una efímera e incógnita epidemia de sonambulismo, provocada, según todos los indicios y observaciones al respecto, por ciertas sustancias químicas residuales que vertían, en el río, las industrias conserveras.

Sin embargo, el 17 de diciembre, es decir, veinticuatro horas más tarde de aquel colectivo trastorno, se produjo una inaudita y sigilosa movilización. Apenas despuntó el día, los hombres abandonaron Puebla, en distintas direcciones y enmarañados en un mutismo pétreo. Y así, caminos, sendas y atajos, se desbarataron, con la novedad de unos tránsitos precipitados y entusiastas. La matinal desbandada anticipó todo un calendario de portentosas vicisitudes, que habrían de sucederse, en el curso de las próximas semanas.

No, no son cientos, sino miles de millones los que hemos repartido, se ufanó el administrador de la lotería de Elche, asaltada por una arrebatadora pirotecnia de relámpagos fotográficos, de chorros incandescentes, de zumbidos, de indiscretas grabadoras, mientras una muchedumbre desconsolada se entretenía haciéndole muecas a las bruñidas lentes de los atractivos instrumentos.

El administrador, trémulo y fascinado, declaró a la prensa su perplejidad por la repentina demanda de un número nada o muy poco solicitado por la clientela habitual. Y va ven: la suerte también se reserva sus particulares -18- favores, como las putas, sentenciaba, en el colmo de aquel deslumbrante protagonismo.

El desaforado fenómeno principió mediada la tarde del pasado día 17 y culminó a lo largo del 18, período durante el cual despachó cerca de ciento cincuenta décimos correspondientes al premio mayor. Por la ventanilla, desfilaron sucesiva y solitariamente, unos treinta hombres de muy diversa catadura, pero todos identificados tanto por una actitud inequívoca de cautela, cuanto por el tono confidencial de sus peticiones. En efecto, le pareció reconocer, entre los compradores, a algunos vecinos de cierta partida rural denominada Puebla del Socorro. En cualquier caso, este reconocimiento sería corroborado posteriormente, por varios otros loteros de la comarca e incluso de la propia capital, quienes, por aquellas mismas fechas, soportaron tan extravagante afluencia de gentes huidizas y empecinadas en la adquisición del número siete.

Leo Ros tomó el primer avión, para Madrid. El flash de alcoholes rampantes lo mantuvo en un convulso sueño a diez asaltos. El enano afortunado se le abalanzó, de pronto, como un formidable *hooker* y le castigó las mandíbulas. En el séptimo *round*, Leo Ros que sentía cómo se le evaporaban los sesos, logró derribar a su adversario

sobre la lona, de un tremendo *uppercut*. El árbitro inició la cuenta, con un movimiento pendular de su brazo. Pero el repugnante hombrecillo de las pústulas redondas y numeradas, se levantó y prosiguió la pelea.

Cuando sonó la campana, Leo Ros descolgó el auricular, dijo que bien y se metió bajo la ducha. El último asalto aún estaba por resolver. Dejó la habitación del hotel impregnada de un agrio efluvio de whisky y hostilidades, y un taxi lo depositó en el aeropuerto de El Altet, somnoliento y abatido. Era el 23 de diciembre.

Ya a bordo, algo más confortado, se prometió firmemente que regresaría, en breve, para desempolvar el misterio y exhibirse, en el centro del ring. Pero si lo tengo, Dios, lo tengo. Sacó del portafolios un block, escrutó por -19- entre el espeso banco de nubes y comenzó a escribir: Tras una contumaz sequía de por años, aquellas vísperas navideñas, se desparramó sobre Puebla del Socorro toda una fabulosa lluvia de miles y miles de millones.

-[20]- -21-

△▽

- 2 -

Noticia urgente de la llegada de don Erasmo de Figueroa, a quien seguían toda su prole, dos mozas de servicio, un chófer pagano y el gran danés

A mediados de junio, Cuatro Santos Coronados Barragán furtivamente se apostó en el lugar más umbrío y elevado del naranjal, enfocó su antejo de larga vista y obtuvo la imagen de una hermosa mujer desnuda que se desperezaba, indolente y procaz, sobre el lecho devastado, sin duda, por la refriega del amor. Y aun conociendo los principios y las leyes de la óptica, no pudo reprimir la enfebrecida tentación de la carne y estiró el brazo, en un esfuerzo heroico y doloroso, por acariciar aquel cuerpo que los prismas le revelaban con impúdica minuciosidad.

A Cuatro Santos Coronados se le tambaleó su acendrada fe en la ciencia, si bien de manera eventual. Pero, después de varias semanas de frustrado espionaje y persistente merodeo, recibió, por fin, una estampa gratificadora de los enigmáticos huéspedes de aquella finca de recreo, que había permanecido cerrada, desde la proclamación de la República. Luego, anotaría, en el libro de oro decorado con lánguidas calcomanías florales, sus embriagadoras exploraciones: tetas aproadas de pezón ígneo v un vello pubiano, como la melaza.

Sin embargo, tantos trajines y desvelos no aportaron aviso alguno que viniera a esclarecer la filiación de los extraños, ni tampoco su dudosa procedencia. Por eso, Cuatro Santos Coronados Barragán decidió mantenerse al acecho, enardecido, ahora, por la excitante visión del succulento desnudo femenino.

Cuando supo la noticia, el licenciado don Felipe Ruiz -22- de Peñamora sufrió un repentino ataque de bilis, increpó a los intrusos capaces de profanar todo un ámbito de sutiles reliquias, pronosticó nuevas calamidades comunitarias y, en señal de duelo, abandonó temporalmente la confección del intrincado árbol de su linaje. Mientras, en su alcoba abigarrada de soledad, Fuensanta proseguía bordando, con los hilos de una muy contenida concupiscencia, su propia y bárbara violación, sobre un campo de gules.

-Le repito que no me atosigue usted, don Felipe. Que la vara de mi autoridad ni siquiera le saca un palmo a ese rastrojo -replicó Bienvenido Rufete, con fastidio-. Además, qué se me importa si los forasteros llevan o no mierda, en los garrones. ¡Qué cada cual se las apañe como pueda! Le repito a usted, don Felipe.

Pero, apenas transcurrió una semana, el pedáneo de Puebla del Socorro se plantó en aquella casa de espacios corrompidos por la prolongada ausencia, donde la gripe del 18 causó estragos y el advenimiento del régimen republicano clausuró, con la misma precipitación del aire que, medio siglo después, la saneaba a base de postas de azahar y estridentes insectos. Bienvenido Rufete soportó el delirio de unas mudanzas vertiginosas, a cambio de la altiva indiferencia de los recién llegados, quienes se limitaron a dedicarle unas confusas advertencias referentes al espanto agresivo del gran danés.

Es cosa de cómicos ambulantes y de prestidigitadores, le dijo a Rita Senabre, poco después de su desventurada incursión y en tanto se reponía de asombros y resuellos. Porque, una vez más, su insidiosa e irresistible curiosidad lo había arrastrado a una empresa que terminó llevándolo al borde del descalabro. Le refirió su rígida presencia, en medio del desorden de aquel vestíbulo restaurado con mapas de países recónditos, cuyos nombres sólo los muy instruidos podían pronunciar, y repleto de cachivaches domésticos, cajas y baúles por los que asomaba un artificio alcanforado de ropas estrafalarias.

Bienvenido Rufete sintió que se le paralizaba el corazón, cuando vislumbró, en la penumbra de la hornacina donde en otras épocas se erguía la estatua del arcángel -23- San Miguel, al mismísimo John Wayne que se le acercaba lentamente, con el revólver amartillado. Sitting Bull lo está olfateando, buen hombre, no haga ningún movimiento sospechoso, susurró al pasar junto a él, sin detenerse. Luego, John Wayne se desvaneció, en el antiguo refectorio familiar, para reaparecer, como por ensalmo, en lo alto de la escalera, con un mecanismo musical que repetía obstinadamente unos fragmentos majestuosos de un preludio de Johann Sebastian Bach. Cuidado, le advirtió, Sitting Bull desconfía de usted. John Wayne, inerme y frágil, se exhibía de nuevo, con unos pantalones cortos de raso color cardenala, Sitting Bull es carnívoro, anunció de paso hacia la puerta trasera, con cuya aldaba peleó acústicamente, hasta arrancarle las costras de herrumbre. El juego de ilusionismo se prolongó con la fugaz presencia de una sugestiva joven que descendió los escalones, casi en cueros y como una princesa durmiente, y se encerró en el excusado, segundos antes de que John Wayne hiciera su último papel, luciendo un vistoso uniforme de mariscal y tocado con un gorro de castor. Bienvenido Rufete seguro ya de que era víctima de una artimaña urdida por individuos hostiles, se preparó a conciencia, para hurtarse del asalto del gran danés que proseguía inmóvil, a muy pocos metros, mostrándole regocijadamente unos colmillos premonitorios. Pero la oportuna llegada de don Erasmo Figueroa dispuso aquella angustia penitencial que lo mantenía sudoroso y petrificado.

Incluso muchos años después de cometido el atroz parricidio, recordaría, sin embargo, tales acontecimientos como la más apasionante peripecia de toda su vida. Don Erasmo ni siquiera escuchó las excusas de su imprevista audiencia y se limitó a recomendarle que se abstuviera, en lo sucesivo, de nuevas e intempestivas presentaciones. A Sitting Bull le soliviantan los impertinentes y fisgones, reflexionó el anciano de semblante austero y curtido, sobre el que se acomodaba un impoluto bigote a la fernandina. Luego, despectivamente, con su bastón de ébano apuntó hacia la puerta del zaguán. El pedáneo de Puebla del Socorro salió disparado. Pero aún pudo barruntar cómo, en la destartalada rosaleta, un negro corpulento y -24- de aspecto feroz ponía en pie un más feroz ídolo de madera.

Herejes y paganos, le dijo a Rita Senabre, todavía con la voz apagada por el terror. Y agregó, mientras se comía una olla de legumbres, que daría cumplida cuenta de sus circunstanciales averiguaciones a la comandancia de la Guardia Civil y a la sede episcopal. Se valen de trucos y juegos de magia, para ocultar la verdadera naturaleza de sus prácticas abominables, afirmó, sin que su mujer se atreviera a levantar la vista del costurero. Aquella noche, Bienvenido Rufete rearmó sus convicciones, con la lectura siempre confortativa del «Catecismo Patriótico».

Por su parte, Cuatro Santos Coronados chalaneó con destreza el descubrimiento de su observatorio y le sacó cien pesetas a Juan el del Melondra, por cada orgasmo que experimentara contemplando, a través de su catalejo, la satinada desnudez de aquella hembra de almanaque ilustrado a todo color. Durante casi dos horas, Juan el del Melondra acarició el aire vegetal de los naranjos, se llevó puñados de hojas ovaladas a la boca, ensalivó sus labios de clorofila, amordazó un tropel de relinchos y suspiró, por fin, desahogadamente. Al sexto suspiro, se derrumbó, extenuado, sobre un suelo de fragancias inmemoriales, y entregó a Cuatro Santos Coronados el fecundo antejo y ciento veinte duros. Es todo cuanto tengo, dijo.

Cuatro Santos Coronados Barragán se embolsó los dineros pactados y le invitó a que echara un último vistazo, por su cuenta, puntualizó. Juan el del Melondra aún con los estragos del amor a distancia impresos en la lividez del rostro, atisbó a la combativa hembra que yacía tumbada boca arriba, en el lecho, con las piernas separadas, los brazos cruzados bajo la nuca y el gesto complacido, como si también ella hubiera consumado, por el invisible conducto de las corrientes aéreas, las volcánicas pasiones.

Ya de regreso a Puebla, Cuatro Santos Coronados alabó las ventajas del placer establecido por el milagro del prisma y las enumeró sumariamente: ventajas higiénicas y ventajas económicas.

-No se requiere de preservativo, ni tampoco de mercurio -25- dulce ni de permanganato potásico, por cuanto se elimina todo posible contagio del mal gálico y de otras más descomunales enfermedades venéreas. Con lo que anotas, en el capítulo de tu haber, el ahorro de prevenciones y medicamentos. Aparte, claro está, de las mil pesetas que te cobra *madame* Duchamp, por los servicios de una cualquiera de sus bien distribuidas pupilas.

Juan el del Melondra se detuvo junto a las tapias del cementerio y las tanteó, con ternura, buscando, como siempre desde niño, los impactos del plomo que desmenuzó el

cuerpo de su padre. Se santiguó y entonó unos latines fúnebres. Me los aprendí, cuando era monaguillo, comentó.

De este modo, las ochenta y dos almas censadas en aquel desvaído villorrio, se conmovieron, en una u otra medida, con el solapado advenimiento de los atrabiliarios personajes, a quienes casi nadie había visto, pero sobre los que se derramó un verdadero diluvio de extravagantes conjeturas, sospechas e invectivas. Rita Senabre centró el círculo vicioso de los infundios y se hizo cruces, mientras desataba su reprimida locuacidad con los apuros de su marido custodiado por un animal fantástico y sometido a la burla soez y al desprecio de unas criaturas sulfúreas y cambiantes, muy probablemente, sin la fe de bautismo, en regla. Las palabras de Rita Senabre se envenenarían, aún más, con nuevos e inauditos episodios, hasta que el paso del tiempo atemperó tanta y tan disparatada habladuría.

Puebla es un sumidero de desperdicios, dijo el tío Maximino Meroño, al primer embate de una muerte que se le vino encima, cuando cumplía justo un siglo de pesadumbres y desolaciones. Y os lo anticipo: llegará la vez, en que alguien echará por los cielos todas estas ruinas y todas estas tierras y descubrirá, en el fondo, restos y cosas repugnantes, pronosticó. El cadáver del tío Maximino se descompuso velozmente, en una sucesión de perfumes remotos, apenas lo empaquetaron en el ataúd.

El presagio resolvió la confusa memoria de una cronología incompleta y desbaratada, por epidemias palúdicas, inundaciones, crisis religiosas, levantamientos populares, -26- saqueos y catástrofes indescifrables, sin el supremo recurso, para su recuperación, de las antiguas actas de un ayuntamiento cancelado, ni de los antiguos archivos de una parroquia también cancelada. Maximino Meroño no desvarió, pues, en una agonía que pareció infundirle más clarividencia que nunca. Así que, tras su fallecimiento en olor de membrillo y de maíz torrado, los vecinos de Puebla del Socorro cayeron en una transitoria melancolía, propiciada por la precariedad de las cosechas y el ilusorio rastreo de la lluvia.

Desde su misma e incierta fundación (atribuida por algunos insignes eruditos a la piadosa y salubre usanza del purpurado Luis Antonio Belluga, virrey y capitán general de Valencia), Puebla del Socorro conoció una sola época de esplendor demográfico, la llamada década glorificante de copiosos débitos y embarazos matrimoniales, para precipitarse a renglón seguido (y coincidiendo con la insospechada virtud volátil del canónigo don Nicomedes Gallardo), en un paulatino e irreversible destroz, recrudescido últimamente por los anuncios de una prometedor deserción.

Quizá por esa manifiesta y resignada actitud frente al desastre perpetuado, la súbita irrupción de los forasteros evacuó aquel cúmulo de expectativas. El tío Capacho se quedó atónito, cuando vislumbró, entre la polvareda del sinuoso y destartado camino, los dos automóviles: el primero, oscuro y largo, como un vagón de mercancías; el otro, con los pasajeros a la intemperie y un gran cofre instalado en la parte trasera.

El tío Capacho alertó al vecindario, hasta sacudirles los posos acídulos de la postración. Poco después, se desbordaría el estupor comunitario, con la noticia de que los intrusos habían profanado la atmósfera honorable y pútrida de «Villa Soberana», propiedad solariega de la familia Pardines O'Donell, quienes la abandonaron en

dirección a Lausanne, un martes, 14 de abril, y a propósito de unos conturbadores avisos del telégrafo, procedentes de la municipalidad de Éibar.

No tardaría mucho en desperdigarse el vértigo de las murmuraciones y aun de los improperios, con el percance -27- de Bienvenido Rufete y las diatribas de don Felipe Ruiz de Peñamora que vaticinaba la destrucción vandálica de aquel patrimonio donde se podían admirar vestigios de un delicioso rococó, junto a elementos finiseculares del *Style nouille*.

Pero la impetuosa y subterránea ofensiva de maledicencias y bulos, contra los inaccesibles huéspedes de «Villa Soberana», se diluyó en un inocuo fogueo de ocasionales y aburridos comentarios, una vez consumidas todas las cábalas acerca de unos supuestos desmanes que, en ningún caso, alcanzaron a cobrar entidad propia. De manera que aún habría de transcurrir un inminente verano de ásperas acometidas africanas, antes de que don Erasmo Figueroa y uno de sus hijos se dignaran visitar la aldea. En modo alguno, pues, fructificaron las diligencias del pedáneo Bienvenido Rufete: el comandante en jefe del cuartelillo de la Guardia Civil le advirtió, en tono desabrido, que se ocupara de sus asuntos y que dejara en manos de la autoridad competente las cuestiones relativas al orden público; mientras que el cura párroco, después de recriminarle su pecadora suspicacia, lo arrastró al confesionario y le impuso el rezo penitencial de quince docenas de avemarías.

-Pero si me azuzaron al perro...

-Eso no es óbice.

-Y me hicieron pases mágicos, padre.

El pedáneo protestó en vano, porque el sacerdote regurgitaba latines rutinarios, en la soporífera penumbra preservada por la celosía.

Más inclinado a conciliaciones y armisticios, Cuatro Santos Coronados Barragán se afanó en ampliar la clientela de su ambulante comercio y se llevó sus buenos cuartos ponderando la profilaxis del vicio artesano y vendiendo fornicios al ojeo. El próspero trajín se vendría abajo, mediado el mes de julio, y a raíz de ciertos singulares acontecimientos que le aconsejaron cautelosamente prescindir de tan sustanciales ganancias.

El fenómeno se operó, sin duda, merced a la intervención de un soplo de azahar, así como también a las viriles y abundantes eyaculaciones que se vertían, entre los naranjos, -28- pero cuya real destinataria permanecía sujeta a una muy estricta, muy vehemente y muy lasciva observación (¡si parece una tía de esas que salen en las páginas de las revistas eróticas!, suspiraba, por lo común, el arrendatario de turno del rentable catalejo). Con el tiempo, aquella voluptuosa y tentadora criatura comenzó a experimentar desazones uterinos y estremecedores deseos, mientras se le enardecían los pechos y un viento abrasador le hurgaba las entrañas y le ponía la lujuria a punto, hasta provocarle un intenso y reiterado placer que la dejaba, por último, vencida, exhausta y trémula, sobre unas sábanas húmedas y en medio de un remanso de olores primitivos y fulminantes. El lance se repetía, cada mañana, a las ocho u ocho y media,

matemáticamente (como una posesión múltiple y simultánea, recordaría, con añoranza, en su prematura viudez).

En un principio, concedió tan excitantes e involuntarios deleites a los efectos de un factible síndrome de abstinencia conyugal. Durante las pasadas noches, su marido se metía en la cama y, a los pocos minutos, desalojaba una monótona tormenta de ronquidos, en absoluto ajeno a los poderosos encantos que ella se cuidaba de exhibirle, con todo lujo de detalles y composturas.

-Entre ese bandido de Marotti y la restauración de la pajarera, estoy agotado -se excusaba, con un par de bostezos, Isaías Dallas.

Pero, semanas después y en vista de los persistentes asaltos de que era objeto y cuyas causas no lograba discernir, Gisela, desfallecida y pálida de tanta y tan encarnizada incontinencia, le confió a su marido sus cotidianas infidelidades.

Isaías Dallas se quedó de una pieza. Luego, la tomó por los hombros y la zarandó brutalmente.

-Pero... ¿Con quién? -gritó.

Gisela, con la mayor serenidad del mundo, dijo:

-Lo ignoro. Mis amantes son invisibles.

La desconcertante y arrebatada revelación puso en vilo a Isaías Dallas Figueroa.

-¿Amantes... invisibles? -reflexionó, entre incrédulo e impresionado, por el impacto.

-29-

-Sí, cariño. Invisibles.

Al inicial exabrupto, sobrevino una pausa de controvertidas deliberaciones. Por fin, despachó titubeos e incertidumbres, y preguntó cínicamente:

-¿Y cuántos?

-Tampoco lo sé... Dos... Quizá, tres...

Isaías Dallas cogió a Gisela por los hombros y la empujó, hasta el lugar más recóndito y discreto del jardín, persuadido de que algo anómalo estaba sucediendo. Bajo el frondoso eucalipto, Gisela le refirió los pormenores de aquellas obscenas e intangibles visitas sin anuncio ni tarjeta, que recibía a primeras horas, apenas él abandonaba la alcoba matrimonial. Entonces, Isaías Dallas concentró su probada capacidad deductiva en el tema y pronto sacó en conclusión que su mujer era presa de una versátil calentura y que, en consecuencia, todo cuanto le había confesado no pasaba de una mera relación ciertamente pornográfica. Sin embargo y con el gentil propósito de tranquilizar los afligidos ánimos de Gisela, efectuó, en su presencia, un minucioso reconocimiento del vasto y oreado dormitorio.

-Nada, ¿te das cuenta, eh? Ni pasadizos secretos, ni puertas ocultas, ni armarios de doble fondo... Nada de nada.

Luego, zanjó la enojosa y ridícula ofuscación, con unas caricias y un beso convencional, como si pretendiera transferir a Gisela más audacia y sensatez. A veces, comentó, con una sonrisa comprensiva e hiriente, los delirios nocturnos nos descontrolan el sentido de la realidad.

Al día siguiente, Gisela, lívida y taciturna como nunca, corrió a verlo a la desvencijada pajarera que trataba de recomponer y, con una hebra de voz, suplicó:

-Perdóname, Isaías Dallas. Pero he vuelto a cometer adulterio.

Isaías Dallas estrelló herramientas y clavos contra un suelo de tierra apelmazada y le gritó que ya estaba harto de sus alucinaciones. Ella lo miró con descaro, se levantó la falda y le mostró una reciente mordedura, en uno de los muslos, muy cerca del sexo, y te aseguro que no se me ha descontrolado el sentido de la realidad.

-30-

-Cuatro veces consecutivas, cariño.

-¿Cuatro?... Pero, ¿cómo es posible?

-No lo sé... No lo sé -sollozó Gisela.

Que se la tiran, en tus propias narices, imbécil. Y te la van a desgraciar. Por eso se resolvió Isaías Dallas y bien de mañana, se apostó en las inmediaciones del balcón de hierros forjados que accedía al dormitorio, con la carabina *remington* montada. Previamente, recomendó a su mujer que permaneciera en la cama, desnuda, como de costumbre, no soporto dormir con nada encima, y cerró la puerta, con la única llave que ahora sentía entre su ombligo y el elástico de los shorts color cardenala. A las ocho y cuarto, percibió una sarta de jadeos y apasionados gemidos, que, sin ninguna duda, provenían de su habitación. No pudo aguantar más y preguntó, refrenando angustias y cóleras:

-¿Adulterio?

Le llegó un desmayado síiiiiiiii. Subió de tres en tres los escalones, penetró huracanadamente en la alcoba y allí se encontraba Gisela, sobre un lecho mojado y revuelto, pellizcándose los pezones y con los ojos enrojecidos y fulgurantes, tan provocativa en su actitud de abandono que Isaías Dallas, muy a pesar del fracaso de aquella operación, se tumbó a su lado y le succionó el cuello, no, cariño, no más, estoy rendida, déjame, por favor, déjame.

El nuevo y caluroso amanecer sorprendió a Isaías Dallas, con la *remington* a la bandolera, registrando los alrededores de la finca, muy enérgico y vindicativo. Escudriñó atajos y sendas, huertos y herbazales, y apuró el dispositivo de la rigurosa vigilancia, con la ayuda de Bumba, el chófer de la familia. A las ocho, se colocó justo bajo el balcón y permaneció rígido y atento, hasta que le sacudieron los temidos

triquitruques y oscuros jadeos. Boca abajo y con las uñas hincadas en el almohadón, Gisela les ofreció unas nalgas estriadas por las huellas, aún ardientes, de decenas de dedos terribles. Y ella, esto es demasiado, cariño, demasiado, voy a morir de gusto, si continúa, y él recomendándole paciencia, los cazaremos, prometió, mientras Bumba afirmaba que parecía un hechizo, sin levantar la vista de aquel soberbio cuerpo.

-31-

Y, por fin, a la otra mañana, cesaron repentinamente las violaciones y Gisela le tendió los brazos, alborozada y mimosa, ven, cariño, ven. Los amantes invisibles se marcharon, cuando Cuatro Santos Coronados se envainó el catalejo y capituló, por su cuenta, cogido entre dos fuegos: de un lado, la carabina del marido o lo que fuese, pero con trazas de matón de película; de otro, la furibunda carga de *madame* Duchamp y su tropel de putitas muy pintadas, con los colores del oficio y de la guerra, pisándole los talones. Sopesó de inmediato sus estratagemas y rindió el fortín casi áureo del naranjal. No tenía nada que hacer. Luego, Cuatro Santos Coronados asumió gallardamente las obligadas reparaciones de la derrota y, con toda pesadumbre, pero honrado y grave en el trapicheo, reintegró a los clientes que aguardaban su turno, el anticipo del importe de un polvo ocular, impuesto establecido a raíz de la abrumadora demanda que suscitó su invento.

Cuando conoció la causa que menguaba su parroquia y dejaba materialmente a sus chicas con el culo al aire, *madame* Duchamp dijo, masticando palabra a palabra, que Cuatro Santos Coronados, con tanta guarrada, no era más que un Cuatro Santos Coronados de mierda y un asqueroso pervertido que me está amariconando a la gente, con la cosa esa de los cristales, ¿o no? A los hombres de verdad les tira el pelo y no tienen por qué darse a las aberraciones sexuales de artefactos y costumbres decadentes del extranjero, ¿o no? Y Urbano Meseguer, su confidente y correveidile, eunuco por herida de guerra, la mira siempre largo y mordaz:

-Es el progreso, señora Candelaria.

-*Madame* Duchamp -corrige ella, con un gesto de irreprochable altivez.

¿Madama? Pues no la tengo yo vista haciendo la carrera, en Cartagena. Que me casé y bien casada, con un caballero muy fino de Montpellier, chéri. Y ya viuda, regresó a la vega y montó una casa de placer, por todo lo alto, cerca del río y en un paraje solitario y discreto, para favorecer el incógnito de la parroquia. Mira lo que -32- te digo, Urbano, material de primera, ya sabes, y pronto, dos virguitos. Será en alcohol, señora Candelaria.

Madame Duchamp lo mandó a buscar a don Felipe Ruiz de Peñamora. Felipito, le dijo, quiero ponerle un pleito a ese desgraciado del catalejo, por competencia desleal e intrusismo. Y Felipito que se estrenó de estudiante de Derecho, con la por entonces Candelaria Ramírez, la Cande, prostituta de postín, en un lupanar alicantino, le contesta que lo intentará. Nada de eso, chéri, lo harás o te armo el cirio con quien yo me sé.

Pero había que recuperar el prestigio, entre tanto. De modo que le encargó también una colección de dibujos seductores y así te solazas y te dejas un tiempo esa manía tuya de pintar escudos y coronas de la nobleza. Diligente como era, para los negocios,

madame Duchamp le puso en seguida a cuatro de sus más exuberantes mancebas, en cueros vivos, para que le sirvieran de modelos. Don Felipe tomó unos apuntes, con agilidad y esmero, mientras aquellas muchachas se movían de un lado para otro, entre ondulaciones e impudicias, ya está, ya está, les gritó, enardecido don Felipe de tanta carne aceitosa por las cremas y transpiraciones, de tantos senos acalambrados, de tanta boquita oferente, ordenó sus papeles, en un par de días, te lo termino y vuelvo, Cande.

-*Madame* Duchamp -corrige ella, impertérrita y altiva.

Con la luna desvelándole los emboscados impulsos del deseo, en el abigarrado despacho, revisó los bocetos y se percató de unas desnudeces insulsas, escuálidas, de pequeño calibre, para encabritarle los apetitos venéreos, jóvenes, pero casi masculinas, sin las formas magníficas de una Elena Fourment que despabiló la fecunda inspiración de Rubens. Ay, hijas mías, talmente desmedradas, como la tragasantos de mi señora que andará soplando sueños del martirologio. Don Felipe Ruiz de Peñamora se levantó, con sigilo, y revolvió en un portapliegos, hasta dar con unas novelitas verdes, de tintas desvaídas, pero con ilustraciones de opulentas y desenfrenadas matronas. Aquí, sí que hay lo que se dice tomate. Eran rocambolescas y licenciosas aventuras de marquesas, con cocheros, doncellas -33- y lacayos, que les vendía, a algunos clientes conocidos y de acreditada confianza, un librero de viejo, cerca de la Colegiata de San Nicolás, en su época de universitario, de los nueve primeros viernes de cada mes y de los himnos de exaltación patriótica, en el cinematógrafo. Decididamente, optó por aquellas estampas.

Madame Duchamp sufrió un vahído, cuando examinó los dibujos de encargo.

-Pero, Felipito, ¿qué has hecho, con mis niñas?... ¡Si tienen diez arrobas de más, cada una!...

Don Felipe argumentó razones estéticas y efectistas, de cara a una clientela muy viril, potente y con ganas de agarrarse a unas mollas bien cumplidas. Y, para suplir el énfasis y soslayar irritaciones y vituperios, añadió que sus viñetas de líneas clásicas además de conferirle empaque artístico y cierto tono de distinción, a la casa, constituían una novedad en las técnicas del reclamo publicitario.

La urgencia del asunto pulverizó dudas y reticencias, que ese bastardo de Cuatro Santos Coronados de mierda nos deja a pan y agua, de modo que escribe, Felipito, escribe lo que yo te diga y vamos a ver cómo salimos del paso. Y escribió, con caligrafía magistral: *Madame* Duchamp y sus exóticas bellezas le ofrecen todos los servicios en el palacio del placer. Francés. Enemas. Relax. Show lésbico. Erotismo de alta calidad. Suite cósmica. Maciza toda fuego. Dúplex. Sauna thailandesa. Ambiente selecto. Sexo a tope. Sado. Cuero. Beso negro. Disciplina inglesa.

Don Felipe, despavorido, levantó la cabeza y preguntó qué significaba todo aquello tan cruel y abestiado.

-Ay, Felipito, que tú no tienes apaño... Mira, son las nuevas modas en el arte de hacer el amor. Modas internacionales, por supuesto.

Le puso en las mismísimas narices un periódico de Barcelona y le mandó, sin más contemplaciones, que continuara escribiendo al dictado, con su elegante letra itálica.

Muy pronto, dibujos y frases vaporosas se imprimirían clandestinamente, en un prospecto que circuló, entre -34- polémicas, jaculatorias y complacencias, por todos los ámbitos de la comarca.

El día 9 de julio, con el meteoro de los vientos saharianos llenándoles de arena los pulmones, don Felipe se acercó a Cuatro Santos Coronados Barragán y le dijo:

-Estás perpetrando una indecencia tras otra. Si reincides, me veré en la obligación de empapelarte. -Y ya más distendido, le advirtió-: Cuidate de *madame* Duchamp. Te persigue, dispuesta a aplicarte la disciplina inglesa.

Aproximadamente, una semana después, Cuatro Santos Coronados divisó al individuo de la carabina *rémington*, husmeando por las cercanías de «Villa Soberana» y comprendió que había perdido la partida. Se envainó el anteojo de larga vista, abandonó el lucrativo parapeto del naranjal y disolvió, para siempre, todas las compañías de amantes invisibles reclutadas por los encantos de aquella hermosa y desconocida mujer.

En octubre, cuando los más apremiantes trabajos de restauración de la solariega finca estuvieron listos, por vez primera, desde su llegada, don Erasmo Figueroa se presentó en el caserío. Oscurecía ya y paseó solemnemente, de uno a otro extremo, la única calle, en medio de un silencio casi religioso. Le acompañaba uno de sus hijos, aunque ni él mismo podía asegurar si se trataba de Isaías Dallas o de Jeremías Kansas. Eran tan idénticos, como sus respectivas madres, las hermanas María Micaela y María Magdalena, de una de las cuales se enamoró y con la otra contrajo nupcias, puestas ambas de acuerdo, en una muy hábil artimaña, para conjurar la soltería de cualquiera de ellas. Luego, las dos se le declararían esposas legítimas y se turnarían los beneficios del lecho y de la despensa. De este modo, a don Erasmo Figueroa le correspondió un mundo por duplicado.

Pero aquella tarde otoñal y destemplada, se metió en la taberna de Puebla, donde se despachaban también ultramarinos, artículos de mercería y verduras frescas, y pidió un par de vasos de tinto, con su voz grave y autoritaria, -35- mientras los ocho o diez parroquianos, lo observaban de soslayo y con una especie de miedo supersticioso. Don Erasmo apuró el trago, se acodó en el sórdido mostrador y masculló despectivamente:

-Reto al dominó, a quien quiera y disponga de las necesarias agallas.

Hubo una pausa, para la sorpresa y el malestar.

-¿Qué?... ¿Les falta valor?

De una mesita sumergida en la penumbra del fondo, donde apenas si alcanzaban los destellos del candil, se irguió el tío Capacho, imbatido desde casi su adolescencia y bien reputado, en aquel juego que era ya algo así como la razón final de su vida. Se miraron y se midieron porfiadamente, inalterables y tensos. De pronto, el forastero ordenó:

-¡Fichas!

A los puntos, don Erasmo y su hijo frente al tío Capacho y Florencio el Panizo. La partida se inició a las siete, y me llevo la mano, gritó con júbilo Florencio el Panizo,

mientras golpeaba el velador con el seis doble. Siempre frío y calmo, el viejo del impoluto bigote a la fernandina, lanzó una fugaz ojeada y puso sus tablillas boca abajo. Luego, sacó el «ABC» de uno de los bolsillos de su chaqueta, se acomodó, como mejor le fue posible, en la silla de anea, y comenzó a leer, indiferente a cuanto le rodeaba. Sin embargo, no había que avisarlo, para nada, porque, cuando le tocaba la vez, y sin apartar la vista del periódico, tanteaba las fichas, con las yemas de los dedos, y escogía inequívocamente la justa. Resultaba aquello cosa tan de prestidigitación que de la concurrencia brotó un gesto unánime de estupor: el extraño don Erasmo colmaba todas las previsiones.

Pero una hora más tarde, aún se produciría un nuevo y espectacular fenómeno que dejó medio lelos a los parroquianos: como por ensalmo, apareció un joven igual, calcado en cada rasgo, en cada detalle y en cada ademán, al hijo de don Erasmo que, por cierto y con la mayor cortesía, acababa de cerrar con el cinco cuatro. Don Erasmo, aún embebido en su lectura del «ABC», asintió, con un tajante movimiento de cabeza, y se operó el relámpago -36- del relevo, en un espejismo de complicidades que se evaporó al instante, sin que prácticamente se interrumpiera o se modificara el curso del juego.

Que no se me acongoje, buen hombre. Que el próximo sábado, a la misma hora, le concedo la revancha. Don Erasmo se levantó y vámonos. Había ganado, por una diferencia abrumadora y el tío Capacho andaba mohíno. Y así andaría, en las semanas subsiguientes, sin que de nada le valiera la afanosa búsqueda de otros y más despejados compañeros de partido. Es el demonio, es el demonio y se santiguó tres veces consecutivas.

Debió de ser el 20 o el 27 de noviembre (en cualquier caso, un sábado seguro, mi sargento, habría de declarar), cuando el pedáneo Bienvenido Rufete que asistía a los ya célebres desafíos de dominó, en Puebla del Socorro, percibió una muy turbadora y breve conversación, en el también ya usual acto del relevo de los hermanos Figueroa que tenía lugar invariablemente a mitad de la partida.

-¿Padre?

Don Erasmo no dejó la lectura del «ABC».

-Dime, Isaías Dallas.

-Soy Jeremías Kansas.

-Dime, Jeremías Kansas.

-He liquidado a Marotti.

Don Erasmo pasó la página del periódico.

-¿Cómo?

-De dos disparos, padre.

Don Erasmo bostezó imperceptiblemente.

-En fin, espero que mejores esa puntería, hijo mío.

-Sí, padre. Te prometo que lo procuraré -contestó humillado Jeremías Kansas.

-¿Y el cadáver?

-Aún está tendido y caliente, en medio del camino.

Don Erasmo chasqueó los dedos.

-¿Te has percatado de la situación, Isaías Dallas?

-Sí, padre. Y es peligrosa.

-Pues apresúrate. Sepulta el cuerpo de Marotti, cuanto antes, y concluyamos de una vez, con esta repugnante historia.

-37-

△▽

- 3 -

Acerca del tenaz y delirante sitio que Leo Ros dio en poner a tan desgraciadas gentes

Leo Ros ya está ahí, muy temprano, con cinco o seis cafés barajándole pesadillas y resaca, apunta su *asahi pentax* y zas zas zas, el ronroneo del motorcito de arrastre entre los cañares cuando se le metió, por el tele zoom 100-300, Juan el del Melondra. Las fotos lo mostrarían macabramente husmeando tumbas, ¡miserable necrófilo!, de madrugada casi.

Toda una semana le llevó hacerse con las imágenes de las ochenta y dos almas censadas en Puebla del Socorro, a escondidas, y gracias a su poderoso arsenal de cámaras y sofisticados accesorios que tantas vueltas le había dado al mundo de la catástrofe, de la violencia y del riesgo.

-Ochenta y dos almas no, señor. Ochenta y dos personas de hueso y menos carne. Que almas, lo que se dice almas, sólo me sé de una y en pena.

Al confidente de Almoradí se lo ganó a base de cubatas, de billetes y de promesas: a tres columnas te sacamos, amigo Cañizares, y a todo color, palabra, en cuanto disponga de una buena información. Y Tónico Cañizares se ve, de pronto, así, como flotando en el universo de la fama, al lado mismo de Rocío Jurado, de Maradona o de Ronald Reagan. Que sí, don Leo, lo que usted mande. Tomaron unas copas en el bar del camino de Catral, donde solían encontrarse.

Salió de Madrid bastante después de lo previsto, un sábado, 3 de enero, con una Lidia abrupta y erizada reprochándole el incumplimiento de la Epifanía, que si los -38- niños, que si los Reyes Magos, que si el arbolito de intermitencias multicolores y frutos enlazados de grandes almacenes, para la sorpresa fingida de cada año, y él, con maletas y cachivaches, pasando entre tanta catilinaria casi cotidiana, vamos, vamos, Asun, ayúdame. Y Asun: sí, señorito. Ambos, por fin, en el ascensor a toda leche, verticalmente hacia el apartamento subterráneo. Esta Asun revienta la blusa, en cualquier momento, ¡qué tetas tía!, y se puso a reír, con el motor en marcha, hasta alcanzar la temperatura precisa. A la altura de Aranjuez, emergió del *radiocassette* toda la melancolía de un *siku* andino y Leo Ros percibió un soplo quechua emparejado al instrumento de carrizo, tan diáfano que se le ve el hombre, como se vio a sí mismo; en el Sheraton de La Paz, auscultando presumibles alteraciones políticas, en una Bolivia siempre efervescente, con el acreditado pretexto de unos reportajes acerca de los restos arqueológicos de Tiwanaku («cabezas calvas», Puerta del Sol, templo de Kalasasaya, pirámide de Akapana, conversaciones subrepticias con dirigentes mineros, con estudiantes, con periodistas), ¡ay, qué tiempos! ¿La Roda ya? Embebido en el recuerdo, no muy lejano, el ford «Granada», cinco marchas, se le adelantó, se le adelanta y contempla, va a contemplar el futuro, en las aguas del río Segura, del Bajo Segura. Pero antes, café en La Roda, café en Chinchilla, café en Villena, café en Alicante, en la habitación del hotel de Alicante, en medio de una avalancha de valijas, magnetofones, *underwood* (la del caquético columnista del «Herald Tribune», para correr a fondo en el Pulitzer), *rheinmetall*, olivetti, equipo fotográfico a tope, y mira satisfecho aquella galaxia tan intrínsecamente suya, prepárate, enano maricón, prepárate. Ya estoy aquí.

Aquella noche, demoró lo justo para el trago, en el gimnasio del bar, me gusta hacer guantes antes de meterme en la cama, llamó por teléfono a Lidia y se interesó de pronto por sus hijos. Lidia seguía irritada e intransigente, tranquila, mujer, tranquila, y compréndeme, es mi oficio, compréndeme, insistió, sin ningún entusiasmo. Luego, se durmió un sueño de prosperidades, cuidado, Leo Ros no concede tregua, Leo Ros arrasa.

-39-

El automóvil de exhalaciones metálicas, entre el reverbero de las salinas, dejó la costa a un acelerón de Guardamar y enfiló una carreterita apacible, hasta Almoradí. Y Leo Ros invadió las calles, seguro en su atmósfera fresca de *after shave*, vestido de limpio, cazadora de lona cruda con cuero, mocasines, pantalones Gromm, y tomó el camino de Puebla del Socorro, la cámara balanceándose a un costado. Pero todo su porte se desmoronó frente a la huidiza y astuta actitud de Bienvenido Rufete que está usted muy equivocado, señor, que alguien se inventó ese cuento de la lotería, que no se burle más de nuestra miseria, que ya tenemos bastante castigo con la sequía y esas aguas contaminadas del río, señor, que le pido, en el nombre de la Virgen, que nos deje en paz de una vez.

Leo Ros no concede tregua ni cuartel. Leo Ros arrasa. Y decidió instalar su estado mayor, en Almoradí. Porque advirtió los caudales ocultos, en la sarcástica súplica del pedáneo y en el rubor de la mujer del supuesto picapleitos, de soltera señorita murciana barriga verde. Una semana de subrepticios merodeos *full time* le llevó conseguir, con el auxilio del tele zoom, las fotografías de las ochenta y dos almas censadas en aquel maldito caserío.

-Que no, señor, que almas, pero lo que se dice almas, tan sólo hay una y en pena.

La espontánea y sugestiva revelación impulsó al infatigable reportero a nuevas indagaciones, por los difluentes contornos de Puebla, ahora al acecho de la Sapa. ¿La Sapa, dijiste?

-La Sapa, don Leo. Pero no es cosa de retratos, créame -le avisó Tónico Cañizares muy alterado, por las atrevidas incursiones nocturnas.

-Dame quince o veinte días y tendrás la mejor historia del mundo, en exclusiva.

-Escúchame bien, Leo: estás loco -observó fríamente César Valdés, director del semanario «Entrevista».

-¿Loco? -parecía fuera de sí-. ¿Acaso no lo estaba, cuando me jugué el tipo, en Beirut, para ponerte a flote?... ¿O cuando te cubrí los fusilamientos de Kenitra, para satisfacer la morbosidad de los lectores de tu sucia revista?... ¿Qué, amigo César Valdés, lo recuerdas?

-40-

Sí, lo recuerda y sabe, además, que Leo Ros no renuncia a su factura. Arroja el *pall mall*, aún a medio consumir, y enciende otro, de inmediato. Obviamente, la situación le resulta incómoda. Por fin, se decide.

-Tú ganas, muchacho. ¿Necesitas algún anticipo?

-No necesito nada, en absoluto.

César Valdés contempla de soslayo a aquel remoto ejemplar: todavía lo admira, en trance ya de extinción.

-Entonces, será mejor que te pongas en marcha.

Leo Ros está ahí, muy temprano, con cinco o seis cafés barajándole pesadillas y resaca, un miércoles 12 de enero, apunta su canon y zas zas zas, el ronroneo del motorcito de arrastre entre los álamos, inútilmente porque se le velaría la película.

-Se lo advertí, don Leo. Es tan sólo una sombra.

Desde la ventana de su escritorio, el licenciado Felipe Ruiz de Peñamora había espiado muchas de aquellas inquietantes peripecias entre iracundo y estremecido. Sin embargo, no lograba sistematizarlas, por cuanto el intruso actuaba de una forma caprichosa e imprevisible.

-Otra vez ese impertinente, con su endiablada máquina ¡Copón! Se la podía meter en el culo.

Bajó a la cuadra y le dio un repaso al destartado seat 850. Examinó el agua del radiador, el depósito de gasolina y el nivel del aceite: todo en precario.

Meticulosamente, repuso fluidos y comprobó la batería, vomitando bilis y blasfemias. El ya frondoso árbol de su linaje florecía ácaros del moho de tanto y de tan escueto descuido, mientras Fuensanta bordaba al hilo de la nostalgia y de una insatisfecha y ávida plenitud de hembra, toda una dilatada noche de amores despoticados.

-Tengo que ir a Orihuela, mañana a primera hora -le dijo su marido-. Y si alguien viene, en mi ausencia, tú, la boca bien cerrada, ¿está claro?

Era cosa de prevenirse. Sin duda, más de un vecino trataría de husmear su paradero, en particular el azuzón de Bienvenido Rufete. Por eso, se lo dejó caer, un par de días antes, con cierto disimulado fastidio, sí, amigo Rufete, el estudio de la heráldica requiere de mucho sacrificio, de mucha sabiduría y de mucha paciencia, se lo aseguro. -41- El pedáneo lo observaba con una mueca sarcástica. Que se lo aseguro, hombre de Dios, ya ve, de nuevo voy a quemarme las pestañas en los archivos de la Catedral, pero qué remedio, los asuntos de la vocación no tienen apañó. Y agregó:

-Mire lo que le digo, anda por aquí un individuo que no me hace ninguna gracia, pero que ninguna, ¿eh? De manera que usted, con su autoridad, me lo pone como un guante, o yo lo empapelo, por mi cuenta.

-Usted a lo suyo, don Felipe -le recomendó, indolente y resuelto-. Usted a sus legajos. Y no me atosigue, que conozco mis obligaciones y las cumpliré, si llega el caso.

Bienvenido Rufete no pudo reprimir una sonrisa de alivio. Su hijo le había cambiado bujía y platinos a la motocicleta, todo a punto, pues. Que me acercaré a la capital, por razones del cargo, anunció, muy jactancioso, sin que Rita Senabre levantara la vista de los calzoncillos que estaba remendando. Pero aún tuvo que esperar, hasta que una mañanica opaca de celajes, vislumbró el automóvil del licenciado dando tumbos, por un apenas transitable atajo, hacia la carretera.

Cuando Leo Ros percibió el estruendo de aldabazos, en la puerta de su alcoba, intuyó la desbandada y se reprochó la negligencia de unas vísperas exploratorias, por los confines del meretricio genuino y del licor. Tónico Cañizares se precipitó, trémulo y vociferante: el coche de don Felipe le había pasado, por delante de sus propias narices, en la amanecida brumal, en tanto que, en dirección opuesta, y unos minutos más tarde, divisó al Bienvenido, como la centella, en su moto. Leo Ros calmó la jadeante retórica y paseó reflexivamente, por el espacio dormitorio de la fonda, hasta que se detuvo y exclamó: «Y, sin embargo, se mueven.»

En cualquier caso, no debía bajar la guardia, con los días contados y las investigaciones tan frágiles todavía, tan disueltas en el insólito palacio del placer de *madame* Duchamp, con los estertores próximos del río, y un tropel de putuelas casi adolescentes, ofreciéndole bien sobadas mercancías y una exquisita nómina de montajes porno duro. Me recuerda usted a mi difunto esposo, todo un -42- caballero muy fino, natural de Montpellier. Y Leo Ros le sacudía a la botella inhibidora y rechazaba educadamente las voluptuosas invitaciones, mientras, finta va, finta viene, metía, entre las cuerdas del ring al enanito maricón y viscoso de las pústulas recontadas y ¡¡brrrrruuuummm!! el certero, fulminante y definitivo *uppercut*, allá va. *Madame* Duchamp, complaciente y recatona, le desplegó el catálogo de la casa, con los últimos modelos en materia de caprichos nefandos, encontrará lo que usted quiera, señor, por

exigente que sea, que mire usted, tal como en Amsterdam o Bangkok, que una también ha corrido lo suyo, y de gargantas profundas, no hablemos. Leo Ros se empina la botella de aguardiente, sin inmutarse por el frenesí de aquellos cuerpos que le acosaban, sinuosos y mercenarios. Se irguió y dijo tempestuosamente que arrasaría Puebla, que demolería sus ruinas, que levantaría las tierras de punta a punta, y que reventaría los vientos, con miles y miles de billetes de banco, papel moneda, ¿entendéis?, papel moneda de curso legal, como éste, y la estancia de divanes desvaídos, de desnudos al óleo, de flores artificiales, de butacas peceñas, de lámparas de luz helada, con dos ruiseñores disecados en lo alto de unas ramas de laurel, aletea con el confeti del dinero malva y verdecedón, entre brincos y alborozos, qué señor, qué señor, tan fino como mi difunto esposo, tan apuesto, tan desprendido, y *madame* Duchamp registraría, luego, a sus pupilas, una por una, cuando ya Leo Ros chapaleaba en el fondo de sus pesadillas.

Y, sin embargo, se mueven. Refrenó la retahíla incongruente de Tónico Cañizares y decidió comprarle, aquel mismo día, un ciclomotor, para que pudiera seguirles de cerca la pista a los sospechosos tráfugas de la aldea. Necesito saber dónde van, qué hacen, con quién hablan. Por su parte, había visitado ya, en dos ocasiones, al lotero de Elche, con un álbum de ochenta y dos fotografías, éste podría ser uno de ellos y éste otro quizá, aunque tampoco estoy muy seguro, comprenda, pasa tanto personal que resulta difícil reconocerlos. Sí, sí, por supuesto, sé que se trata de don Felipe, pero ignoro si adquirió algún número, para el sorteo de Navidad, ¿se hace usted cargo? -43- Aquel individuo asomaba una expresión levítica, por la ventanilla de arco de medio punto, lo que aún le confería una apariencia más sólida de confesor escrupuloso, en tanto, periódica y delicadamente, se frotaba el lóbulo de su oreja izquierda, descolgada y traslúcida. Estaban solos y el reducido ámbito de la administración le recordó, tal vez por las frecuentes destilaciones de una clientela devota del enano maricón, la penumbra de una capillita doméstica y consolativa. Qué país, siempre embeleñado entre el milagro y el azar.

-Lo lamento, créame. Pero no puedo ayudarlo.

Iba ya a decirle lo que decía, en momentos de indulgente efusión, acerca de la volandera fortuna y de sus particulares favores de cortesana, pero se contuvo movido por su solvencia profesional: no se le antojó ni oportuno ni rentable.

Durante tres días consecutivos, Leo Ros indagó en decenas y decenas de sucursales y oficinas bancarias, esparcidas por toda la comarca, interrogó, con suspicacia y aperitivos, a visitantes y jefes de producción, sin que lograra sacarles más que excusas y vagas referencias. Devoraban gambas a la plancha como tiburones con el *vademécum* bajo el brazo, pero no soltaron prenda los muy cabritos. Y el tiempo vuela, como que es una verdad despiadada, y yo sin un resquicio, por donde meterme de una puñetera vez en harina.

A las veinte horas del viernes 14 de enero, y en el bar del camino de Catral, Tónico Cañizares le comunicó que el pedáneo Bienvenido Rufete acababa de regresar de la capital, según había averiguado, por Juan el del Melondra, a quien sorprendió, cuando salía de Puebla del Socorro, hacia Dolores, que voy a pasar el fin de semana, con mi tío el Pinales que anda ya con un pie en la sepultura, el desgraciado.

Pero, al día siguiente, cuando Tónico Cañizares se trasladó a Dolores, para comprobar lo que había de cierto, en las palabras de Juan el del Melodrama, según le encomendó Leo Ros, se encontró con un anciano de aspecto saludable, desarrugado y adusto.

-44-

-No quiero saber nada de mi sobrino. Para mí, tan muerto como su padre.

Luego, se descompuso: ¿Yo?... ¿Yo, con un pie en la sepultura?... El Pinales escandalizó al vecindario, con sus desaforados gritos. Se le desencajó el semblante de cruentas evocaciones, escupió una sarta de atrocidades por su boca y la emprendió con él que era inocente de una guerra, en la que el Pinales y su hermano, es decir, el padre de Juan el del Melondra, habían luchado en bandos enemigos. Casi me lisa, con los mandobles de su garrote, don Leo, mismamente un basilisco, ¡la Virgen!

Todo aquello no vino sino a confirmar las hipótesis de Leo Ros. Los recientes y furtivos trajines que se estaban operando en Puebla, lo animaron a estrechar el cerco y a montar una guardia más estricta. Dándole vueltas al asunto, comprendió que se imponían los pactos y las secretas alianzas, para llevar adelante la voluble empresa. Pero, ¿con quién? Tampoco podía andarse con demasiados remilgos, las hojas del almanaque apuraban el plazo y César Valdés certificaría su ya tantas veces insinuada defunción. Leo Ros está acabado, se lo advertí y no quiso ni escucharme, comentaría, engreído y clarividente, en las redacciones y en los consejos del holding editorial. Repasó concienzudamente las fichas de cada uno de los habitantes adultos de la aldea, y se detuvo en la correspondiente a Cuatro Santos Coronados Barragán Illescas, treinta y cuatro años, feriante y chamarilero de abundante y fluida labia («Trafica con fantásticas antiguallas y con cipotes y chuminos de poliuretano, con cristos y querubines de buena leña y con artículos de ilusionismo, con lo que a usted se le ocurra, oiga, por muy raro que pueda parecerle el pedido»). Era además el tal Cuatro Santos Coronados Barragán Illescas, ilustrado en relojería y otros artificios de alta precisión, y, sobre todo, honrado y circunspecto en sus tratos, ¡pero, joder, si ya tengo el mirlo! Mando, en seguida, a Tónico Cañizares, con el recado de una cita de negocios, dile que quiero comprarle algo, dile que pago bien y al contado, y tú lo sabes. Que allá estará de fijo, don Leo, y lo ha jurado por sus muertos.

En punto, llegó Cuatro Santos Coronados, en bicicleta. -45- Consultó su infalible cronómetro y saludó muy ceremoniosamente.

-¿Qué quiere comprarme?

-Información.

Cuatro Santos Coronados no se inmutó.

-Quizá le interese una auténtica reliquia...

-Sólo busco información.

El vendedor ambulante aún se resistía, parapetado en un luminoso inventario de objetos en oferta.

-... O unos manuscritos procedentes de la remota Orcelis...

Leo Ros sonrió, con desgana, y le tendió dos billetes de a mil pesetas.

-Es un pequeño adelanto. Acéptalo.

Cuatro Santos Coronados reflexionó, mientras se embolsaba el dinero.

-Mmmmmmmmm... Está bien, hombre, está bien -guiñó un ojo a Tónico Cañizares-. Dígame usted qué desea.

-Que me cuentes todo lo de la lotería -dijo.

Cuatro Santos Coronados pidió cerveza. De puta madre, ya lo tenía en su terreno y, según sus cálculos, puso en marcha un evasivo recurso de insidias y titubeos.

-¿Eso?... A mí, no me importan las cosas ajenas -dijo un estrepitoso trago y se le quedó la espuma burbujeando, entre el bigotito sedoso e incoloro-. Además, son habladurías. Yo de usted, mejor lo dejaba estar.

A Leo Ros lo soliviantó aquella actitud desdeñosa y preventiva. No iba a tolerarle semejantes acciones ni martingalas. Así que extendió el brazo, con la palma de la mano bien abierta.

-Devuélveme mi dinero -exclamó, con un tono furiosamente contenido.

-Cálmese. Cálmese usted y no me eche el carro por el pedregal -Cuatro Santos Coronados sonrió, conciliador y porfiado-. Tan sólo me he permitido un consejo, señor mío. Pero soy hombre de palabra y cumplo, se lo juro a usted por todos mis muertos, que se lo diga éste -y señaló a Tónico Cañizares.

Por fin, se pusieron de acuerdo: Cuatro Santos Coronados -46- le llevaría noticias de aquel condenado asunto y Leo Ros se las pagaría, a buen precio, siempre y cuando coadyuvaran a resolver el enigma.

-No pierda usted cuidado que si hay algo de cierto, lo tendrá.

Disponía aún de diez o doce días, pero le advirtió al chamarilero:

-Te doy una semana.

A la tarde siguiente, con el viento alborotando los carrizos, Cuatro Santos Coronados le confirmó la súbita desaparición de los habitantes de «Villa Soberana». El miércoles, 22 de diciembre último, don Erasmo Figueroa y toda su familia, inclusive el chófer negro y el gran danés, abandonaron precipitadamente la casa, no mucho después de que la radio transmitiera el confuso anuncio de que el premio gordo de Navidad había correspondido íntegro a Puebla del Socorro. Los vio salir, a toda pastilla, el propio

tío Capacho que andaba como apaleado de tanta y tanta derrota al juego del dominó. ¿Le sirve, don Leo? Me sirve, Cuatro Santos Coronados, y le largó otras mil pesetas.

El tío Capacho barruntó los vehículos, entre la polvareda del tortuoso y desbaratado camino: el primero, con el pasaje al aire y un gran cofre instalado en la parte posterior; el segundo, oscuro y largo, como un furgón de cola. A través de los cristales, don Erasmo le dedicó un amable saludo. Ojalá te partas el alma, tonto del pijo, murmuró el tío Capacho.

Cuando casualmente escuchó, entre la letanía de cifras, el tremendo aviso, don Erasmo Figueroa sufrió un transitorio pasmo, apagó el transistor y ordenó preparar el equipaje. A prisa, a prisa. Dentro de nada, esto se pondrá imposible de estúpidos y entrometidos periodistas y empezarán las averiguaciones. Conviene que nos pongamos fuera de su alcance, me asquean esos impertinentes fisgones, vamos, a prisa, a prisa. Isaías Dallas, Jeremías Kansas y el antillano Bumba cargaron las maletas y el pesado cofre, cerraron puertas y ventanas, y pusieron en marcha los automóviles. Y así, una hora más tarde, partieron, abatidos e incómodos, en dirección desconocida. Muy cerca aún de «Villa Soberana» y entre los remolinos de polvo, -47- don Erasmo descubrió al tío Capacho y lo saludó de pasada. Viejo imbécil y zafio nunca conseguirás ganarme al dominó, dijo en voz imperceptible.

-¿Y qué sabes de ese tal don Erasmo Figueroa?

Apenas si sabía nada. Él y su gente llegaron, de sorpresa, meses atrás y se instalaron en aquella hermosa finca que durante muchos años permaneció desocupada. Casi en ningún momento mantuvieron relaciones con sus vecinos de Puebla, a excepción de las partidas de dominó, protagonizadas muy en especial por don Erasmo y el tío Capacho, que se celebraron todos los sábados de aquel otoño, de siete a nueve, sin que prácticamente, en el curso de las mismas (que constituían ya un espectáculo, en la comarca), se intercambiaran más que unas muy ponderadas frases convencionales, ni sucediera otra cosa fuera del siempre fascinante relevo de los gemelos y de los gruñidos desconsolados del pobre tío Capacho, quien nunca se resignaba a digerir las periódicas y descomunales derrotas. No, al menos que él supiera, no había fotos de don Erasmo Figueroa, ni de ningún miembro de su familia. Ahora bien, si don Leo lo deseaba, él podría hacerle una minuciosa descripción de los extravagantes forasteros, los cuales, y como dato complementario, plantaron en medio del jardín y no más llegar a «Villa Soberana», un espantoso ídolo o algo parecido de caoba. ¿Le sirve todo esto, don Leo? Me sirve, Cuatro Santos Coronados, y le entregó un nuevo billete de a mil.

-¿Y «Villa Soberana»? ¿De quién era «Villa Soberana»?

-Según sé, por don Felipe, y hasta no hace mucho, siempre fue propiedad solariega de una estirpe de banqueros, los Pardines O'Donell, los cuales, con aquella conmoción de la República, se largaron al extranjero, a Suiza, si recuerdo bien, y desde entonces no han dado señales de vida. Vamos, eso dice don Felipe.

Leo Ros anotó: visitar notarías y registro. Urgente. El repentino desembarco en escena de los evanescentes personajes, le obligaba a modificar, en muy considerable medida, el ya embrollado esquema de sus investigaciones. Pero le iba y le venía lo que, a todas luces, se le figuraba -48- una fuga y no simple coincidencia. Por otra parte, su

afilado olfato profesional se orientaba hacia la misteriosa casa de recreo que había travisto, en varias ocasiones, pero sin concederle el menor interés (y se censuró ásperamente el desatino), más allá de un extenso huerto de naranjos. Así incentivado, le propuso a Cuatro Santos Coronados una descubierta por tan insinuantes dominios.

-Que nos metemos en un avispero, don Leo. Mire usted que esos individuos no son nada de fiar -advirtió, dubitativo y reticente-. Sin embargo y para que no me lo tome usted a mal... le acompañaré.

¿Le sirve, don Leo? Me sirve, Cuatro Santos Coronados, me sirve, y echó mano a la cartera.

A lo largo de la noche, se despachó una botella de whisky, mientras examinaba las vainas metálicas de dos proyectiles del calibre treinta y ocho, que había encontrado en el frondoso jardín de «Villa Soberana», cerca de una prominente pajarera recién enlucida y al pie de una mata de geranios. El turbador hallazgo lo dejó casi groggy, en tanto en cuanto rebasaba muy por encima todas sus hipótesis. Algo más que raro sucedía en aquella apartada aldea. Algo que él, Leo Ros el del puño de hierro (¿y los cojones, qué, cojones?), iba a poner patas arriba, a cualquier precio. Decididamente, extremaría la vigilancia y estrecharía a tope el cerco.

-Ándese con tiento, don Leo -le dijo Cuatro Santos Coronados, al conocer sus propósitos-. Las gentes de Puebla se están irritando, con sus pesquisas, y el Bienvenido prometió, la tarde pasada, en la taberna, que daría cuenta a la Guardia Civil de esta intolerable situación.

-Que exploten, que exploten de una vez. Así, me facilitarán las cosas.

-Tiento, don Leo, mucho tiento. No los presione usted en demasía que le pueden sonar la pavana, créame.

Un lunes, a mediados de enero, se le vino encima Tónico Cañizares, demudado y con tiritonas, que el Práxedes Rabasco le había metido los voraces dientes de la hoz en el pescuezo, que me ha quedado la señal, don Leo, que esta faena es muy arriesgada, le dijo, en un sollozo.

-Lo seguí hasta cerca de San Fulgencio y allí mismico -49- me agarró, por sorpresa, y casi me mata, don Leo, hecho un verdadero animal-. Tónico Cañizares tenía el semblante con el color de los hámagos.

Anocheceía, cuando Cuatro Santos Coronados lo informó de que efectivamente, aquel día, Práxedes Rabasco había ido a Guardamar, no sé a qué leches, pero su mujer se encuentra cada vez peor, dicen que no tiene apañío.

También hoy ha llegado a Puebla un hermano de Rosa de la Luz, la que está como ausente, desde que un rayo le quemó al novio.

Leo Ros pidió un vodka y Cuatro Santos Coronados, una botella de vino, con muslo de pavo. A eso de las nueve, Leo Ros se despidió completamente ebrio. Hacía frío, se equivocó en aquella maldita encrucijada y tomó el camino de El Saladar, el enano

maricón se me escabulle, pero lo tumbaré al final, ya lo creo que sí, menudo *uppercut* te reservo... Ja, ja, ja, lo pondré fuera de combate y me llevaré toda la bolsa... Ja, ja, ja... Echó una turbia ojeada a su alrededor: ni una sola luz y el viento soplaba firme, entre los árboles. Vaya, es obvio que no estoy ni en Park Avenue ni siquiera en el Village, pero... entonces, ¿dónde, coño, estoy?... ¡Ah! Claro que sí, en Arkansas, en una cabaña de pescadores de Arkansas, con mi amigo Portis que se dispone a escribir un impecable *best-seller*... Ja, ja, ja... un impecable *best-seller* fórmula uno... Ja, ja, ja... mientras yo, amigo Portis, mientras yo... bueno, tú ves... Perdió el equilibrio, se desmoronó al pie de una morera y vomitó.

-Yo... Yo sólo busco la evidencia... Sólo la evidencia.

Leo Ros está ahí, llorando.

- 4 -

Donde se contienen, de manera fragmentaria, algunas de las pasmosas revelaciones de la Sapa, sobre la remota década glorificante de copiosos débitos y embarazos matrimoniales

Pero la evidencia sólo llegaría a últimos del mes de abril, cuando un vigoroso y cálido levante derramó toda una delicada lluvia de mínimas flores de peral y de novísimos billetes del Banco de España, sobre el cadáver de la Aguedica.

Y aunque la sorprendente noticia conmocionó los teletipos y levantó, en las redacciones, comentarios y algún que otro sofoco acerca de la ya muy vieja historia de una suerte desvanecida, era demasiado tarde para Leo Ros quien balbució: «Lo sabía. Sabía que dejé K.-O. al enanito maricón», y continuó escrutando su propio vuelo definitiva y fatalmente irreversible.

Por aquel entonces, las mujeres de Puebla llevaban la preñez sin complicaciones, y parían hijos robustos, largos y con la huella del dedo índice de Nuestro Señor Dios Jesucristo, en el hombro derecho. Fue, en verdad, una época fecunda y pródiga, para el sacramento del matrimonio tan alabado por el canónigo don Nicomedes Gallardo que, desde el púlpito y con aquella inflamada oratoria que le echaba a sus sermones, provocó amores arrebatados y bien satisfechos, noche tras noche. Cosa ciertamente digna de ver cómo las desposadas aguardaban a sus maridos, ansiosas y sonrientes, en las veredas y ambos a dos, apenas oscurecido, se iban para el lecho, diciéndose palabras tiernas y levemente salpimentadas que el mismo don Nicomedes les inspiraba y las bendecía también, para que pudieran usar de ellas, sin rubores ni remordimientos, pues -52- que es ley divina y ya lo dijo el Supremo Hacedor, creced y multiplicaos, ¡multiplicaos!, ¿entendéis bien lo que significa?, y yo os digo además: arrancad las cerdas de vuestros corazones y la fatiga de vuestros miembros y ¡multiplicaos!, ¿entendéis bien?, y ahora id, id y tomad a la mujer que os ha sido otorgada ante el altar y cumplid con los débitos conyugales, como está escriturado, amén. Y así conoció Puebla una década de prosperidades y natalicios, jamás conocida desde su aún próxima fundación. Puebla contó, por aquel tiempo, casi con mil vecinos. Tenía concejo, alcalde ordinario, síndicos

y parroquia, para el pasto espiritual de la feligresía; y las cosechas eran abundantes, tanto como el cáñamo para la manufactura de la alpargatería o como las plantas barrilleras para fabricar los jabones. Pero todo aquello comenzó a anclar de pie quebrado, con la muerte de don Nicomedes Gallardo, quien finó a consecuencia de unas misteriosas, de unas inclementes calenturas, ya va para dos siglos.

La Sapa inició su discurso, a las cinco de la madrugada del miércoles 14 de diciembre de 1966, en la entrada de la casa del tío Maximino Meroño, justamente el día en que se sometió a referéndum la ley orgánica del Estado, y estuvo durante setenta y tres horas seguidas (según cronometró Cuatro Santos Coronados Barragán, en el reloj de bolsillo *Rosskopf & Co* que había heredado de su abuelo) hablando y hablando, sin parar. Como siempre que ocurría tal prodigio, el vecindario organizó los correspondientes turnos de auditorio, para que bien de memoria o bien por escrito, se recogieran todas y cada una de sus palabras.

-Sólo así podremos reconstruir nuestra verdadera historia, sin ninguna necesidad de que nos la amañen a su conveniencia, esos sabios de por ahí -decía el tío Maximino.

En aquella ocasión fue tan dilatado y nutrido el parlamento, que Práxedes Rabasco se mamó dos turnos de a seis horas cada uno, cuando tenía doce años. Anotó precipitadamente lo que refería la Sapa, en una libreta escolar llena de problemas de granjeros que vendían huevos y compraban fruslerías y nunca acababan de enterarse si -53- ganaban o perdían, con su estrafalario comercio. Pero no pudo reprimir un vago sentimiento de vergüenza al leer, poco después, todo cuanto él mismo había escrito de carrerilla, con su letra menuda y, en buena parte, ininteligible. No quiso entregarle al tío Maximino Meroño los desconcertantes apuntes y alegó, como muchos otros auditores, que era tan caudalosa y veloz la relación de la Sapa que apenas si había podido transcribir más de cuatro frases inconexas.

-Tengo la memoria descabalada -se excusó Bienvenido Rufete.

-Con esta sordera, no le escuché sino como un rezo -arguyó el tío Capacho.

La asamblea se disolvió, sin que Maximino Meroño lograra recomponer un pasado que se le figuraba tenebroso, por lo que personalmente había descifrado. Qué remedio. Le tocaba esperar a que la Sapa hablara de nuevo, si es que para entonces aún vivía. Entre tanto, sabía que cada habitante de Puebla guardaba un renglón o una página incluso de aquella crónica esquiva y turbulenta que debió de urdirse a raíz del fallecimiento del canónigo magistral don Nicomedes Gallardo, aunque no encontraba las fórmulas de persuasión que le permitieran hilvanar las fragmentarias y encubiertas reseñas. El miedo a encararse de una vez por todas, con los viejos espantos colectivos constituía un obstáculo insalvable.

Desde aquel verecundo descubrimiento, Práxedes Rabasco se supo apestado y procuró ocultar la condenada marca purpúrea que exhibía en el hombro derecho y de la cual su propia madre, siendo todavía él muy chiquito, le había repetido hasta la saciedad que llevaba encima la gracia, que aquello era la huella de Dios, que la has recibido de tu padre, como tu padre la recibió de su tata. Pero, no. No era la huella de Dios, sino la pezuña de Satanás, que eso le reveló la Sapa, cuando vació el costal de verdades como puños, en aquella canturria del mes de diciembre de 1966, mientras los españoles todos

o casi decían gregariamente sí a la ley orgánica del Estado. Y años después, en Melilla, donde lo remitieron al servicio de la patria, se hizo tatuar el hombro contaminado con una calaña -54- maligna, para que ya nadie le anduviera sorbiendo el seso, con milagrerías de retruque. Se sofocó, sin embargo, la noche de bodas, desnudo y con el obsceno macho cabrío encaramado al omóplato. Jesús, José y María, se santiguó la Aguedica, desorbitada de pánico. Le costó lo suyo llevársela a la cama, que son cosas de la mili, mujer, que uno se aburre y comete tonterías. Apagaron, por fin, la luz, y aún así, la Aguedica le cubrió la terrible figura, con un paño higiénico empapado de un agua mirífica, por si acaso.

A la Aguedica se la ganó en una carrera de cintas. Práxedes Rabasco trabajó para su padre que se dedicaba, por entonces, a la crianza del gusano de seda, en Rafal. Pedro Larrosa lo tenía en buena estima y le confiaba una cosecha que se acercaba a las dos onzas, pero cuando se percató de las incipientes relaciones le dijo destempladamente que la miel no se había hecho para la boca del asno y lo puso, sin más, en la calle. Pero todo resultó inútil. Práxedes Rabasco porfió y se llevó a la doncella, en tanto Pedro Larrosa, con la industria en crisis, ni se opuso, enfrascado en créditos y en pleitos con los del Servicio Nacional de Sericicultura, y hasta les prodigó bendiciones, en unos momentos en que no salía de zozobras y pesadumbres.

Y se fueron a Puebla, tras la ceremonia nupcial celebrada el último domingo de octubre, exactamente tres días después de que Práxedes, con muchas precauciones, para no encabritar más al futuro suegro, les diera el sufragio a los socialistas y los acomodara en las poltronas del gobierno, que había que cambiarlo todo, hasta la meteorología. Luego, en la misma casica de sus padres (sus padres estaban de porteros, en un edificio de postín, en la playa de Muchavista), bien encalada y curiosa, se entregaron a las fervorosas prácticas del matrimonio, con tanto celo y tan desbordada profusión, que apenas si concedieron importancia al inopinado mensaje de la Sapa, quien les susurró: durante siete noches seguidas he soñado con las siete iglesias de Asia. Sólo cuando saldaron generosamente sus siempre perentorias refriegas, meditaron -55- acerca de aquellas sublimes palabras. La Aguedica dijo, como iluminada:

-Me parece que la Sapa nos ha traído un milagro en el nombre de la Virgen.

Práxedes Rabasco le miró los senos prietos y vibrantes, y no pudo contenerse. Tiempo habría de sobra, para las cavilaciones y los cálculos.

Y de pronto aquel tipo presuntuoso que vuelve y que los acosa despiadadamente, con sus preguntas, con sus fotografías, con sus hostigamientos, hasta enloquecerlo, con la Aguedica ya embarazada y corroída por el mal, y un día, mediaba enero, desmontó al mierda de Tónico Cañizares de su flamante ciclomotor y le metió la segadera en el gollete y en un tris estuvo de desangrarlo de un tajo, por qué me sigues, so cerdo, por qué me sigues, ¡contesta! Y el otro: Cálmate, Práxedes, cálmate. Me lo ha mandado don Leo. ¡Don Leo, Dios qué plaga! Pero bien que purgó tanto desmán, que se lo llevaron de allí, entre los destellos cerúleos de la ambulancia, unos despojos que hedían a alcohol y a sulfatos, alguien que les cambiaba el nombre a las personas y a las cosas rebatosamente, semanas antes de que su Aguedica agonizara, ¡la pobre, preñada y tan chica aún!, y quiera Dios y la santísima Virgen del Socorro que haya palmado también aquel veneno de individuo sin entrañas, clamó.

Estaban ya las mujeres de Puebla en severo régimen de velatorio, esgrimiendo rosarios de azabache, de olivo, de plata, y preces de difuntos, con el cadáver aromado de espliego y metido en su mortaja de tules y raso, muy propia, como el día de su boda, y los hombres afuera, revueltos en el bordoncillo de la rutina funeral y del tabaco de picadura, y él, Práxedes Rabasco, ofuscado y solo por aquella pérdida que no entendía demasiado bien, pero, eso sí, fingiendo hombría y con las lágrimas heladas en el corazón, seis meses de amores sedentarios y públicos, y el destino abruptamente le dinamitaba en pedazos el mundo, pues todo tal cual, cuando se desamarra un impetuoso viento en la bahía, se arremolina y sorbe aliño en la huerta y, por último, invade la casa, arrobado de corimbos de peral, la sacude, desgozna la trampilla del sobrado, donde -56- se acumula el secreto papel del Banco de España todavía virgen de manoseos, y derrama sobre la muerta, hasta sepultarla, una portentosa lluvia de mínimas flores blancas y de millones de dineros.

Práxedes se salió a orillas del alfalfar, con los rumores a la espalda.

-Le prometí que viajaríamos muy largo, hasta Melilla y hasta la misma Asia, si se curaba del mal, mi pobre Aguedica -le dijo a la doctora Mercedes Amorós.

Pero Mercedes Amorós no le hizo ningún caso. Se asomó a la alcoba mortuoria y observó a aquellas mujeres que había suspendido de golpe todo el alarde de plañimientos, para cuchichear el presagio, siempre aspavorosas, enlutadas, lúgubres. Apesta a podrido, pensó y se abrió paso por entre el vértigo y los desencadenados chismorreos, apesta a podrido, como mi padre, como las monsergas de mi padre, como la farsa de mi padre, pensó y corrió hacia el Segura que también apesta a podrido, pensó y evocó a Leo Ros, el fabuloso conquistador de Puebla, después de un contumaz asedio, y patéticamente pulverizado.

-Patéticamente, no, Mercedes. Patéticamente, no. Di mejor grotescamente.

Lo advirtió, por unos instantes, lúcido, irónico, ágil, casi rejuvenecido, junto a la desembocadura del río. Una cloaca, ¿lo ves?, una cloaca: plásticos, aceites, residuos químicos y ¡mira, mira! hasta un bolígrafo, ¿te das cuenta?, hasta un bolígrafo, en medio de tanta y tanta bazofia, pero qué absurda premonición, querida. El río se degrada y se degradan otras muchas cosas, con él. ¡Un bolígrafo!

Mercedes percibió aquel súbito azoramiento.

-¿Qué buscas, Leo?

-Ya ni siquiera me acuerdo, pero busco. ¿Y tú?

-¿Yo?... Yo sólo huyo.

-¿De qué?... ¿De quién?...

-Pues... Bueno, pues la verdad es que no lo sé muy bien... En cualquier caso, no creo que importe... ¿Nos vamos?

Fue de camino hacia el coche, cuando ella lo besó.

- Leo Ros dijo:

-57-

-Y una mierda... El hombre no transforma la naturaleza, el hombre la corrompe.

Unos dos meses más tarde, Mercedes llamaría, por teléfono, a la mujer de Leo, le repito que se lo lleve cuanto antes, no puede continuar así.

Del otro extremo de la línea, le llegó la voz pulcra y altanera de Lidia Infantes de Ros.

-Pero... ¿Quién es usted, por favor?

-Soy médico, señora. Y su marido está enfermo, ¿me oye? Enfermo de cierta gravedad -colgó el auricular apresuradamente, porque apenas si podía dominarse.

Sólo entonces Lidia se percató de que Leo no había dado señales de ningún género, durante las tres últimas semanas. Se puso al habla con César Valdés.

-Ni idea, hija, ni idea -el fatuo director del semanario «Entrevista» parecía molesto y contrariado-. Sí, ahora recuerdo que me telefoneó a primeros de febrero... Andaba a vueltas con una de esas historias... digamos fantasmagóricas... Y te ruego que me disculpes, Lidia, pero nadie mejor que tú conoce a Leo... En fin, qué quieres, me llamó de todo... Sí, sí, algo muy desagradable, aunque, como comprenderás, no se lo tomé en cuenta... Ya sabes, estaba con unas copas de más y... Lo siento, Lidia, lo siento mucho.

-¿Por qué lo has hecho? -preguntó Mercedes.

-Porque es un trepa y un perfecto lameculos -contestó Leo Ros.

El viernes, 4 de febrero, estuvieron en Santa Pola. Leo no paró de beber, en toda la tarde. Sobre las ocho, le dijo que iba a llamar a Madrid, perdona, Mercedes, cuestión de minutos. El teléfono se encontraba al otro lado del mostrador, pero Leo vertió una diatriba tan retumbante, contra un tal César que espantó a la clientela de la cafetería. Sus aplomados insultos estremecieron un ámbito de asuetos y máquinas tragaperras.

-He quemado mis soberbias naves carbonizadas -dijo.

-¿Por qué lo has hecho? -preguntó Mercedes.

Leo Ros examinó el fondo glacial de su vaso.

-Porque es un trepa y un perfecto lameculos -llamó al camarero y pidió más whisky-. Ni una semana de prórroga, -58- ni una semana... Pero no te preocupes, no pienso tirar la toalla, ahora que ya lo tengo... Al enano maricón, ¿sabes?, ya lo tengo arrinconado, Mercedes.

Incluso juraría que lo noqueó, un par de noches antes, de un certero y poderoso *uppercut*, cuando salía del bar Casa Capucha, con Cuatro Santos Coronados.

-No, señorita Mercedes, don Leo, aquella noche, no podía tenerse en pie. Lo acompañé, hasta la fonda, y sólo me dijo cosas raras.

-¿Qué cosas?

-Cosas como si fuera un falucho -exclamó, con unos ojos socarrones-. A ver si no, señorita, dijo que soñaba un sueño de amarguras, en el que no se le permitía soñar lo que estaba soñando. ¡La Virgen qué galimatías! Y me lió, vaya que me lió con tantas palabras y tantas filosofías, que don Leo era muy pródigo en esas industrias, le aseguro a usted, señorita Mercedes, pero que muy pródigo.

Cuatro Santos Coronados no le contó, sin embargo, cómo Leo Ros lo llamó, de pronto, enanito maricón y le soltó un manotazo que logró esquivar, por los pelos. Ni un duro, ni un duro, le gritó, pero a Cuatro Santos Coronados le resbalaba el despido, cuando ya abominaba del trapicheo y aún más del mercado de brazos del puente de Rojas, donde acudía, en ocasiones, para tratar de sacarse un jornal.

-Lo siento, Práxedes, qué pena.

El velatorio se dispersaba sospechosamente. Mal asunto aquel de los dineros desparramados sobre la muerta. Calculó las probabilidades y se decidió de una vez, harto de incertidumbres y disimulos. Vendrían de nuevo tipos obstinados, como Leo Ros, y no estaba dispuesto a soportar más figoneos, allá se las arreglara cada cual con lo suyo. Vio a Mercedes Amorós corriendo entre los chopos, con sus vaqueros bien ajustados, y murmuró para sí:

-Poquica chicha tienes, pero te haría un favor, que ese Leo te habrá puesto suave.

-¿Te marchas? -le preguntó el pedáneo, que se preparaba para presidir el entierro.

-Me marchó, Bienvenido, que estoy sin género y con pocas perras.

-59-

Montó en la bicicleta y se alejó, con parsimonia. A su madre, le avisó que no se impacientara. Me llegó la hora de cerrar unos tratos, en Murcia, y usted sabe que yo no faltó a mi palabra, madre. No quería presenciar la voladura de Puebla y se le había metido en el cuerpo todo el trabucazo de la profecía del tío Maximino Meroño, cuando cascó arriba de un siglo recién cumplido; que llegará alguien que pondrá de patas ruinas y tierras; que saldrá a flote mucha porquería; que nos salpicará la mierda. Ay, tío Meroño que no te conté lo que nos contó la Sapa, aquel miércoles, 14 de diciembre de 1966, el mismo día que Franco nos pidió el sí, como un enamorado irresistible. No, no te conté nada y tú ibas de un lado para otro, con esa manía tan tuya de recomponer nuestra historia, sin que ningún ajeno nos la amañe, decías. Y no te conté absolutamente nada, porque me dio risa, después de no sé cuánto tiempo de escuchar a la Sapa, que, bueno, era como un cinta magnética usada, muy usada, y sin faltar, ¿eh?, sin faltar que uno tiene sus principios. Pero se me fue la pesadumbre de niño discriminado, porque nunca se apareció la huella purpúrea del dedo índice de Dios, en mi hombro derecho. Sí, me dio mucha risa, aunque me callé entonces, después de barruntar el sonrojo de cuantos hacían conmigo el turno de oyentes.

-Con esta sordera, no le escuché sino como un rezo -musitó el tío Capacho, con la colilla apagada entre los labios y sin zafarse de la pasmosa revelación.

-Tampoco pude yo sentirle toda la plática, que me quedé en un sopor y perdí el hilo -se excusó Florencio el Panizo, mientras se tanteaba el hombro derecho, con visible aversión.

-Tengo la memoria descabalada -dijo el pedáneo Bienvenido Rufete, así como muy quebrantado en sus fidelidades y convicciones patrióticas.

A Práxedes Rabasco lo vio salir despavorido, metiéndole estrujones al cuaderno escolar, en el que había cogido de carrerilla el discurso de la Sapa.

-Que no, hombre, que no. Apenas cuatro palabricas sueltas, que hablaba demasiado aprisa, para mi escritura -alegó, inseguro y achicado.

-60-

Setenta y tres horas seguidas invirtió la Sapa, en su relato de una época conturbadora, según estableció él mismo, Cuatro Santos Coronados Barragán Illescas, gracias al antiguo reloj de plata *Rosskopf & Co* que acababa de heredar de su abuelo. Un verdadero récord que se apresuraría a registrar, en su libro de hazañas, entre calcomanías florales y marcas de oficios litúrgicos y competiciones pedestres. Luego comentaría:

-Mientras se procedía a efectuar el recuento de votos emitidos, la Sapa nos refirió la improbable ascensión a los cielos del canónigo magistral, don Nicomedes Gallardo, que se esfumó casi dos siglos antes, a raíz de un presunto levantamiento de labradores, cuando dieron con el origen de la huella del dedo índice de Nuestro Señor Dios Jesucristo.

No quiso ser más explícito, no le pareció procedente ni para el estado general de las cosas, ni para su propia integridad física, pues que ya andaban los vecinos de Puebla del Socorro, con la ira y el fogaje embridados, pero muy a flor de piel, como para provocarlos deliberadamente.

Fue un miércoles, 14 de diciembre, cuando la Sapa se refirió a la década olorificante de copiosos débitos y embarazos matrimoniales, a las óptimas cosechas de la tierra, a las fatídicas fiebres que abatieron definitivamente a don Nicomedes Gallardo y a la supuesta ascensión a los cielos del corpulento cadáver del canónigo magistral, doctorado en teología y titular de una cátedra, en la pontificia y real universidad de Orihuela, que más que acreditada tenía, para desempeñar dicho cargo, la pureza de su sangre y la legitimidad de su linaje. Así y todo, continuó la Sapa, se juramentaron las gentes y dijeron lo de la ascensión a la justicia y al vicario diocesano que se personaron, bien provistos de armamento y bulas de excomunión, tan pronto se corrió la mala nueva del presunto y bárbaro sacrilegio. Dijeron: nuestro amado y santo padre don Nicomedes Gallardo se ha subido, por los aires, en cuerpo y en alma. ¡Un milagro, eminencias, un gran milagro! Y nada se pudo hacer ante la piadosa muestra de fe multitudinaria y humildemente proclamada, que tampoco se halló prueba ni resto que apoyara lo que ya se calificó de especie -61- calumniosa, vertida contra los devotos habitantes de Puebla,

por algún enemigo morisco, marrano o apóstata. De niño, don Nicomedes asistió, maravillado, al insólito espectáculo del capuchino levitador.

-Cuando sea mayorcico, yo también me haré santo y podré volar hasta el cielo -dijo, con una profunda convicción.

En un principio, y estando como estaba en medio de la muchedumbre, el niño Nicomedes creyó que se trataba de un saltimbanqui, pero salió de su equívoco, cuando aquella misma muchedumbre se arrodilló enfervorizada y un silencio inmemorial consagró el prodigio. Sucedió en la calle del Ángel, durante la procesión del Corpus: el fraile, de tez pálida y carniseco de ayunos, los ojos, en blanco, y su frágil porte, acalambrado, entró en éxtasis y comenzó a elevarse lentamente, inflado el sayal, por un soplo misterioso.

Aquel singular hecho, prendería en el niño Nicomedes, unigénito de un modesto funcionario de la Inquisición, una devastadora e inexpugnable chamarasca religiosa. Y, a partir de entonces, cada día, aduciendo que si éste o este otro comodín y a campana tañida en víspera, corría a la calle del Ángel y se quedaba pasmado frente a la lápida que conmemoraba la efemérides y cuya leyenda decía: «Hasta aquí llegó el Santo.» Ya más reconfortado, regresaba a su casa, absolutamente convencido de que él, con la oración y la penitencia, habría de adquirir la naturaleza volátil de los elegidos.

Y así, inició el aprendizaje, a hurtadillas, en el seminario conciliar, lanzándose al vacío desde lo alto de un muro o de un árbol, porque me consta que, en el momento en que la Providencia a bien lo disponga, flotaré en el éter, liberado de toda execrable atadura, amén. Prosiguió las arriesgadas prácticas, con más ahínco y fortaleza de ánimo, una vez ordenado sacerdote y aún proseguiría, en lo sucesivo, a pesar de tanta descalabradura y tanto costalazo, sin que nunca, en vida, lograra emular la pericia del diminuto capuchino levitador. Sólo a sus cincuenta y seis años de edad y ya cadáver, su cuerpo finalmente subiría por los aires, pero convertido en un denso y nauseabundo -62- humo. Que tampoco embustearon a porfía las desgraciadas gentes de Puebla, cuando declararon, a curiales y alguaciles, lo que tenían por acuerdo de buena ley declarar, apostilló la Sapa, en la hora cuadragésima octava de su parlamento.

Es la carne, ¡la carne!, la que me aplasta contra el pecado, la carne, y sólo la carne, la que me impide batir las alas del espíritu y levantar el vuelo, se lamentaba don Nicomedes, a quien le arremetió una insaciable sed de conocimientos y se dio al estudio de la mecánica celeste, de la cosmografía, de la fábrica del astrolabio, de la influencia de las estrellas, de la periodicidad de las lluvias y de las tempestades, sin averiguar en aquéllas y otras varias disciplinas consultadas, las causas suficientes, para que sus cotidianos ejercicios de adiestramiento concluyeran en sinapismos o en cirugías menores. Es sólo la carne, pues que al mundo y a sus pompas ya los derroté, en ocasión de un viaje a Bolonia, y al demonio lo puse en fuga y maltrecho, la sobretarde en la que se me apareció, disfrazado de gentilhombre austríaco y hablándome como en jerga lemosín, en las cercanías de la aldea de Rebate, y yo le grité *¡vade retro, vade retro!* y él, por toda respuesta y al percatarse de mi reciedumbre cristiana, va y me suelta cuatro tremendos pedos sulfúreos que logré detener con el concurso del escapulario cubriéndome la nariz, que muy sutil treta fue la suya, para envenenarme sueros y alientos, y, de seguido, mi mano empujada por Santa Bárbara, le acerté un cantazo en toda la crisma y se esfumó, entre alaridos de bestia inmundada. Es la carne, digo, la que

me aflige y me reduce a la tierra. El canónigo se flagelaba, cada noche, el cuerpo desnudo y veloso, y, en especial, su desarrollada virilidad, por ver si así, con mortificaciones y cilicios, refrenaba tanta incontinencia. Luego, se aupaba a la cúspide del armario ropero, extendía los brazos en cruz, cerraba los ojos y con una plegaria en los labios, se precipitaba inexorablemente en los abismos.

A consecuencia de la escabrosa y denigrante crónica que la Sapa expuso a la luz, aquel miércoles, 14 de diciembre, o quizá el jueves ya pero en cualquier caso, cuando los españoles todos o casi casi refrendaron filial y paladinamente -63- el régimen del Caudillo Franco, el pedáneo Bienvenido Rufete anduvo mustio, por algún tiempo.

-Tengo la memoria descabalada -llegaría a mentirle al tío Maximino Meroño, con sus fidelidades y convicciones enfilando el naufragio.

-Tampoco yo pude sentirle la plática de un tirón, que me quedé como adormilado y se me escapó el hilo -pretextó Florencio el Panizo, mientras se tanteaba el hombro derecho, con ostensible aversión.

-Cada quien oye lo que le cuadra -dijo cautamente Cuatro Santos Coronados, a punto de perder la compostura y soltar de una vez el flujo de su risa.

Pero Bienvenido Rufete se reconfortaría pronto, con las místicas flamas del *Catecismo Patriótico* y el hipnótico recuerdo de las viejas canciones marciales. Y más que nunca, antes de entonces, sintió su ensoñada condición anfibia: mitad monje, mitad soldado. Se bruñó, con orgullo, la marca purpúrea que lucía en el hombro derecho y que certificaba tanto la pureza de su sangre, cuanto los vínculos, por línea directa, con una doctísima y digna jerarquía eclesiástica, ¡qué legado, hostias, qué legado!, marca que también él había difundido, con toda clase de martingalas y coacciones, por otros muchos lugares de la vega del Bajo Segura y aun allende sus límites.

-Te lo repito, mujer, que es un trueque justo. Túuuu... siempre me has gustado, así que... Yo me la juego y te saco al marido de la cárcel, pero, a cambio, nos divertimos un ratito, en la cama, ¿te hace?... Vamos, mujer, vamos, que a tu Paco nos lo van a jarrar de cuatro balazos, si no procedemos con apremio... Quitá ya y déjate de pamplinas y recatos... Y luego, aquí, nada de nada, ¿estás?... Pues todo como muy natural, que uno es hombre de hechuras cabales y buen creyente, y de esto, ni palabra, por mi padre, fíjate, por mi padre.

Después de satisfechas sus turbias necesidades, Bienvenido mira despectivamente a la hembra sometida y llorosa, mientras se pone los pantalones negros, el cinto con la pistolera, la camisa emblemática, y se dice: volveré a joderte, desgraciada muerta de hambre, que el cabrón de tu marido ya está echando cuernos bajo tierra. Y si alguna -64- se resistía, un trago de aceite de ricino por delante, hasta que se le soltaba el vientre, entre las burlas de los escuadristas que la veían mudar el color de la vergüenza a otro de un lívido cianótico. Qué años aquellos de la victoria, porque suya era también, aun emboscado de quintacolumnista, para la práctica de la delación, de la confidencia, de la venganza y de la rapiña, con el campo de Albaterra y el seminario oriolano repletos de una canalla disponible, que por allí iba frecuentemente de comisionado, para identificar a cuantos se le antojaban indeseables y perdularios.

-Al paredón, hijo de puta, te llevamos por rojo y por decapitar la imagen de San Andrés, ¿te acuerdas, verdad? Que yo estaba presente, para contarle ahora y hacer que recibas tu merecido.

No quiso, sin embargo, disparar contra Senén el del Melondra, por un vago respeto de vecindad. Senén cayó acribillado, con dos tipos más de su ralea, en las tapias del viejo cementerio de Puebla del Socorro. Era un agitador de mucho cuidado, un ateo y un libertario a quien tan sólo el plomo pudo contener.

Senén el del Melondra tiene las manos amarradas, a la espalda, con una soga de esparto que lo despelleja vivo, pero ni un quejumbre se le sale del cuerpo, mueve la cabeza sorprendidamente que los capturaron, a él y a sus compañeros de Mojácar, cuando merodeaban por Punta Margalló, en las proximidades de Torre Vieja, para robarse un barco que los pusiera a salvo en Orán. Un mes casi de peripecias y regateos, con los fascistas venteándolos como perros que eran, como perros que sois, les habría de gritar, ya encañonado, y el Bienvenido Rufete que lo reconoce y dice que se lo entreguen, madre, todo cubierto de chatarra el meapilas, dice: cabo, a éstos déjamelos que me conozco el paño y se les formará juicio. Y el cabo se encoge de hombros, cansado de tanta guerra, y le dice que bien, que allá se las compongan.

Una luz violeta, en la madrugada de un viernes a últimos de abril, lo alumbró junto a las tapias del cementerio de Puebla, a trescientos metros de los suyos, de su casa, y se le figura que se encuentra con su hijo Juan y le -65- vuelve a recitar aquello de que el Santo Padre, en Roma, como Dios, en tanto nosotros nos pudrimos en la miseria y en la injusticia, de pronto le larga un abundante escupitajo en pleno rostro al Bienvenido, sonrío y abomba el pecho, hasta que los *máuseres* se lo desgajan.

A toda prisa, metieron los cadáveres en un hoyo profundo, al lado mismo de las tapias, y aquí no ha pasado nada de nada, ¿eh?, que yo no he pegado ni un solo tiro, ¿está claro? ¡La Virgen! Que si alguno suelta palabra, se cae con todo el equipo, por mi padre, fijaros, por mi padre.

Muchos años después, el tío Meroño agonizó, recién centenario, en medio de una retahíla de vaticinios apocalípticos: que llegará alguien que pondrá patas arriba todo esto; que saldrá a flote mucha porquería; que nos salpicará la mierda. Y Bienvenido Rufete no hacía más que estremecerse con la idea de que ese alguien anunciado, por el tío Meroño, descubriera la sepultura clandestina, que él, por la cuenta que le traía, ya se afanó en disgregar presunciones y habladurías, que no, que os garantizo que no, coño, que el Senén se las piró, por el puerto de Alicante, a bordo de un buque inglés, el *Stranbrook* o algo por el estilo, me parece que le decían, poco antes de que los espaguetis del general Gastón Gambara invadieran la ciudad, si lo sabré yo, que entonces tenía mis influencias y recursos, para interesarme por los nuestros, que una cosa son los bandos y las diferencias políticas y otra, la querencia de las personas de un mismo lugar. Así que, en el cementerio, no hubo ejecuciones sumarísimas ni... asesinatos, como dejan ir ciertos elementos cobardes, sabe Dios con qué infames propósitos; que fue asunto de un grupo de muchachos, con unas botellas de vino y la sangre joven y bulliciosa, que soltaron unos cuantos disparos de fogueo y menudo susto nos pegaron a todos, ¿te acuerdas Rita que me levanté de un brinco? ¡Los muy condenados...! Pero nada más ¿eh?, si lo sabré yo.

Bienvenido Rufete le compró dos tahúllas a la mujer del Senén para que salgáis del apuro el chico y tú, hasta que regrese tu marido y se arreglen las cosas. Pero Juan el del Melondra a quien recomendó para monaguillo, dio en el vicio de arrimarse al cementerio y husmear por todas partes. -66- Mira, le decía, no hagas caso de las historias que cuentan por ahí, que la gente es demasiado fantasiosa y te llenan la cabecica de pájaros, tú a lo tuyo, a la misa y al catón, que tu padre andará por las Américas probablemente y ya volverá el hombre, cuando lo considere oportuno, verás como sí. Pero, con el tiempo, Juan el del Melondra se tornó más taciturno y le creció la manía aquella de palpar con la mayor ternura las tapias del cementerio mientras entonaba fúnebres latinajos.

-¿En qué te ocupas Juan? -le preguntó una vez el tío Capacho.

Juan el del Melondra estaba de cuclillas removiendo la tierra con el azadón junto al muro de poniente.

-Busco el plomo que pasaportó a mi padre para el otro mundo -dijo, poniéndose en pie-. Sé que he de encontrarlo antes o después pero sé que he de encontrarlo. Y hay algo que me fuerza.

-¿Ah sí?

El tío Capacho sacó la petaca y se lió un cigarro.

-De eso han transcurrido muchos años y apenas si se conoce de seguro lo que verdaderamente le sucedió a tu padre.

Juan el del Melondra se restregó las manos, en el trasero del pantalón y asintió, con un gesto.

-Ya, pero uno nunca se resigna -y agregó-, pero, ¿qué oyó usted, aquella mañana, tío Capacho?

-¿Yo?... Como todos. Oí unos tiros. Era aún muy temprano y nadie se atrevió a meterse en averiguaciones, que corría la desgracia a raudales y no te podías fiar ni de tu sombra.

-¿Y luego, tío Capacho?

-Luego, con el sol y unos guardias, nos partimos para aquí.

-¿También el Bienvenido?

-También -dijo, recordando-. Iba vestido de uniforme y con el revólver empuñado, como muy echado para adelante. Lo registró todo: el cementerio, tumba a tumba, y los alrededores, palmo a palmo, siempre con los guardias y dos falangistas amigos suyos, creo que de Callosa.

-¿Y?

-Encontraron unos casquillos. El Bienvenido se puso a gritar que no toleraría desmanes de ningún género y que estaba dispuesto a solventar el asunto en un santiamén.

-¿Y?

-Pues... Bueno, sí. Al día siguiente, esto es, el sábado, 29 de abril de aquel año, del año 39, hablamos, y mediada la tarde -puntualizó el tío Capacho, con la sordera desatada, pero con una memoria de registro civil-, nos tranquilizó, confirmándonos que la cosa carecía en absoluto de importancia y que, en consecuencia, nos abstuviéramos de comentarios y chismorreos.

Ambos emprendieron el regreso a Puebla, asediados por un aire de membrillo en sazón.

-Según nos informó, casi de manera oficial y con cierta benevolencia, el sobresalto se debió a la jarana de unos jóvenes soldados del regimiento de San Quintín, que habían bebido bastante más de la cuenta.

-¿Y se lo creyeron?

-¿Qué quieres que te diga?... No teníamos razones, para poner en duda sus palabras. No, no las teníamos... Aunque de cualquier forma...

-Continúe.

-... De cualquier forma, poco o nada se podía hacer, en aquellas delicadas circunstancias.

-Sin embargo...

-Sí, sin embargo, circularon rumores y hasta se vertieron veladas acusaciones, pero...

-Pero, ¿qué?

-Ay, hijo, ¿es que no te das cuenta?... La gente prefería callar y seguir viviendo, fuera como fuese.

-¿Y ahora?

-¿Ahora?... Pues ahora han pasado más de veinte años y esas mismas gentes se han hecho como ganado, ¿comprendes?, viven ya mejor y no quieren problemas.

-¿Y usted qué piensa?

-¿Yo?... Tiro para viejo y sólo deseo irme en paz, con todos.

-Pero, ¿qué piensa, tío Capacho, que piensa usted de todo esto? -insistió, casi en una súplica, Juan el del Melondra.

-68-

-No lo sé, hijo, ni creo que importe mucho lo que yo piense o deje de pensar -se detuvo, en las inmediaciones de «Villa Soberana», para liar parsimoniosamente otro cigarrillo de picadura-. ¡Vaya por Dios, con esta encabronada humedad! Me roe los huesos, como una rata... ¿Que qué pienso, me preguntas, no?... Pues, no lo sé, te repito... Mira, una vez, leí en un libro que quienes se olvidan de su propia historia están condenados a sufrirla de nuevo, ¿lo entiendes?

-La pura verdad es que no, tío Capacho.

-Pues, eso.

Juan el del Melondra tuvo una infancia triste; una juventud, triste; y una madurez que se le entristecía, por momentos. Su pobre madre se pasó treinta años esperando al esposo y cuando comprendió, por fin, que ya nunca iba a regresar, se murió silenciosamente. Poco antes de morir, le dijo a Juan si sabía lo que significaba aquella marca purpúrea de su hombro derecho y Juan le replicó que sí, que lo sabía y demasiado bien, por la Sapa, que lo pregonó el 14 de diciembre, o quizá fuera el 15, del 66.

-¿Y te sientes avergonzado?

Él le dijo que se sentía avergonzado.

-Entonces, hijo mío, reza cuanto puedas por mí, porque yo también pequé -suspiró-, aunque, si te sirve de consuelo, Senén la tenía igualica que tú.

Juan el del Melondra nunca se casó, le repugnaban las mujeres, pero periódicamente visitaba el burdel de *madame* Duchamp y se acostaba, el tiempo justo, para desahogarse, con cualquiera de sus chicas. Son una pandilla de guarras, pero qué remedio, se exculpaba, con los buenos oficios de Cuatro Santos Coronados que atribuía su puntual calendario excitativo a una simple cuestión de hormonas gonadales y es que en metiéndonos en temas del sexo las cosas marchan a base de fórmulas así como quien dice bioquímicas, ¿lo entiendes? Pero Juan no entendía nada, sólo sé que me produce asco el calor de esas carnes puteadas. Hasta que un día del último mes de junio, Cuatro Santos Coronados se lo llevó al naranjal y le endilgó el catalejo, por el que se le vino la estampa cromática de una hermosa mujer, en cueros vivos. Juan el del Melondra experimentó seis espasmos -69- casi consecutivos, se llenó la boca de clorofila y conoció el placer higiénico y aéreo. ¿Te percatas, amigo Juan? Ni sudorosos contactos, ni deprimentes condones, ni remota posibilidad de males venéreos. Y es que la ciencia todo lo resuelve, si se la sabe manejar con solvencia y buen tino. Juan el del Melondra supo, por el portento de aquel aparato óptico, de la embriaguez de unas nupcias secretas, distantes y libres de cualquier cicatería o servidumbre.

Cuando el cortejo fúnebre llegó al cementerio, Juan el del Melondra ya estaba allí. Bienvenido Rufete le dedicó una ojeada de soslayo. Al principio, no le concedió demasiada importancia a los rastreos sentimentales del hijo de Senén, pero su

persistencia, al cabo de tanto tiempo, lo ponía sobre ascuas. Ciertamente, el pedáneo andaba crispado: los singulares huéspedes de «Villa Soberana», su paulatino descrédito ante las autoridades (ni la Guardia Civil valoraba ya sus confidencias), las incómodas pesquisas de aquel reportero borracho y tenaz, la actitud huraña de Juan el del Melondra, todo, en definitiva, le invitaba a levantar el vuelo, sin más dilaciones, antes de que las profecías del tío Meroño dieran al tratarse con los pomposos proyectos que disponía arteramente muy lejos de aquel ámbito asfixiante.

Puebla del Socorro culminaba su enojoso proceso de aniquilación. El cadáver de Aguedica envuelto en el desconcertante sudario de flores de peral y de billetes malvas y verdecedón constituía más que un aviso, un estrépito de llamativa fanfarria. Apenas hacía media hora que Cuatro Santos Coronados Barragán se le escabulló olímpicamente.

-Me marchó, Bienvenido, que estoy sin género y con pocas perras.

A Rosa de la Luz se la llevaron, como en un relámpago, sus familiares pretextando la conveniencia de unas súbitas atenciones que nunca antes le habían prodigado, ni por asomo. Por su parte, el tío Capacho, con lo del reuma que padecía de antiguo, insinuaba su probable traslado a otra región de clima más benigno, para su salud, no soporto esta encabronada humedad que me roe hasta los tuétanos. Y Florencio el Panizo, siempre tan pusilánime y apegado a sus raíces, comentaba que si aquella pertinaz sequía continuaba, -70- se vería precisado muy a contrapelo de sus deseos a emigrar a Francia donde un hermano suyo era propietario de un próspero negocio de frutas confitadas, allí me dará empleo.

Bienvenido Rufete se dijo que ya estaba bien de aplazamientos y que aquél sería su último acto público como alcalde pedáneo de Puebla. Se apartó y dejó paso al cura y al ataúd que transportaban a hombros algunos vecinos. Detrás, entre lutos improvisados y aflicciones, Práxedes Rabasco y Pedro Larrosa, el padre de la Aguedica. A Pedro Larrosa se le atravesó un sórdido destino: perdió todos sus pleitos, tuvo una agarrada con el perito agrónomo, roció con gasolina los sacos de capullos de la campaña otoñal de la seda y vio, impávido, cómo se evaporaban las crisálidas, luego el mal malo se le llevó a la hija. Sólo le quedaba el milagro de aquellos dineros llovidos del cielo, que así lo recompensaba de tanta pérdida. Mi hija Aguedica siempre fue una santa y se me antoja procedente que de su probada santidad, recibamos siquiera el amparo de estos beneficios que, aun terrenales y perecederos, poco, pero algo confortan, en la amargura sin fin del duelo. Porque, vamos a poner temple en la cuestión, ¿si no ha habido milagro, de dónde vienen los caudales? Mi yerno, ni una perra, que siempre fue un pobruso, además de descreído y materialista, y no rechistes delante de la santa, que me sé de muy buena tinta a quien diste el voto, desdichado, y ya arreglaremos cuentas, ya. Práxedes palidecía, por segundos, mientras el sacerdote bostezaba responsos, en medio de una liturgia de avispa y la caja de la muerta penetraba como un torpedo, en el polvo, y todos -Bienvenido Rufete, el primero- asentían gravemente, que sí, que Pedro Larrosa llevaba razón, que por allí no se manufacturaba ni una moneda con la efigie borbónica de Juan Carlos y que, por consiguiente, andaba aquel golpe de la fortuna muy en olor de santidad.

Luego del entierro, el pedáneo le preguntó a Mercedes Amorós:

-¿Qué, doctora, cómo se encuentra su amiguito? -y trocó el sarcasmo por un gesto atribulado-. Que no queremos más desgracias irreparables, ¿sabe, usted? Con lo -71- de la Aguedica es mucho dolor, y para don Leo mis respetos, que uno se hace cargo de las cosas, no vaya usted a creer.

Tiento, Bienvenido, tiento, porque el señor padre de esta entrometida ocupa un puesto de categoría, en la capital, y mejor te vale tenerla de cara, por si acaso, se pensó, aunque, en otra época, los hubiera liquidado a su estilo. Saludó a don Felipe, que se distraía leyendo inscripciones funerarias.

Don Felipe Ruiz de Peñamora percibió el plañido de las mujeres, en el porche de su casa, precisamente cuando acababa de tomar una drástica decisión: suspender, de momento, sus aspiraciones al marquesado de Peñamora, cuya titularidad le correspondía por línea materna, según legitimaban sus obcecados estudios, en la ciencia del blasón, y el puntual seguimiento del frondoso árbol de su genealogía, tan sólo pendiente de la consulta de ciertos documentos testamentarios y catastrales.

Poco después, irrumpía Fuensanta, en la quietud de un recinto decorado de bestias fabulosas, para anunciarle patéticamente el fallecimiento de Águeda Larrosa.

-Dicen que, mientras la velaban, han llovido sobre su cadáver flores de peral y billetes de banco.

Don Felipe se quitó las gafas, se frotó los ojos y repitió, con extrañeza:

-¿Billetes de banco?

-Eso dicen.

Tras las oportunas averiguaciones que aprovechó para cumplimentar el protocolo de la condolencia, el licenciado volvió a su escritorio y se quedó cabizcaído, con el monótono balanceo de la mecedora, hasta que sintió llegar a Fuensanta y la reclamó, de un grito.

-La agonía de este lugar resulta deprimente e intolerable, y me impide proseguir, con el debido rigor, las investigaciones heráldicas -comentó, absorto y pausado, como si pensara en voz alta-. En su consecuencia, he dispuesto un temporal traslado, a cualquier otro sitio, al objeto de fortalecerme, en el sosiego y, ¿por qué no?, también en la saludable práctica de alguna inocente diversión.

Fuensanta tenía cuarenta y dos años y durante los seis -72- últimos no había salido de Puebla del Socorro más que a Almoradí y Orihuela, para efectuar compras de carácter doméstico, y sólo en dos ocasiones a la capital de la provincia. Por eso, todo su estupor se dispersó gradualmente en una radiante y seductora expresión, que dejó fascinado al propio don Felipe.

-De modo que ya puedes ir preparando las maletas -y advirtió con severidad-, pero, entre tanto, tú, la boca bien cerrada, ¿está claro?

Cuando abandonaban el cementerio, camino de Puebla, se produjo un sobresalto colectivo: a unos cien metros, inmóviles y espiando la comitiva, se encontraban don Erasmo Figueroa, sus hijos Isaías Dallas y Jeremías Kansas, y el gran danés Sitting Bull. Escasamente, cinco horas antes, el tío Capacho barruntó los vehículos, entre una gran polvareda: el primero, con el pasaje a la intemperie y un cofre enorme, en la parte trasera; el segundo, oscuro y largo, como un furgón de cola. Al pasar, don Erasmo le dedicó un displicente saludo. El tío Capacho se santiguó, mientras un escalofrío le recorría la espina dorsal. Ojalá te partas el alma, tonto del pijo, musitó complaciéndose en la revancha.

Pero nunca más jugarían al dominó. No muchos días después de su regreso, los intrusos serían detenidos por la Guardia Civil y acusados de asesinato.

-73-

△▽

- 5 -

Crónica de ciertos desajustes de la ecología que provocaron el pánico y la burla comarcanos y en la que se registran asimismo algunas de las más preclaras hazañas ecuménicas del reportero ebrio y achuchador

Aquel día, sin ir más lejos, las ranas asaltaron el caserío de Los Almarjos y pusieron en fuga a sus diecinueve pobladores. Estaban muy furiosas, dijeron.

La alarma fue cosa de un niño y bien temprano, cuando sintió que la tierra brincaba y escuchó un estruendo antiguo, pero indefinible, así como de metales enfrentados, que crecía y crecía, por instantes. El niño se echó a correr y penetró de bolido, en su casa, demudado, jadeante y con apenas una hebrita de voz. Entonces, todos los perros se pusieron a ladrar.

Los diecinueve pobladores de Los Almarjos miraron hacia la parte del río y se quedaron de una pieza: un horizonte viscoso, elástico, frío y de colores irisados se precipitaba sobre ellos irrefrenablemente. Se rompió el ensalmo de golpe y cada familia escapó por donde pudo, con lo puesto y entre una sonora histeria que se confundía con la batahola del invasor. Sucedió una mañana nubosa y húmeda que auguraba las tan invocadas lluvias.

¡Y cómo se venteó la inusitada calamidad! A lo poco, se hacían cruces, en los pueblos ribereños del Bajo Segura. Una pizca de aquí y otra de allá, se enredó el asunto de las ranas, hasta adquirir proporciones que espolearon la memoria de tantas terribles catástrofes provocadas por las aguas ensoberbecidas y arrasadoras o por las contumaces sequías o por las epidemias pestilentes y algún coadjutor erudito y de muchos relumbres, a quien la cosa le vino que ni de chiripa, se encarama al púlpito y se larga uno -74- de esos sermones de época, hijos míos, siglos atrás y más exactamente, en el

año de gracia de 1411, ya nos lo previno Vicente Ferrer, el muy santo y muy elocuente predicador, el cual, hallándose en Orihuela, dirigió su mirada al río, señaló la huerta y sentenció: «¡Este lobo se comerá a esa oveja!» Y a renglón seguido, se refirió al pecado.

Pero los jóvenes ecologistas dijeron que el pecado estaba en los vertidos de la industria de conservas vegetales, tirando cauce arriba hacia Molina de Segura, y en el incumplimiento de la legislación, con respecto a las depuradoras, y que sí, que bien, que San Vicente sabría mucho de teología y de intrigas papales, pero que de ecosistemas y de sustancias contaminantes y de obras hidráulicas, ni puta idea, con el mayor respeto. Entonces, los ecologistas se fabricaron unas grotescas máscaras de batracio, tomaron sus bicicletas y se fueron de un municipio a otro, croándoles estrepitosamente a sus respectivos alcaldes, que más de uno sufrió un vahído, aquella tarde, a la vista de la ruidosa y fenomenal compañía que, ¡me cago en la hostia!, con el susto, que se me figuraron, así, de repente, como esos que dicen del Ku Klux Klan. Y los ecologistas, pues, ahora, que se chinchén, que les hemos entregado pliegos de protesta, con miles de firmas, y tú, ni caso. Y a contárselo todo a los periódicos.

Sobre las once, Tónico Cañizares introdujo a un pequeño grupo de jóvenes airados, en la amplia y turbativa alcoba de Leo Ros. Quieren hablar con usted, don Leo. Pero Leo dormía su enmarañado, sudoroso e interminable sueño pugilístico.

-¡Eh, don Leo, don Leo, despiértese ya, hombre...! Don Leo, ¿me oye?, que quieren hablar con usted.

Por fin, Leo izó unos párpados de cemento, bostezó con largueza, no dijo nada y se arrancó de encima la cubierta de ganchillo, con la que, sin duda, había mantenido un enconado combate. Su aliento, con ráfagas de jengibre y mofeta, podía inflamarse al igual que la pólvora viva, al menor roce.

Entre tanto, los jóvenes escrutaban, desconcertados y con ciertas vacilaciones, todo aquel soberbio apilamiento de máquinas de escribir, de cámaras y teleobjetivos, de -75- tomavistas, de grabadoras sofisticadas, de rotuladores y papeles, de recortes de prensa extranjera (con sus respectivas cabeceras de crédito: «Paris-Match», «La Stampa», «Life», «France-Soir», «New York Times», «L'Humanité», «Herald Tribune», «Le Monde», «Daily Mirror», «Corriere della Sera», «Washington Post», posters contraculturales de los 60 y fotos, muchas fotos de celebridades (con sus cagaditas de mosca), junto a las que inevitablemente aparecía Leo Ros en persona, muy ufano y seguro de sí mismo. Fotos que los desplazaban, en un santiamén, por el vértigo de la noticia, desde Saigón hasta la tribu de los balubas. Se miraron, con un gesto de incertidumbre: ¿Nos encontramos aún y físicamente, en Almoradí? Ya, en su primera visita, Mercedes Amorós había comentado:

-Me recuerda el ambiente de una película, no sé si de James Cagney o de Edward G. Robinson. Una película en la que el protagonista grita algo así como: ¡Lo conseguí, estoy por encima de todos!

Y, en medio de aquel orbe rural, oleaginoso, nutrido de tradiciones y cobijado en el atrio, Leo Ros, con su otro mundo que perpetra el flash, se despereza y pregunta que qué pasa con ese escándalo de las ranas.

-Que han asaltado Los Almarjos.

Leo Ros se levanta, bosteza de nuevo, se frota los ojos, siente un ligero vahído, se recupera y observa fugazmente a los tres desconocidos.

-¿Las ranas?... ¿Los Almarjos?...

Uno de ellos le dice que son antiguos terrenos pantanosos y salinos, donde antaño se cultivaba la barrilla, que hay allí cuatro o cinco casas y otras tantas familias que salieron por piernas, a eso de las siete, cuando se les embistieron millares de ranas y sapos que dejaron el río, los azarbes, las acequias, sin saber muy bien por qué. Quizá sea cosa de la humedad, el día está nublado y habrá desorientado a los animales.

Leo Ros contempló en el espejo de azogues desconchados su propio rostro macilento, de surcos acentuados y tenue barba encanecida. Cogió la afeitadora eléctrica, pero desistió de inmediato: el zumbido de la maquinilla podía destruirlo, como destruyó un miliciano *khmer* al *camera-man* -76- Raymond, mientras filmaba, para televisión, a los dos mil refugiados en el templo de Angkor, y escuchó, por entre el apasionado discurso del joven ecologista, la advertencia de Puissesseau a ¿Brincourt? «no te inquietes, papi, un periodista muerto es un periodista inútil», y se preguntó: ¿Me encuentro aún y físicamente en Camboya o estoy en un fabuloso lugar, donde las ranas ponen en fuga a los hombres?... Ya lo tengo: ¡el síndrome de Aristófanes!... Ja, ja, ja... El síndrome de Aristófanes, sí, sí... Se quedó absorto, de repente, y exclamó en voz alta:

-¿De Aristófanes o de Karel Capek?

-¿Decía, usted? -inquirió uno de aquellos muchachos.

Leo, recién lavado, le pidió a Tónico Cañizares que le subiera media docena de cafés bien cargados y con un chorrito de coñac.

-Que cómo comenzó la historia ésa de los bichos.

-¡Huuuuuyyyy!... El dichoso asunto rueda de mucho atrás -dijo Carlos Cases, un maestro de barba espesa y sin plaza, pero de ideas y actitudes radicales-. Mira, aquí, todos han escurrido el bulto, alegando que si esto y que si lo otro, ¡so pandilla de mangantes e incompetentes!... Y, bueno, ahora, esto se va al garete, se nos pudre, por tanta dejadez y tanto compadreo, ¿me explico?

Te explicas que sí, respondió desabridamente Leo, pero al grano, ¿eh?, que fuera al grano, sin necesidad de divagaciones ni de recursos retóricos. Porque a él, a Leo Ros, puño de hierro, ¿y los cojones, qué?, la memoria se le escabullía, melancólica y laberíntica, ¡menuda resaca, colega! De modo que, Carlos Cases con todos sus dicitos y exabruptos, y él, Leo Ros, ya estaba rodando de mucho, pero de mucho más atrás, *exempli gratia*, por la embriagadora Plaza del Reloj, de Praga, y llevo oculta en el slip una camarita *minnox*, para fotografiarme de matute a los turistas de uniforme y a los tanques soviéticos, mientras al corresponsal del «Life» lo han enganchado, con todo el equipo, ja, ja, ja, pero qué absurdo, el ranal en plena ebullición, decían, y él, Leo Ros, disponiéndose a actuar bajo el síndrome de Aristófanes, ¿o de Karel Capek?, que para eso había volado de continente en continente, para concluir -77- de cronista, en aquella

huerta, escribiendo cómo una presunta plaga de batracios desalojaba al personal, de sus casas y barracas. Leo Ros, Leo Ros, se recriminó, con aspereza, noquea de una puñetera vez al enanito maricón y lárgate a Londres, a ver si metes tus narices, en el *affaire* de la abeja Rumasa, que ya está bien, hombre, que ya está bien.

Que es cosa de un grave desequilibrio ecológico, que la semana pasada, no se podía ni transitar por las calles de Rojales de la pestilencia que emanaba del río, que las espumas masacraron decenas y decenas de peces y que sus cadáveres flotaban luego, en el hoyo del azud, como un testimonio patético de los flagrantes atentados contra la naturaleza.

Redondo, te ha salido redondo, macho, pensó Leo, que sorbía pausadamente el café, para despejarse e instalar su conciencia en aquella actualidad disparatada y casi onírica, quizá noticiable, e incluso le dio vueltas a una titulación deducida más que directa, ¿no le parece, señor profesor? ¿Y un *tieback*? ¿Le meto también un *tieback*, con las salamandras de Karel Capek, señor profesor?... ¡Qué resaca, colega, qué resaca! Y percibió la voz atropellada de Carlos Cases y así es, afirmaba, categórico, cómo los vertidos industriales exterminan a las carpas y, ¡claro!, sin carpas, en el Segura, las ranas proliferan.

-¿Sabes cuántos huevos puede poner una rana hembra, en el período del apareamiento?

-¿Cuántos?

-Pues hasta unos diez mil.

¡Coño con las ranas! Como los chinitos. Y recordó cuando, de colegial, enviaba sellos de correos, para salvar a los chinitos de las misiones y luego se enteró de que a los chinitos los estaba salvando el Mao Tse-tung.

-¿Y qué hacían, entonces, con los sellos?

-¿Decías? -preguntó, muy intrigado, Carlos Cases.

-Que procuraré informar ampliamente a la opinión pública de las causas del tan pintoresco y desastroso fenómeno -vacío el termo de café-. ¿Os parece bien?

Satisfecho su objetivo, el comando ecologista se esfumó, porque aún tenemos que realizar muchas otras gestiones. -78- Nos espera un día conflictivo, pero de ésta, se enteran.

Media hora después, salió de Almoradí, con Tónico Cañizares.

-Pero, ¿dónde quiere ir usted, don Leo?

-A... A ese lugar... No sé cómo se llama.

-¿A Los Almarjos?

-Exactamente. A Los Almarjos.

Tonico Cañizares se detuvo de golpe y movió la cabeza, entre cauto y acobardado.

-Es una temeridad, don Leo, una gran temeridad. Nadie sabe de seguro qué cosa hay allí.

Leo encendió otro ducados, Leo los empalmaba, y le confió con fingido mérito:

-Bueno, pues... resulta que a nosotros nos corresponde averiguarlo, ¡y qué remedio!

A Tónico se le desorbitó la mirada. Tónico andaba, escurridizo y pasmado, como un alma en pena, desde aquel lunes, a mediados de enero, en que Práxedes Rabasco le hincó los dientes de la hoz, en la garganta, hasta sacarle de encima todas sus asechanzas y estratagemas, que me lo manda don Leo, le había dicho, y ya los remordimientos lo azuzaban de continuo.

Por la sierra de Crevillente, corrían briosas y oscuras las nubes, y el aire húmedo y sofocante proclamaba la lluvia. Apenas veinte minutos más de camino y les llegó el estrépito de las ranas.

-Ahí las tenemos -exclamó el periodista.

Entonces Tónico Cañizares se plantó, con el semblante demudado.

-Yo no sigo, don Leo -casi sollozó-. Mire, mire usted, estoy temblando.

Y Leo lo miró, con una leve sonrisa de menosprecio.

-Está bien, está bien. Pero cálmate, hombre, y dime por dónde coño voy, hasta... ¿cómo se llama?...

-Los Almarjos, don Leo -levantó el brazo y agitó la mano-. No deje usted la senda y, cuando alcance aquellos cañares, échese a la derecha, en seguida, a unos trescientos metros, verá usted las casicas de Los Almarjos.

Leo Ros se adentró por el abandonado paraje, con sus -79- botas, sus vaqueros y su camisa descolorida, de corte militar. Llevaba, a la bandolera, dos magnetófonos y una *nikon*, sobre el pecho. Una botella de whisky elaborado en Murcia, pero «envejecido en barriles de roble americano», rezaba la etiqueta y vaya por Dios, con el ingenio nativo, pendía de su diestra y se columpiaba al compás de una marcha imperiosa, tan imperiosa y tan incierta, como la que nos mamamos la tía Madaleine Riffaud, de «L'Humanité», y un servidor, con cuatro jóvenes guerrilleros del Vietcong que se las sabían todas, a través de una jungla erizada de bambúes y lianas, hasta la frontera china. Y Madaleine me cuenta, en un momento de euforia, que ha logrado un *scoop* de primera, que ha estado nada menos que en Bingia, en los arrabales de Saigón, valiéndose de los subterráneos construidos por los hombres de Ho Chi Minh y que, allí mismo, es decir, con todo el ejército USA, a unos palmos de su cabeza, se ha tomado un *scotch on the rocks*, Johnny Walker, puntualiza. ¿Y cómo? Un chico nos lo traía muy tranquilamente del bar de la esquina.

Conforme se acercaba, el ruido era ensordecedor, de acuerdo, querida Madaleine, me tomaré un *scotch* murciano y sin hielo, a la salud de tu primicia informativa, sí, supiste colocarte a tiempo, en el escenario apropiado, por tu maestría, y se metió en el cuerpo un trago de aquel whisky, mientras cientos de ranitas de San Antonio saltaban, a su paso.

-¡Don Leo!... ¡Don Leo!...

Se volvió. Tónico Cañizares daba brincos, en el herbazal, y le hacía señales.

-Don Leoooo... Cuidadoooo... Le espero aquíiii...

Sapo vulgar, bufo, bufo, repasó Leo sus desvaídos conocimientos zoológicos del bachillerato. A mediodía, los bichos croaban endiabladamente, quizá por el aviso del relámpago precursor de un trueno sordo. Pero las nubes continuaban avanzando. Lloverá y si llueve, las gentes de Puebla ya tendrán un buen pretexto para no moverse de sus casas, y yo ¿qué? Pero no llovería entonces, ni tampoco en las semanas y en los meses sucesivos, a pesar del aparato meteorológico, pura pólvora de artificio pirotécnico, -80- para sus tradicionales y festivas batallitas de moros y cristianos, en fin, porque la sequía aún habría de suscitar más drásticas restricciones y de prender nuevas alertas rojas, ¡pero cuánto infortunio, mecachis!

A la derecha de los cañares, tal y como le advirtiera Tónico, divisó Los Almarjos, precisamente cuando la náusea le revolvía las tripas: estaba sintiendo, bajo el acorazado tacón de su bota izquierda, el crujido de una sustancia orgánica y gelatinosa. Alzó el pie, con lentitud y aversión, y vio una rana temporaria despachurrada. Al borde del vómito, se empujó la botella y la dejó mediada, porque había reconocido en el mortal rictus del bicho, la agonía del veterano Jean Dirand, fotógrafo del «Match», después de que le pasara por encima un blindado israelí. Se percató de que el panorama era realmente hostil, repugnante y prodigioso. Sin pensarlo mucho, emprendió una carrera hacia el caserío, hermano Kafka, ¿qué harías tú, con todo esto? A su paso, se producía el vacío, pero de inmediato, se reanudaba con mayor intensidad el infinito croar. Es el canto de la lluvia, le dijo con suficiencia Carlos Cases, que les provoca un repentino aumento de humedad en la atmósfera. Y sin embargo, aquello adquiriría el estrépito de una división motorizada, en pleno combate.

Cuando llegó a Los Almarjos, apenas si le restaban alientos. Examinó, una a una, las cuatro pequeñas y miserables edificaciones de una sola vertiente, invadidas por los animales y revolcadas, en la precipitada huida. Pero Leo Ros estaba extenuado y el whisky envejecido con roble americano y singulares influjos de la vega, le abatía los ojos. Se pegó otro abundante trago y se tumbó en un enmarañado lecho, tras ahuyentar de entre sus sábanas, un tropel de batracios. Colocó sobre la mesilla de noche, la botella y uno de los magnetófonos dispuesto para grabar. Antes de precipitarse en un inquietante sopor, dijo:

-Aquel día, sin ir más lejos, las ranas asaltaron el caserío de Los Almarjos y pusieron en fuga a sus diecinueve pobladores.

Aturdida por la noticia, Mercedes Amorós consiguió que una partida de hombres saliera en busca de Leo, casi con el crepúsculo. Cuatro Santos Coronados se ofreció -81-

para reclutarla, a cambio de una recompensa que los pusiera a cubierto de cualquier posible riesgo. Nadie sabe de seguro qué cosa hay allí, avisó Tónico Cañizares que había abandonado su puesto de observación, después de varias horas de inútil espera y de soportar aquel monótono fragor.

-Le digo, doctora, que el demonio anda metido de por medio y que Dios la acompañe a usted.

Los de la partida iban armados de garrotes y hubo uno que cargó con una vetusta escopeta de pistón, en mi vida he disparado un tiro, pero su aspecto impone mucho, se justificó delante de los otros, que se quedaron perplejos, cuando lo vieron aparecer con aquella reliquia. Se pusieron en marcha a eso de las siete de la tarde y Tónico Cañizares los llevó justo hasta el linde donde había despedido a Leo Ros. La desazón cundió entre los hombres al percibir nítidamente el guirigay de las ranas.

-Mire que se lo advertí a don Leo, doctora, pero no me hizo el menor caso -murmuró Tónico-. Don Leo estaba como sonámbulo, ya me comprende usted, y ni aun así.

Mercedes Amorós cogió el autobús de las doce, en la capital, almorzó con unos amigos, en Dolores, y sobre las cuatro se encaminó hacia Puebla del Socorro. No quiso que la llevaran en automóvil, no son más que un par de kilómetros y prefiero pasear, pretextó. Anduvo taciturna y sin prisas, bajo un cielo de nubes veloces y bajas que descendían de la sierra de Crevillente. Tenía que decirle a Práxedes Rabasco los tremendos estragos que el mal malo había hecho en la Aguedica y, la verdad, no sabía cómo.

Pero cuando rindió el trayecto, Puebla era una olla de pronósticos, de barullos y de disparates. Todas sus gentes dialogaban, entre bisbiseos y ademanes aspavorados, mientras los escasos niños de la comunidad, vestidos con las ropas de los días feriados y oliendo a agua de lavanda y a alcanfor, se perseguían con el tú-la-llevas, como si salieran de la misa mayor de los domingos. Mercedes supo fragmentaria y vaporosamente lo que sucedía por Fuensanta quien vulneró, por unos instantes, con la piel descongelada y el rubor abrasándole las mejillas, la áspera -82- soledad de su destierro que la mantenía lejos de aquel sospechado paraíso de caricias y de caprichos amorosos. ¿Y Leo Ros permanecía aún allí? Fuensanta pergeñó un mohín de duda. ¿Y las autoridades? ¿Qué medidas habían dispuesto las autoridades? De nuevo, Fuensanta se cohibió en la incertidumbre. A Mercedes la soliviantó la manifiesta actitud de incuria y se encaró con Bienvenido Rufete.

-¿Medidas? -inquirió el pedáneo cáustico y repeloso-. ¿Y qué medidas tomaría usted? Las ranas no son carniceras.

Poco antes, un cabo y dos números de la policía municipal habían realizado una descubierta por Los Almarjos. De regreso, el cabo redactó un parte impecable y antológico: «En el día de hoy, las fuerzas bajo mi mando (Abdón el Mediochavo y Cristobalito Hernández), han reconocido el lugar de los hechos pudiendo comprobar lo infundado de la huida de los habitantes del susodicho caserío, por no advertir peligro alguno ni estropicio en sus propiedades. Una vez cumplido el servicio y ante la gran cantidad de ranas que había por aquel paraje, las referidas fuerzas se replegaron en perfecto orden.»

-¿Y no vieron a Leo Ros?

-No, doctora, no lo vieron. Ese... señor andará por ahí, en cualquier taberna -dijo, viperinamente.

Fue Tónico Cañizares quien le contó a Mercedes Amorós cómo el periodista desoyendo sus recomendaciones, se había internado por entre la retumbante y bíblica plaga.

-Y ya hace lo suyo, que serían alrededor de las doce, cuando lo dejé en el camino.

Consternada por los imprecisos acontecimientos, Mercedes Amorós concibió la idea de salir al encuentro de Leo Ros, antes de que oscureciera. Sin embargo, el ambiente popular no le resultó nada propicio, sino más bien ajeno e incluso hostil. Y así, el proyecto les pareció descabellado y hasta ridículo a don Felipe Ruiz de Peñamora, al tío Capacho y, como era previsible, a Bienvenido Rufete, quien, con un gesto de fastidio, insistió:

-Las ranas no son carniceras.

-83-

El propio Tónico Cañizares rehusó su hipotética participación en la empresa.

-Le digo lo que a don Leo, doctora. Le digo que se me antoja una gran temeridad. Porque nadie sabe de seguro qué cosa hay allí.

¿Y entonces? Tónico se encogió de hombros. Él había permanecido en su puesto, cerca de cuatro horas, sin que don Leo diera señales de vida, por más que lo llamó a voces, aunque muy probablemente el estruendo que armaban los animales impidiera el destino final de sus gritos. En su opinión, pues, la cautela aconsejaba aguardar hasta la mañana siguiente.

Pero Mercedes no se amilanó, ni las palabras de Tónico Cañizares le infundieron desaliento alguno. Estaba dispuesta a lo que le echaran y, si era necesario e inevitable, iría ella sola a Los Almarjos, para rescatar a Leo no ya de unas inofensivas ranas, sino de sí mismo:

-Hágame usted caso, doctora Amorós, que en estos asuntos siempre anda el demonio metido de por medio.

Su decisión no admitía réplica. Miró el reloj de pulsera: las seis menos veinte. No podía demorarse. Y de repente la abordó Cuatro Santos Coronados Barragán abominando de tanta negligencia y se le puso a sus órdenes, por si algo se le ofrece a la joven doctora, y que don Leo no se merecía tamaño desdén, ¡qué gente aquella, la Virgen! Mientras le regateaba el negocio de la recluta de los exploradores, había que asegurarlos de cualquier peligrosa eventualidad, le habló, como si nada, de las grandes culebras ocultas entre las espesuras, tan gruesas y cereñas que talmente semejaban el brazo fornido de un jornalero. Cerraron el trato, sin apenas discrepancias en la cuantía de las recompensas, y Cuatro Santos Coronados pedaleó, a todo meter, en dirección a

Almoradí. Cuestión de minutos, le dijo, y se largó pensando en las téticas de Mercedes. Ese Leo te habrá puesto suave y bien que te haría un favor, aunque de carnes, sólo las de los cuartos traseros, para agarrarse. Una semana atrás, los fijó en la lente de su catalejo, cuando corrían por las dunas, después de un baño inaugural, doblado el equinoccio de la primavera. Leo se dejó caer al pie de un corpulento pino y ella se despojó -84- de la pieza superior de su bikini muy desmandada y voraz. Luego la vio fugazmente desnuda, ya ambos enroscados, por la arena. Alabó el recurso del onanismo, inocuo y controlado a voluntad, que ya era hora, que el general me prohibió hasta el vicio solitario, refunfuñó, con el guardabosques a sus espaldas.

A las seis y media pasadas, regresó Cuatro Santos Coronados con los expedicionarios, uno de los cuales exhibía una escopeta de museo que causó asombro y no pocas chanzas, entre la concurrencia, pero impone lo suyo, se justificó.

-Cuando usted mande, doctora.

Sobre las siete, la pintoresca partida emprendió la marcha y Tónico Cañizares los condujo hasta la linde donde había dejado a Leo Ros. El desaforado guirigay de las ranas hizo palidecer a los hombres que nunca, antes de entonces, se habían visto en tan tremendo berenjenal. Abrían la formación Cuatro Santos Coronados y un tipo de traza porcina a quien llamaban el Morros; detrás iba Mercedes Amorós, con el estómago lleno de mariposas, sensación con la que definía, desde su infancia, cualquier estado de ansiedad o desconcierto; por último, y en fila india, el individuo de la vetusta escopeta y otros dos bien afianzados en sus garrotas, con las que espantaban a los animales y removían las malezas. De repente, se detuvo Cuatro Santos Coronados y consultó su portentoso e infalible cronómetro:

-Llevamos once minutos y cuarenta y siete segundos, con ocho décimas, de camino, lo que significa que, de acuerdo con mis cálculos, ya sólo nos faltan nueve minutos y veinticinco segundos, con dos décimas, para alcanzar nuestro objetivo, siempre y cuando mantengamos el mismo paso.

Luego, conminó autoritariamente al Morros a que, en virtud de los conocimientos debidos a su condición de sacristán, entonara, con ímpetu, unos cantos de la liturgia gregoriana, que todos los demás secundarían, con la mayor rabia posible.

-No se trata, en modo alguno, de un remedio piadoso, sino de una artimaña, para achantar a esas bestezuelas -85- indomables de una vez -le dijo a Mercedes Amorós, con un guiño.

La enrevesada melopea emitida a borbotones, en un lenguaje bárbaro, ininteligible y desquiciado, actuó ciertamente como un eficaz conjuro y enmudeció al inmenso ranal, aunque transitoriamente, por cuanto, repuestos del súbito estupor, los batracios recrudecieron su monótona ofensiva de estampidos. Se entabló así una inverosímil guerra de cadencias. Los expedicionarios, muy irritados por aquel intolerable desafío y bajo la dirección del sacristán, levantaron el tono de sus voces, hasta desgañitarse, y se impusieron a su enemigo. Pero la victoria fue tan efímera como calamitosa, y pronto tuvieron que capitular, sin embargo, vejados en su dignidad, exangües y con una afonía tal que les obligaba a comunicarse con muecas y gestos, ante la creciente estupefacción de Mercedes quien, sin demasiadas reservas, diagnosticó todo aquello de formidable

delirio colectivo. Mientras, las ranas, como sometidas a unos pases magnéticos, persistían en el inmemorial y frenético canto de la lluvia y las nubes planeaban fugitivamente sobre un desolado territorio, donde ni las rogativas públicas, bien apoyadas en una abundante imaginería de vírgenes y otros venerables intercesores, ni las convocatorias más solemnes lograban licuar los adoquinados cielos. Apesadumbrado por el fracaso del ardid gregoriano, el Morros expuso a la curiosidad de sus compañeros de aventura, un *agnusdēi* consagrado ritualmente por el Sumo Pontífice, apenas cinco años atrás, y se lamentó:

-Nadie me dijo que carecía de poderes sobre las criaturas anfibias.

Los cálculos tan minuciosos de Cuatro Santos Coronados experimentaron, no obstante, un error, por defecto, de cincuenta y seis segundos, con nueve décimas, lo que le ocasionó una visible cizaña a la que no pudo darle fuelles, por la fatal ronquera, pero le dedicó varios cortes de manga y señales de cornudo al sacristán quien, sin duda alguna, con su monserga de la reliquia vaticana, había retrasado la velocidad media prevista de la parva tropa.

Ya en Los Almarjos, procedieron a registrarlo todo, de pies a cabeza, con objeto de descubrir, cuanto antes, el -86- presunto paradero de Leo Ros. No les llevó mucho tiempo la operación de busca: en el dormitorio de una de las cuatro casas, Leo Ros yacía sobre el lecho matrimonial, inconsciente y ensopado de whisky, con un gran sapo acurrucado, en su desnudo pecho. En la mesilla de noche, había un magnetófono y otro, entre sus manos, con la tecla del *play* hundida. Junto a la cama, la *nikon* y una botella vacía. El espectáculo dejó a Mercedes como achicharrada por un fuego de combustión íntima y apremiante. Pero, a pesar de su frágil apariencia, la doctora se recuperó casi de sopetón, tomó la iniciativa y como una generala, en activo, voceó a sus hombres que recogieran todos aquellos cachivaches y que incorporaran a Leo al que administró los vapores de un frasco de sales amoníacas, por ver de reanimarlo. Por fin, Leo entreabrió los ojos y murmuró algo acerca del saxo asmático de un tal Ornette Coleman y de los invisibles helicópteros, en la madrugada neoyorquina de cinabrio, escupió una babosidad nauseabunda, sonrió a la nada y se desplomó de bruces, en el suelo de tierra. Con gran presencia de ánimo y lo mismo que si se encontrara dirigiendo un hospital militar, en primera línea, la doctora Mercedes Amorós improvisó una parihuela, con mantas y unas horquetas, y ordenó la retirada, cuando la tormenta podía estallar, en cualquier momento y la noche ya flotaba sobre las aguas opacas e impuras del río.

Pero antes de la partida y de manera inesperada, Mercedes habría de presenciar una horrible hecatombe: como si se hubieran juramentado, en secreto tres de los expedicionarios se abalanzaron contra los más copiosos enjambres de ranas y la emprendieron a brutales mandobles, con sus garrotes. La refriega se consumió en cuestión de minutos, pero la mortandad y la captura fueron abultadas, tanto que entre los animales destripados y aquellos otros que, poco después, iban a perecer por asfixia, se llenaron dos grandes sacos de plástico. Tras la cruenta acción de represalia, los individuos que la perpetraron desprendían una hedentina que provocaba arcadas. A Mercedes se le revolvió el cuerpo, sintió que se -87- desvanecía y tuvo que cogerse a Cuatro Santos Coronados.

-No se preocupe, doctora, todo va bien. Se han cobrado bastantes más piezas de las que había previsto y fíjese -dijo roncamente, mostrándole su portentoso cronómetro-: en

tan sólo seis minutos y cuarenta y ocho segundos. Todo un récord, doctora, todo un récord, se lo garantizo.

El camino de regreso se hizo lento y penoso. Cada doscientos metros, los hombres se detenían para reponer bríos y relevarse en el transporte de las angarillas y de los sacos de ranas que también pesaban lo suyo. Durante la media hora larga del trayecto y con tanto vaivén, Leo Ros vomitó dos veces, entre violentos espasmos y frases incongruentes y agresivas. Mercedes lo limpió, con delicada serenidad, y aplacó sus trepidantes pesadillas, aplicándole en la frente un pañuelito de batista empapado de colonia con fragancia de limón. Cuando llegaron al límite donde concluía el difluente distrito ocupado por los animales, junto a Tónico Cañizares esperaban otras diez o doce personas que habían acudido, con el malévolo propósito de divulgar, por toda la comarca, los pormenores de aquella disparatada empresa y muy especialmente el descrédito del advenedizo y disipado reportero que los había incordiado, con absurdas sinrazones y frecuentes impertinencias, en los últimos tiempos. Allí estaban, emboscados en las sombras, Bienvenido Rufete, don Felipe, Juan el del Melondra, Florencio el Panizo, el tío Capacho, la plana mayor, en suma, de Puebla del Socorro, regocijándose con la visión de un Leo Ros destruido. Mercedes los miró, de uno en uno, con una mirada en la que se resolvía toda la miseria del mundo. Entre ella y Cuatro Santos Coronados consiguieron, no sin grandes dificultades, poner en pie a Leo. Ahora tienes que andar, por favor, tienes que andar, le susurró muy cerca del oído. Leo se irguió, dio un paso y se tambaleó en medio de un coro de risas estranguladas. Tuvieron que llevárselo casi en vilo hacia Almoradí. Unos instantes después, Leo Ros entreabrió de nuevo los coralinos ojos y le dijo a Mercedes:

-Siempre supe que volverías, querida Jackie.

-88-

A partir de aquel 29 de marzo, uno de esos martes negros en los que las ranas suelen asaltar las asambleas humanas, y sin ir más lejos, Leo Ros dio en cambiar los nombres a las personas y a las cosas, en un arriesgado número de funámbulo que habría de finalizar irremediabilmente en la más helada de las soledades. De modo que, cuando algunos días después de la sonora batalla de Los Almarjos, la ambulancia lo recogió, en un corral semiderruido de Puebla del Socorro, Leo Ros les suplicó a los sanitarios:

-Dejadme aquí, os lo pido por favor. Porque Greenwich Village me cuesta veinticuatro horas por jornada y tengo por oficio vivir dos veces una misma agonía.

Vislumbró, desde la camilla, la enjugada pata de un macho cabrío prendida, con una soga, en el vano de la puerta del muladar, donde había pasado las últimas horas, pero la interpretación del supuesto maleficio se le ahogó en un flash de alcoholes rampantes. Luego sólo percibió, en la lejanía de una memoria barajada, el ululato de una sirena, otra vez ataca Jomeini, y se extravió en el *travelling* de un fulminante *uppercut* que nunca, nunca jamás acababa de alcanzar a su adversario.

Práxedes Rabasco escupió a la ambulancia y el pedáneo descargó todo un vendaval de imprecaciones y regüeldos. Desde la ventana de su destartado estudio, don Felipe Ruiz de Peñamora, en el momento de arrancar el vehículo de la cruz roja, sentenció, con el índice enhiesto: No ha sido necesario que yo te empapelara. Tu propia insolencia, tu

osadía y tu impudor te han condenado. El caso fue que los vecinos de Puebla, tras largos meses de asedio, soñaron felizmente, aquella bendita noche, sueños de lluvia y abalorios. Aún habrían de transcurrir cerca de tres semanas, para que el mal malo le saqueara los alientos a Aguedica Larrosa y un vigoroso y cálido levante sepultara su joven y ya desportillado cuerpo, en un tropel de mínimas flores de peral y de novísimos billetes del Banco de España.

Pero días antes, en el curso del 29 de marzo de aquel año y hasta bien entrada el alba del miércoles, Mercedes -89- Amorós veló el embrollado sopor de un hombre que consecutivamente la llamó: Jackie, Phoebe y Hannah; que le propuso un romance, en el remoto Five Spot Cafe, mientras evocaba la trompeta mágica de Miles Davis; y que le confesó, en estricta y gratuita exclusiva, cómo Melina Mercouri se excitaba frente a la cámara de Gordon Parks.

Cuatro Santos Coronados y Tónico Cañizares, entre resoplidos y tacos, consiguieron acomodar a Leo Ros en la cama de su espaciosa y genuina habitación, le pasaron la factura de sus servicios a Mercedes y se retiraron, con la ostensible huella de la decepción y el mosqueo. Mercedes Amorós se quedó más desamparada que nunca y sin acertar con el remedio adecuado a la situación, porque de pronto se dio cuenta de que todos sus conocimientos médicos se le habían esfumado. Se limitó, pues, a ponerle el termómetro, a tomarle la tensión arterial y a auscultarle el tórax, y ante tamaño desbarajuste pensó en la posibilidad de una lipotimia y consecuentemente en el suministro de un tónico cardíaco, no tenía ni idea acerca del paradero de su *vademécum*, pero se le desplomó el precoz diagnóstico, cuando Leo que se mantenía en un estado de coma, desorbitó los ojos y gritó escrutando despavorido el suelo, *delírium trémens*, sin duda, y quiso disputárselo a los repulsivos engendros surgidos del alcohol, con métodos rudimentarios y prácticas heterodoxas, a base de emplastos y de alpargatas usadas por persona nacida en Jueves Santo, según las admoniciones de la Sapa, pero cómo hago para encontrar esas porquerías, y ya era tarde, porque Leo, superadas las convulsiones, la reclamaba en sueños, ven a mi lado, querida Phoebe, y la besó en la frente y le refirió, entre intermitencias y toses bronquíticas y alfilerazos en el hígado, historias muy bellas de gorilas románticamente encandilados con las hadas del *cinemascope* y gestas de una épica con diseño de cómic e iluminada con fósforo amarillo, y así, de la vigilia inquieta al inquieto sopor, hasta que, sobre las cinco de la madrugada, hilvanó un ronquido suave y los pulsos se le acompañaron.

Sólo entonces Mercedes Amorós sintió el agobio de aquellas horas y le sobrevino una sofocante depresión. Pero no pudo dormir. Por los entornados postigos de las ventanas, -90- se coló la ceniza de una luz recién aparecida en el fondo de la bahía. Se asomó y la contrarió un cielo despejado, sin el menor rastro de lluvia. Luego, conocería el tácito armisticio: las ranas habían regresado a sus colonias acuáticas; y los diecinueve supositivos damnificados de Los Almarjos, a sus hogares. La escaramuza se debió, en definitiva, a un desatino en los presagios meteorológicos. Sí, pero los errores y las pifias de unos y otros, nos dejan el cuero cubierto de cicatrices a los corresponsales de guerra, protestaría Leo, a finales de semana, cuando tomaba el aperitivo con Tónico Cañizares, en un bar de Hudson Street.

-Que no diga usted esas cosas, don Leo. Que estamos en Rojasles, hombre.

Leo Ros lo observó con recelo. No acertaba a comprender por qué su viejo amigo pretendía enredarlo con nombres raros de calles y avenidas inexistentes. Pero optó por seguirle el juego.

-Como tú quieras, querido Willingham, como tú quieras.

A las seis de la mañana de aquel miércoles 30 de marzo, Mercedes Amorós cogió, al azar, una de las grabadoras que Leo Ros había utilizado en su incursión, la aprovisionó de pilas intactas y, mientras vigilaba el sueño sosegado de su paciente, manipuló el pequeño y preciso mecanismo, hasta que alborotadamente se desmembró el tenue silencio de la convalecencia, en un cataclismo de ruidos que redujo, con la ruedecita del volumen, al ámbito de las ranas, cuando aún no se había producido el sangriento ajuste de cuentas y el augurio de la humedad imperante las tenía hechizadas. Y entre el reiterativo clamor, las palabras a borbotones de Leo: «Aquel día, sin ir más lejos, las ranas asaltaron el caserío de Los Almarjos y pusieron en fuga a sus diecinueve pobladores.» Se le enrevesaron de súbito incógnitos bisbiseos y subterráneos diálogos de otros confines, apenas perceptibles, en medio de la estentórea homofonía animal, pero se le erizó la piel de misterios olvidados y quiso detener el artilugio, demasiado tarde ya, porque una voz de extraño acento, muy impostada y recia avasalló toda la estancia y dejó a Mercedes en un ademán petrificado: -91- «... la cultura Tiwanaku, cuya muestra de carbono data del 2580, antes de Cristo, y la de obsidiana nos ofrece todavía una mayor antigüedad... Luego, tenemos el Titicaca, con la roca de los orígenes... Un gigantesco mar interior alimentado por los glaciares de un ramal de los Andes, la llamada Cordillera Oriental o Real... Sin duda, el Titicaca posee una serie de curiosidades notables y así, en lo que concierne a su fauna, nos encontramos con las tremendas ranas de tamaño superior al medio metro...», Mercedes se estremeció e incluso le pareció advertir la presencia intangible de aquellos descomunales batracios, en la penumbra de la alcoba, que acudían a vengar la matanza de su especie, en las márgenes del Bajo Segura, cuando escuchó el grito de Leo, ¡al suelo, al suelo!, y el aeroplano sobrevoló las casas de Almoradí, con sus ametralladoras al rojo de tanto disparo y de inmediato el mismo Leo le formuló varias preguntas a un cierto general Hollingsworth y el general Hollingsworth se puso a croar patrióticamente, sin más, una sutil argucia, para mantener a salvo el *top secret* de la acción bélica que cedió el turno a toda la arrebatada *grandeur* de De Gaulle que ensayaba el discurso de su vuelta electoral, en la intimidad de los jardines del Elíseo, y mientras el presidente alimentaba a los cisnes, intimidad que Leo Ros vulneró valiéndose de quién sabe qué trucos, desde su delegación, en París, de un hermoso disparate *underground* que lo catapultó, con el escándalo, al olimpo de los reporteros de muy reputado *cachet*.

¿Y cómo escapar de aquellas historias fragmentarias, superpuestas y laberínticas que la tenían allí, en medio de la alcoba, sobrecogida de estupores? Mercedes recordó entonces la conversación aplazada, por los insólitos acontecimientos de la tarde anterior, con Práxedes Rabasco, acerca de la inminente gravedad de su esposa. Quiso frenar la máquina, pero todos los dispositivos estaban bloqueados y Leo hilvanaba una reflexión, al borde mismo de la embriaguez, el genocidio, el crimen encubierto por razones de Estado, la tortura, los trapos sucios de tantos y tantos ilustres personajes, con esos artículos he comerciado durante años y sin escrúpulos, y siento ahora la náusea -92- y el tedio de una farsa que se reproduce mezquinamente, en cualquier sitio, aquí, por ejemplo, aquí también y sus palabras se diluyeron en la ebriedad y en la implacable homofonía de las criaturas anfibias, para dar vía libre a otras de un hombre ya difunto

que contaba cómo había firmado miles de sentencias de muerte, sin derramar ni una sola gota de tinta de más, porque yo no quería que mi pueblo sufriera nuevos impuestos, para sufragar los gastos de escritorio, pues que siempre fui muy comedido y austero, en el ejercicio del poder.

El juego se prolongaba indefinidamente, grabación sobre grabación, por una galería de ecos, de voces antiguas, de remotos episodios, de reportajes en vivo, de instrumentos exóticos, de tragedias colectivas, he estado donde estaba la noticia y di testimonio de cuanto presencié, ¿no lo comprendes, Lidia?, irrumpió Leo, vacilante y cansado, en el erróneo canto de la lluvia con el que las ranas de Los Almarjos actualizaban dos décadas de una crónica caprichosamente embarullada y reducida a sesenta minutos de impulsos electromagnéticos. Fascinada por el recurso técnico y por el insomnio de aquella turbadora noche, Mercedes advirtió que el pequeño y revelador aparato quemaba ya sus últimas energías, en un soliloquio distorsionado de Leo: Tras una contumaz sequía de por años, aquellas vísperas navideñas, se desparramó sobre Puebla del Socorro toda una fabulosa lluvia de miles y miles de millones y para quéeeee, y antes de apurarse la cinta, aún croaron las ranas, con un ruido pausado e indescifrable.

Desde el lecho, Leo Ros la miraba, entre confuso y amonestante:

-Mi querida Hannah, cualquier día me vas a enloquecer, con tus extravagantes efectos especiales.

-93-

△▽

- 6 -

De cuando acaeció que las putas de la llamada calle de la Mancebería fueron emplumadas, con grandes muestras de regocijo, y del canguelo que se le metió en el cuerpo a *madame* Duchamp al conocer el atroz destino que corrieron sus parientas

Mucho antes de que Juan el del Melondra arrasara el cementerio de Puebla del Socorro, con su flamante tractor oruga, en una zalagarda de época, y aun antes también de que Bienvenido Rufete despachara a su propio hijo de un escopetazo, *madame* Duchamp liquidó, a todo galope y por cuatro perras, el fastuoso y casi fluvial palacio del placer, con los floripondios incluidos, despidió a sus niñas debidamente documentadas con cartas de recomendación, le encargó al marica de Urbano Meseguer, su confidente y correveidile, algunos trámites de última hora, dispuso el equipaje y dejó dicho que se iba a Montpellier, a ponerse al frente de los negocios de su finado marido.

-Que Dios la acompañe, señora Candelaria -se despide Urbano Meseguer, muy compungido.

-*Madame* Duchamp -corrige ella, con un gesto de suprema e irreprochable altivez.

Un viento de delirio sopló sobre Puebla y sus alrededores, en aquella primavera acre y destejada, sin que nadie, en absoluto, moviera ni un solo dedo, para mitigar tanta y tan empedernida desgracia. Algún tiempo después y cavilando acerca de la naturaleza e índole de los tenebrosos eventos que arruinaron irrefragablemente la pedanía rural, se especuló con la posibilidad de un brote de fiebres tercianas, aunque pronto prosperó la conjetura de una enigmática epidemia de calamidades, cuyas causas había que indagarlas en las emanaciones de unas aguas corrompidas. -94- Carlos Cases, maestro sin plaza y martillo de las autoridades comarcales, declaró:

-Cuando se envenena un río, se está envenenando también, impunemente, todo su entorno humano y vegetal. Se destapó de manera descarada el hasta entonces subrepticio y sórdido ajetreo, a raíz de que la estridente ambulancia se llevara del lugar a un Leo Ros desquiciado. Tres días justos a partir de la perentoria evacuación, el licenciado don Felipe Ruiz de Peñamora anduvo en divagaciones y flaquezas, antes de que se resolviera por girar una visita de conveniencia a *madame* Duchamp. Porque al júbilo suscitado por la vidriosa suerte del recalcitrante periodista, se le atravesó la espina de un albur que amenazaba con desfondarle sus más ocultos proyectos.

La entrevista se celebró en medio de grandes cautelas, con nocturnidad y en solitario. Don Felipe se lanzó a la patraña bien guarnecida por una grandilocuencia tan rotunda y convincente, que dejó a la Cande sin ánimos, para recabar siquiera y con la arrogancia de costumbre, su afrancesado apellido. Don Felipe sacó, en aquella memorable partida donde tanto se jugaba, uno tras otro, los naipes trucados, que no demores, mujer, que tienen pruebas más que de sobra, para empapelarte, con eso de las prácticas abortivas y de la trata de menores, y que las gentes de orden ya hablan de un ejemplar emplumamiento, como antaño. *Madame* Duchamp se quedó en un pasmo; pasó la noche entre bascas y resudaciones; y a la mañana siguiente, montó la trapisonda, apalabró el traspaso del burdel con una comadre que operaba en el litoral, y preparó baúles y sombrereras.

-Hijas mías -les dijo a sus pupilas-, asuntos urgentes y de envergadura me reclaman en la Francia.

A Candelaria Ramírez, alias la Cande y *madame* Duchamp, se le había metido el canguelo en el cuerpo. Los detalles del infortunio de sus lejanas parientas la despeluznaban.

Y todo, porque don Felipe, el miércoles anterior y con ocasión de un raudo desplazamiento a Orihuela, se topó con uno de sus viejos profesores del colegio de Santo Domingo, historiógrafo e investigador de apariciones milagrosas, -95- muy dado a las más sutiles pesquisas y a la promoción de cruzadas, ya fuera en favor del uso de la corbata, ya de las castas y saludables costumbres. Tenía, por otra parte, y, sin duda, en virtud de sus profundos conocimientos, la singular propiedad de expresarse siempre en plan edición facsímil de añejos sermonarios, propiedad que aún lo hacía más sibilino y temible. En aquel fortuito y desdichado encuentro, don Agustín Meseguer y Arqués clamó:

-La preciosísima sangre de Christo derramandose, con grande abundancia, nos enseña a sus vassallos españoles el sagrado deuer de defender nuestra fe, en esta ocasion.

Luego, le mostró discretamente un tríptico, con lascivas matronas en actitudes nada edificantes, y unos turbadores textos al pie de cada viñeta: *Madame* Duchamp y sus exóticas bellezas le ofrecen todos los servicios en el palacio del placer. Francés. Enemas. Relax. Show lésbico. Erotismo de alta calidad. Suite cósmica. Maciza todo fuego. Dúplex. Sauna thailandesa. Ambiente selecto. Sexo a tope. Sado. Cuero. Beso negro. Disciplina inglesa.

¡Leches con aquella sarta de aberraciones! Y mira que se lo advirtió él a la estúpida de la Cande. Pero, por entonces, don Felipe sintió un sucinto vahído y se le fue entintando el rostro de una palidez verdina, mientras el intransigente y docto preceptor retirado le confiaba, en un cuchicheo salpicado de efes y salivilla, que disponía de una colmada información tanto del anunciado y abominable prostíbulo, cuanto de las zorronas que allí propiciaban, con sus perecederos encantos, la perdición espiritual y la ruina económica de los necios, pero, agregó, que ahora rastreaba, con el mayor sigilo, para precaver la desbandada, a toda una cofradía de alcahuetes, chulos y compinches que se estaban lucrando con el obsceno trato. Don Agustín Meseguer y Arqués apuró su apocalíptica soflama asegurándole que, simultáneamente, sobre unas y otros caería, además del merecido castigo de los infiernos, el vapuleo de las personas de bien que ya andaban persuadidas de la conveniencia de aplicar, llegado el momento de la arremetida, las draconianas, pero purificadoras disciplinas de muy pretéritas fechas, y le recordó, de manera sumaria y con objeto de apuntalar sus intemperantes argumentos, -96- cómo se atajó la desfachatez de las busconas de la calle de la Mancebería.

Cuando, al fin, se quedó solo, el licenciado don Felipe Ruiz de Peñamora no podía ni tenerse erguido, del descomunado baqueteo. Apañó los desacompañados hálitos, gestionó más que aprisa los asuntos y salió de la ciudad episcopal, en dirección a Puebla, ostensiblemente agobiado. Al alborozo que le produjo el desmoronamiento de Leo Ros, tan encarnizado en sus engorrosas averiguaciones, le sucedía, pocas horas después, aquel terrible avispero. Si alguien ventilaba la autoría de los atrevidos dibujos, le aguardaba un porvenir del todo infausto. Había, pues, que actuar, con diligencia y perspicacia, para librarse de *madame* Duchamp, cuyo testimonio supondría su definitivo hundimiento, mismamente estando como estaba en los inicios de un mundo embriagador diseñado a escala de sus aspiraciones aristocráticas. Aceleró el depauperado seat 850 y una corriente de sugestivas innovaciones vació de mosquitos el vehículo.

En el paroxismo de sus lances de ficción, Fuensanta escuchó el automóvil de su marido, siempre tan inoportuno, y se escondió los senos embravecidos por las caricias impetuosas de aquel jardinero que se había inventado, para abastecerla tres veces por semana. Colocó las novelitas galantes en el portapliegos y todavía acalorada, por pasiones y carreras, se aferró al bastidor de bordar desvaríos. Don Felipe le dio el beso estipulado canónicamente y ya fósil, y se encerró en su despacho. Durante sus ausencias, Fuensanta se adiestró en el juego de las infidelidades conyugales, sin maliciar que muy pronto llegaría a ser famosa, por sus escandalosos adulterios.

No descubrió dato alguno acerca de los recién evocados episodios de las ramerías de la calle de la Mancebería. Y eso que don Felipe se afanó lo suyo, entre tantos papeles y cartapacios empolvados. Pero recordaba que la Sapa se refirió a ellos, en uno de sus agotadores parlamentos, hacía unos diez o doce años. Acababan de instalarse en su refugio de Puebla, cuando tuvo noticia de la Sapa y la sintió hablar, en una primera y

única oportunidad. Por supuesto, se manifestó desdeñoso y se negó a pronunciarse -97- sobre el portento. No son más que supersticiones y cuentos de vieja, le comentó a su mujer durante el almuerzo. Y, sin embargo, ahora se estrujaba los sesos tratando de recomponer infructuosamente aquellas brutales escenas hechas trizas en su memoria. Por fin, decidió consultar con el tío Capacho.

-Con esta sordera, apenas si puede oírle así como un rezo -le contestó-. Pero pregúnteselo usted a Cuatro Santos Coronados, don Felipe, que, de seguro, él le dirá. Ya sabe que lo lleva todo muy apuntadico.

Al licenciado le fastidiaba la pedantería de Cuatro Santos Coronados Barragán, de linaje poco esclarecido y de profesión indescifrable, pero despachó melindres, acuciado por la gravedad de la materia, y no tardó en localizarlo. El chamarilero se hallaba, en la taberna, bebiendo cerveza con un joven, a quien pretendía endilgarle un diminuto ingenio electrónico, que es japonés, alegaba, y con eso tienes para rato. El joven, como galvanizado, examinaba el luminiscente chisme, con admiración. Sólo cuando cerró el negocio, se dirigió a don Felipe.

-¿En qué puedo servirle?

Con cierto embarazo, don Felipe le expuso el motivo de su iniciativa, aún con la triquiñuela de un repentino interés por las efemérides comunitarias. Sin inmutarse, Cuatro Santos Coronados le preguntó.

-¿Y usted nunca más, desde entonces, ha vuelto a ver a la Sapa?

-Pues... no. Nunca más.

-¿Ni siquiera a mediados del pasado mes de diciembre?

Don Felipe se perturbó, por unos instantes, y estuvo en un tris de zanjar la intolerable audacia, con el recurso de alguna enfática alocución forense. Pero moderó sus impulsos, por la cuenta que le traía. Y de otro lado, en realidad, la noche del 15 al 16 de diciembre apenas si distinguió una sombra fantasmal, en la penumbra de su gabinete de trabajo, y percibió, entre el sobresalto que le produjo el espectro, un débil susurro: durante siete noches seguidas he soñado con los siete sabios de Grecia. Eso fue todo. De manera que afirmó resueltamente:

-98-

-Ya le he dicho que no. Y conste que no suelo repetir las cosas.

Cuatro Santos Coronados Barragán, con una sonrisita cínica y displicente, le salió al paso:

-Está bien, don Felipe, está bien. Pero no se me cabreé, hombre de Dios, que uno no es ningún panocho y, aunque sin tantos estudios y dignidades como usted, ha recibido su pizca de instrucción, en la escuela pública -y con un gesto conciliativo, añadió-: Aguarde un instante, don Felipe, hágame usted el favor, y quizá pueda sacarlo de dudas, no vaya usted a creer.

Abandonó el establecimiento, para regresar en un santiamén, con un libro de áureas grecas, en su portada, decorado con hermosas y anacrónicas calcomanías de flores exóticas y manuscrito, con una impecable caligrafía de pendolista de ministerio decimonónico. Lo hojeó pausadamente, como si pretendiera ritualizar aquel acto y justificar, así, sus estipendios, hasta que exclamó:

-¡Aquí lo tenemos, sí señor!... Mire, mire usted -y le enseñó unas páginas engalanadas con el azul purpúreo del azafrán-. En efecto, don Felipe, en efecto. La Sapa habló, y en olor de multitud, el Viernes Santo de 1970. Según mis notas, nunca jamás, después de entonces y hasta la fecha, ha vuelto a decir ni pío, cuando menos de forma... digamos, notoria -continuó leyendo-. ¡Eeeeh!... Pues, claro, si fue el día que batió su propia marca. ¡Fíjese!... Habló por espacio de... de ciento nueve horas, cinco minutos y dieciocho segundos, con dos décimas. Una auténtica hazaña, ¿no le parece? Y conste que doy fe de ese tiempo, por la sencilla razón de que yo, personalmente, lo cronometré.

A las siete cuarenta de aquel Viernes Santo, la Sapa emprendió la descarga de su caudalosa elocuencia. Había amanecido a los pies de la cama de Encarnación Carreras, madre de Juan el del Melondra, y allí estuvo, desde poco antes de las seis, momento en que se advirtió su presencia, enredada en ronroneos, como si calentara motores, apostilló el traficante de utensilios fantásticos hasta que soltó la espita de su voz que se desvanecería, por fin, el martes -99- siguiente, a las veinte horas, cuarenta y cinco minutos, y dieciocho segundos, con dos décimas.

Como de costumbre, el tío Maximino Meroño dispuso las audiencias y encomendó a sus respectivos componentes el más fiel seguimiento de la prédica de la Sapa, ya fuera por el arbitrio de la escritura o por el de la retentiva, de acuerdo con las virtudes de cada quien. Sin embargo, y como en otras ocasiones, toda aquella estrategia de restauración histórica daría al traste al término del prolijo discurso. Porque, cuando el tío Maximino pretendió ordenar los testimonios recabados, se sucedieron disputas, silencios, interpretaciones controvertidas y peripecias descabelladas, en una barahúnda estrictamente babélica, tanto que, en semejante situación, el tío Maximino Meroño, entre apesadumbrado y escéptico a la vista de los mustios resultados de su obsesivo empeño, no pudo por menos que resignarse, por cuanto, reflexionó, recomponer el pasado se me figura, sobre interesado y sinuoso, un verdadero peligro de enfrentamientos.

Aquel Viernes Santo, la Sapa contó cómo una partida de intrépidos vecinos de Puebla del Socorro logró capturar, tras muchas vicisitudes y arriesgadas correrías, a una fabulosa criatura que tenía aterrorizados a todos los habitantes del contorno. Semanas antes, un tal Pere Rate, al que se le atribuía ascendencia morisca, dio la señal de alarma: a la difusa luz del crepúsculo, había barruntado el monstruo, merodeando por su barraca. Poco después, sus bien fundadas apreciaciones serían corroboradas por otros varios colonos, los cuales describieron al horripilante ser, con apariencia humana, pero todo cubierto de plumas, como un gran pájaro. La autoridad tomó cartas en el asunto y mandó vocear un bando, en el que se prohibía abandonar los hogares, desde la puesta del sol, hasta los maitines. Se organizó un grupo de voluntarios de muy belígera estampa, provistos de hoces, horquetas, jiferos de matarife y algunas armas de chispa, y capitaneados por el alguacil del ayuntamiento, individuo de acreditadas ínfulas y pependencias, y de resuellos avinados. Apenas despuntó el día, un clérigo ordenado de misa esparció cruces en el aire, sobre las cabezas de aquellos valientes, invocó a la

Santísima Trinidad, -100- recitó plegarias y les exhortó a pertrecharse de medallas, escapularios y otros paramentos píos, por si acaso tuvieran que habérselas con fuerzas soterradas y de procedencia diabólica. Por fin, se partió la pequeña, pero aguerrida tropa hacia los parajes pantanosos, precedida por una jauría de lebreles y rastreros.

Cinco incómodas jornadas invirtieron en recorrer marismas, almarjales, médanos y espesuras, entre celajes de mosquitos enrabados, con el veneno del paludismo en el agujón de la hembra, y siempre temerosos de tropezarse con alguna cuadrilla de saltadores y fugitivos de la justicia. Y cuando ya desalentaban, exhaustos y de retorno, los perros, con la pelambre erizada, olfatearon a la bestia, oculta en las escabrosidades de un fangal.

La infeliz nada hizo por defenderse, prosiguió la Sapa, sino que, por el contrario y ante el lógico asombro de los cazadores, se postró a sus pies y se dejó amarrar vigorosamente, en tanto emitía unos extraños lamentos. Satisfechos de su proeza, la arrastraron hasta Puebla, donde toda una muchedumbre enardecida alabó al alguacil y a sus hombres, mientras pretendían lapidar a tan repulsiva alimaña. Por decisión del concejo, fue encadenada a una gruesa morera de la plaza mayor y expuesta a la curiosidad pública, bajo el apercibimiento de sanciones para cuantos le infirieran algún daño o no respetaran las medidas de seguridad adoptadas. De inmediato, el concejo remitió a la gobernación de Orihuela un minucioso informe, en el que se contenían las circunstancias de aquel percance, así como una reseña de las notables características de la pieza cobrada. En el referido escrito, se solicitaba licencia para sacrificar al monstruo, en evitación de riesgos, tumultos y otros perjuicios que su inquietante presencia podía acarrear. Pero el emisario estuvo de vuelta a los tres días, con instrucciones muy claras y precisas: que se mantuviera con vida y en saludable estado a la bestia atrapada, toda vez que por sus singularidades morfológicas merecía un previo y detallado examen científico, antes de proceder a su oportuna destrucción. A tal objeto y en breve plazo, se desplazaría a Puebla del Socorro, una delegación integrada por catedráticos de anatomía y aforismos -101- de Hypócrates, eclesiásticos capitulares de la catedral y síndicos de la corporación oriolana.

Sin embargo, transcurrieron los meses sin que se efectuara la visita de los ilustres personajes, ni se recibiera notificación alguna sobre el destino de la extraordinaria criatura que, olvidada por momentos, languidecía revuelta en inmundicias y excrementos y sujeta a los rigores de un invierno desapacible. Al principio de su cautiverio y como quiera que, con sus convulsiones y jadeos, despertó una insana ardentía en los más jóvenes varones del lugar, se la exorcizó convenientemente y se le arrió una buena mano de palos, para apaciguar sus procaces encelamientos, hasta que ya sometida y amansada, se evaporó el figoneo asambleario y sólo la chiquillería se le acercaba, sin demasiadas reservas, para escupirle y sacar burlas a su costa. Sucedió, por entonces algo que pudo haber resuelto el enigma, pero que la desidia y la torpeza de ciertas personas encubrió fatalmente: a una niña de corta edad se le cayó su muñeca de trapo muy cerca de donde yacía la alimaña. La niña se quedó indecisa e inmovilizada por el miedo, sin atreverse a recogerla, cuando, de pronto, la bestia tomó entre sus garras de ave nocturna el juguete y se lo tendió delicada y tímidamente, con un gesto tan alumbrado de nostalgia y ternura que más parecía la visión de un espíritu de luz. La niña la miró a los ojos purulentos y ensangrentados y se los hurgó repletos de unas lágrimas como cuentas de vidrio. Conmovida por un espontáneo sentimiento de misericordia, se echó una veloz carrera, hasta su casa, y le refirió a su padre el milagroso acontecimiento

que había presenciado, es Nuestra Señora de la Morera y me ha sonreído, con mucho dolor, pero me ha sonreído, le digo de verdad que me ha sonreído. El padre la zarandó, le sacudió unos azotes, se lamentó de tener una hija boba, y salió a la calle, reclamando auxilio.

Así empezaron, de nuevo, las discordias y los pleitos, sin que nada ni nadie pudiera aplacar el ímpetu vocinglero. Y por si todavía fuera poco, un bachiller en artes, recién graduado y fatuo como él sólo, sentenció que los pestilentes vientos del endriago habrían de venirse en causa de graves infecciones y estragos, para la salubridad del -102- común de las gentes. Ante tales avisos y muy apabullado, el concejo despachó otro propio a Orihuela, en petición de providencias prácticas. El mensajero no demoró en su encargo y regresó demudado, casi me arrestan, dijo, por vuestra ignorancia. En la capital de la gobernación, las cosas marchaban a su compás y los trámites debían de cumplirse de acuerdo con los plazos y autorizaciones del protocolo.

Por ventura, una fuerte tormenta disolvió corros y rumores. Las aguas se precipitaron durante cinco días consecutivos y Puebla tembló de pánico, por si se armaba la riada. Pero al sexto, amainó el diluvio; y al séptimo, ya con un sol tibio de mediados de octubre, llegaron los titiriteros ambulantes, en dos carretas e instalaron todo un arrobador inventario de trastos y tramoya. Aquel prodigio desarboló pesadillas y amarguras, y los vecinos se desplazaban de aquí para allá, como encandilados, en pos de los insólitos personajes, quienes, con tanta agilidad y destreza, rendían el variopinto programa de sus demostraciones: arrojaban fuego, por las fauces; se tragaban sables y cuchillos; caminaban, con los pies desnudos, sobre ascuas; daban brincos y volteretas inverosímiles; tañían, con gran virtuosismo, inauditos instrumentos musicales; y representaban sátiras, alegorías y emotivas escenas de la Pasión. Por último, el obeso y locuaz director de aquella compañía de cómicos, magos y saltimbanquis, anunció estentóreamente la apoteosis final del desfile de los más inconcebibles fenómenos de la naturaleza:

-Damas y caballeros, en primer lugar... ¡el Lucifer del recóndito reino de Liliput!...

Y, como la centella, surgió de entre los raídos cortinajes de color aloque, un enano giboso a grupas de un macho cabrío, de cuyos cuernos brotaba un haz de chispas zafíreas. Le siguieron un felino de tres cabezas, capturado en las frías provincias de los escitas; una serpiente alada, de la remota región donde crece el palo brasil; un bosquimano, con las extremidades superiores de sustancia vegetal y que poseía el extraordinario talento de saber callar en -103- siete idiomas diferentes; un estrambótico cuadrúpedo, mitad oveja y mitad lobo, que se perseguía insaciablemente a sí mismo, como una peonza, hasta provocar náuseas.

-Damas y caballeros, y ahora lo más asombroso, lo nunca ni siquiera imaginado por la mente humana: el gigante devorador de conquistadores y misioneros, en los salvajes territorios del Darién... ¡Sabrino... Saña!...

Se levantó un tosco telón de boca y el público lanzó un grito de terror: sobre el tablado, se erguía un descomunal reptil, con las mandíbulas de par en par, las pupilas de lapislázuli clavadas en la multitud y la férrea cola en alto, como preparado para el ataque.

-Damas y caballeros, calma, por favor, calma... -y, como a pesar de las súplicas, el escándalo creciera, con evidentes síntomas de desbarajuste, el director se atusó el ajado mostacho y tronó-. ¡Damas y caballeros!... Teneos ya de una vez, en el nombre de todos los ángeles custodios, que el caimán de humo llamado Sabrino Saña duerme el profundo sueño de los siglos, merced al ingenio funerario de los embalsamadores, de la ciudad de Memfis.

Poco a poco, se embalsaron los ánimos y las gentes, no sin ciertos resquemores, volvieron a ocupar sus respectivos lugares, en aquel sorprendente espectáculo, tan azaroso como sugestivo. Incluso, algunos colonos, envalentonados por el bullaje y la vinolencia, se acercaron al soberbio animal que medía más de diez varas de longitud, y se percataron de que su vientre albergaba una copiosa y repugnante gusanera. En el sórdido sepulcro de sus entrañas, aún se corrompen los cadáveres mutilados de muchos alféreces y predicadores del Evangelio, explicó con la ayuda de un puntero, que se engulló este hijo de Satanás, cuando navegaba por las caudalosas aguas amazónicas. ¿Y por qué cristianarlo? Un diácono blandía el crucifijo, trémulo de indignación. ¡Ah! Reverendo, sabed que lo merqué, con la fe de bautismo, porque Sabrino Saña fue adelantado de Castilla y sólo por un maleficio que nadie ha podido desligar, dio en tan inmunda condición. Damas y caballeros, tal es la desventurada y verdadera historia que nos refieren los cronistas de Indias.

Tras dos días de funciones y cabriolas incesantes, los -104- titiriteros empaquetaron sus bártulos, cargaron las carretas y se marcharon por donde habían venido. Con ellos, se llevaron a la fabulosa criatura de apariencia humana y cuerpo emplumado, que desfallecía al pie de la morera. Con sus trapacerías y lisonjas el director se la quedó por unos reales y la anotó en su pintoresco catálogo de fenómenos de la naturaleza epigrafiada como la sirena voladora del archipiélago de Barlovento. Ya nunca más se conocería su suerte.

Pocas semanas después, llegó don Nicomedes Gallardo, con su escolta de oficiales inferiores de justicia, para preservarlo de emboscadas y atracos, y dos mulas, con un equipaje surtido de cofres y cajones. Se instaló, con gran boato, en la casa parroquial y notificó a la feligresía, pero siempre con revuelos de purpurado, que, por disposición de la autoridad eclesiástica y desde aquel momento, tomaba a su cargo el pastoreo de todas las almas del lugar.

Ya en sus primeros y abrasantes sermones, el canónigo arremetió contra los pecados de la carne, en una diatriba que no dejó títere con cabeza, y enalteció el amor conyugal, propiciando recetas y métodos, para su ejercicio santificativo, de modo tan perentorio y persuasor que muy tempranamente se manifestaron los frutos de su perspicua retórica: Puebla del Socorro conoció tiempos de una fecundada imparable. Justo a los diez años del advenimiento de don Nicomedes, se quintuplicó el padrón del villorrio.

En plena Pascua florida y con las campanas arrebatadas por la Resurrección de pliegos de aleluyas, la Sapa les sacó los colores a sus oyentes de turno, cuando relató cómo el propio don Nicomedes Gallardo participó en el emplumamiento de cuatro infortunadas putas del burdel de la calle de la Mancebería. Personalmente, aseguró la Sapa, el sabio predicador del cabildo las puso en pelota viva y les untó el cuerpo de engrudo, entre convulsiones, oscuros relinchos de placer y plegarias. Desde la plaza Mayor, trasladaron a aquellas desgraciadas a una costanilla repleta de plumas de aves de

corral, por donde se las arrastró, en medio de una tormenta de arapalos y de un gentío encabritado y devoto. Una de ellas murió allí mismo, a -105- resultas de los golpes, si bien confortada con la extremaunción; otra redimió su culpa con el castigo y un período de mazmorra; la tercera sería ahorcada, días más tarde, porque aún tuvo el descaro de revolverse contra sus jueces y de proferir obscenidades y hasta blasfemias, aunque se reconcilió con Dios Nuestro Señor, al pie del patíbulo, en el terraplén de San Francisco; y sólo la cuarta logró evadirse, por entre la turbamulta festiva y febril, corriendo como una monstruosa gallina, hacia el río, en cuyas aguas debió de ahogarse, según el informe de una ronda de ciudadanos que anduvo buscándola inútilmente, hasta bien entrada la noche.

En su plática dominical, el muy ilustre don Nicomedes Gallardo habló de los estragos de la lujuria. Y expuso el ejemplo de aquellas rameritas que habían osado vestirse con las prendas de las mujeres honestas, causando así escándalo e incumpliendo las normas. Desdichadas que trafican con su carne e incitan a la concupiscencia y a la condenación eterna; de las tales pecadoras, unas pudieron arrepentirse y limpiarse de inmundicias, antes de emprender el camino de la verdadera vida, mientras que la última, la infeliz que se preocupó tan sólo de salvar las miserias del cuerpo, dio en el barro o quién sabe si fue pasto de las fieras o, lo que aún resulta más denigrante, si cayó en manos de mandrines y rufianes, incapaces de advertir que en criatura tan desaliñada por el vicio también alentaba un punto de gracia. Cuando el clérigo concluyó su homilía, todos los fieles estaban lívidos y cabizbajos. Aquel domingo del mes de noviembre, Puebla cobró conciencia de su iniquidad y hubo que recurrir al auxilio de los frailes de un convento próximo, para atender una rara y contagiosa desazón de confesiones.

Casi doscientos años después, y tras las recientes e incómodas revelaciones de la Sapa, el tío Maximino Meroño recordó, decepcionado:

-No hago ya memoria de quién fue, pero alguien escribió que la historia era arte de nigromante.

Ni el tío Maximino pudo entonces restaurar todo aquel capítulo de confusión y bochorno, ni mucho menos el licenciado don Felipe Ruiz de Peñamora que sólo consiguió -106- imprecisas referencias anecdóticas y eventuales escamoteos del patrimonio histórico.

-Pues verá usted, con tanta murga, me quedé transpuesto y perdí el hilo del asunto - se excusó Florencio el Panizo.

-Mire, hablaba demasiado aprisa, para mi escritura. De manera que apenas si le cogí unas palabricas sueltas -afirmó Práxedes Rabasco.

-Sabe usted muy bien, don Felipe, que mi cabeza ya no está para nada. Además todo eso es pura invención, como usted mismo dijo, ¿no? Supersticiones y cuentos de vieja, ¿no? -el pedáneo Bienvenido Rufete parecía enojado.

-Con esta sordera, no le escuché sino como un rezo -musitó el tío Capacho, mientras, impasible y rígido, construía filigranas, con las fichas de dominó, sobre una mesita de la taberna.

-Cada quien oye lo que le conviene, don Felipe -comentó Cuatro Santos Coronados, con su sonrisa cínica y displicente-. Pero lleva usted razón. La Sapa con su palique, dejó como guiñapos a los abuelos de nuestros convecinos.

Aunque superfluamente, el mercachifle remendó parte de los sucesos de las meretrices emplumadas y, en particular, de aquella que, indefensa y despojada de su condición, fue vendida igual que una bestia, a los titiriteros ambulantes.

Por la noche, don Felipe visitó a *madame* Duchamp y le apretó las clavijas, que no demores mujer, que tienen pruebas más que suficientes, para formarte juicio, que me lo ha confiado una persona muy principal.

-Bueno, con lo de las prácticas abortivas y ese feo negocio de la trata de menores...

-Ay, Felipito, ¿y qué hago yo ahora? -*madame* Duchamp había perdido todo su empaque y estaba desteñida, con los afeites disueltos, en un sudor frío e incesante.

-Dadas las circunstancias y si me aceptas un consejo profesional...

-Sigue, Felipito, hijo, sigue.

-107-

-Cande, prepara el equipaje y márchate lo más lejos posible de aquí.

Madame Duchamp ni siquiera recabó su afrancesado y discutible apellido. La fatalidad de sus remotas parientas y aun el temor de que ella misma pudiera ser también objeto de compraventa, la tenían enajenada. Y, en efecto, no anduvo remisa. Al otro día y bien temprano, apalabró el traspaso del burdel y dispuso todo, para evacuar el fastuoso y casi fluvial palacio del placer, precisamente cuando gozaba de una clientela respetable. Tan sólo encomendó algunos trámites de última hora, al marica de Urbano Meseguer, su confidente y correveidile.

-Que Dios la acompañe, señora Candelaria.

-*Madame* Duchamp -puntualiza, con dignidad y arrogancia, con los baúles y sombrereras, en la baca del taxi.

Una semana después, el discreto prostíbulo ofrecía un aspecto desolado. La noticia de su repentina clausura se extendió por la comarca, provocando las más disparatadas conjeturas, muchos júbilos y no pocas frustraciones. Para unos, la voracidad de los mosquitos y las aguas putrefactas del río, habían puesto en fuga a las delicadas señoritas de *madame* Duchamp; para otros, el acontecimiento se debía a la intercesión divina, invocada con tanto celo como fervor; y para los terceros, la cosa se centraba en un problema de carácter sanitario, por cuanto había que revisar periódicamente las condiciones higiénicas del putafismo tramontano.

Satisfecho por el venturoso desenlace, don Felipe recuperó el optimismo y se aplicó, con esmero y reserva, a la maduración de sus inminentes actuaciones, soslayado de una

vez por todas el peligro de las ya gratuitas indagaciones del decrepito e inoportuno don Agustín Meseguer y Arqués.

-La Providencia siempre está del lado de la honradez y de las buenas costumbres -le comentó, muy pimpante, Bienvenido Rufete, cuando se encontraron casualmente, en Almoradí, y tomaron unas cervezas juntos-. Si hace poco nos libró de aquel malintencionado periodista, ahora se lleva a esas mujerzuelas que tantas perturbaciones y disgustos nos han causado a las personas de orden.

-108-

Pero el pedáneo hubiera preferido soluciones más vibrantes y severas, para reprimir el desmadre de una juventud enloquecida y entregada a hábitos abyectos. Reputó loables las iras del justiciero don Nicomedes Gallardo y se dijo que, en otras condiciones, él no hubiese dudado, ni por asomo, en emplear idénticos procedimientos y cortar así, por lo sano. Bienvenido añoró los tiempos en que campaba a sus anchas, por toda la vega, sin que nadie se atreviera a plantarle cara.

-Si no fuera por esta condenada sequía, don Felipe...

-No me hable, Bienvenido, no me hable usted que no sé cómo vamos a salir de una situación tan extremadamente grave.

-Es que el gobierno, con todo ese lío de las autonomías... En fin, yo ya voy para viejo y me conformo con poco, ¿sabe, usted? -dijo un ruidoso trago-. Y mire lo que le digo, no le extrañe nada que venda las cuatro tahúllas y me marche a vivir con mi hijo mayor que tiene un buen empleo, en Barcelona. ¡Qué remedio! ¿No le parece?

-Por supuesto, amigo mío, por supuesto. Desgraciadamente, las cosas no siempre son como uno quisiera.

Sin embargo, Bienvenido Rufete nunca viajaría a Barcelona, ni a ninguna otra parte, cuando menos por voluntad propia, porque fulminó todas sus oportunidades, con la pólvora del atroz parricidio perpetrado dos semanas después del sepelio de Aguedica Larrosa y dos antes de que Juan el del Melondra, movido por la melancolía y la inconsciencia, demoliera el cementerio con su poderosa máquina y sacara las mondas al relente. En los interrogatorios que se le formularon, Bienvenido habría de declarar enfáticamente que nada le impresionó tanto en su vida como los tejemanejes y las maravillosas mudanzas obradas por la parentela de don Erasmo Figueroa, a todos los cuales, y en connivencia con el tío Capacho y Florencio el Panizo, consiguió que detuvieran, por presunto asesinato, incluyendo al gran danés Sitting Bull que fue confinado en una perrera, en tanto se practicaban las diligencias de rigor. Embarullado por aquellas obsesiones que se agravarían a lo largo de su condena, no se conmovió ni aun en presencia -109- del cadáver desguazado por las postas, de su segundogénito Rufino Rufete. Era un ladrón, dijo.

La apresurada partida de *madame* Duchamp, escamó a Cuatro Santos Coronados, quien se propuso indagar las causas del intempestivo y anómalo cierre del palacio del placer, y comenzó por el soborno de Urbano Meseguer que ejercía, sin inhibiciones ni empachos, de maricón de playa, propiamente. A base de cubatas y de picardías, logró

sacarle lo de la subrepticia visita de don Felipe, que provocó trajines y prisas. Supo además, por pura chiripa de la embriaguez compartida, que el licenciado dibujó a plumilla las desvergonzadas viñetas del escándalo, y dedujo que todo aquello tenía que ver, y mucho, con el súbito interés de don Felipe, por lo que contó la Sapa acerca de las putas de la calle de la Mancebería. Si sus barruntos prosperaban, iba a ser él Cuatro Santos Coronados Barragán Illescas, quien amenazara al insolente y jactancioso don Felipe, con empapelarlo. Por fin, le había llegado su vez. Que se preparara don Felipe, si no lo disuadía con el alborotado aleteo de los billetes.

La muerte de Aguedica ensombreció demasiados semblantes y resonó como un estampido la noticia de las extraordinarias honras funerales: sucumbió a consecuencia del mal malo, pero en medio de una lluvia milagrosa. La mayoría del vecindario eludió cualquier referencia a los caudales que se vertieron por la trampilla del sobrado. No está bien fisgonear en lo ajeno, sentenció en aquella luctuosa ocasión el pedáneo, quien decididamente se dijo que después de la ceremonia, presentaría la dimisión de su cargo. En realidad, se observaron muchos revuelos y no pocas actitudes fingidas. Por ejemplo, a Rosa de la Luz se la llevaron sus hermanos, como en un relámpago. Que yo sepa, murmuró Rita Senabre jamás antes de ahora, habían tenido miramiento alguno con ella. El tío Capacho se quejó de sus achaques y de aquel clima tan pernicioso para el reuma que lo corroía. Y hasta Florencio el Panizo, un auténtico baldragas, mencionó la conveniencia de la emigración, a empellones de la pertinaz sequía. Tras dos siglos de ininterrumpida decadencia, Puebla del Socorro agonizaba. Y así, las campanas que tocaron a muerto por -110- Aguedica Larrosa, también lo hicieron por toda una historia de imposturas y deserciones.

Aquellas mismas campanas le quitaron el sueño a don Erasmo Figueroa. Regresaron a «Villa Soberana», cuando conocieron el lamentable epílogo de Leo Ros y sorprendentemente se tropezaron con el azaroso drama que removía de nuevo las razones que les obligaron a ausentarse. A unos cien metros de distancia, se situaron para presenciar el cortejo necrológico. Luego, se retiraron en silencio. A don Erasmo no se le antojó buena señal, por eso, ya acomodados en torno a la espaciosa mesa de nogal, recomendó a todos los suyos que se condujeran con la mayor prudencia y prohibió expresamente a Isaías Dallas y a Jeremías Kansas que, bajo ningún pretexto, abandonaran el parque de la casa solariega. Pero los recursos preventivos no surtieron efecto alguno: al alba del quinto día, la Guardia Civil invadió «Villa Soberana», en una operación vertiginosa. El sargento que mandaba las fuerzas, les comunicó sencillamente que estaban arrestados, por orden de la superioridad. Don Erasmo Figueroa, trémulo y sofocado, quiso hablar, pero se lo impidieron, de forma cortante: Ya hablará usted cuando se le pregunte. A continuación, y provistos como iban de un mandamiento judicial, procedieron a realizar un ingente y minucioso registro: hojearon libros y papeles; revolicaron armarios roperos y cómodas; tantearon paramentos y pisos; vaciaron baúles y cajones; rastrearon macizos y parterres; y así, sucesivamente, hasta que descubrieron los despojos humanos.

Inventario de ensalmos, amuletos y pócimas del que echó mano la joven doctora para sacarle de encima el ajo al libertino Leo Ros, cuando éste confundió el río Segura con el Hudson, también llamado North river, y de la furia que solevó tamaño desatino

Puebla no había vuelto a vivir una jornada semejante, desde la visita oficial del autobús cargado hasta los topes de sabios en paleontología, y que se celebró con fuegos de artificio y pasmosos discursos acerca de la infinidad de seres orgánicos fosilizados, ya iba para los ocho años. Pero ni aun entonces vieron a una mujer tan hermosa y elegante como Lidia, ni a unos caballeros tan pulcros y distinguidos como aquellos dos que la acompañaban y que olían varonilmente a algas marinas. Se me figuran tal y como esos *yachtmen* de los anuncios, dijo Cuatro Santos Coronados, con la más absoluta fascinación.

Los forasteros llegaron a primeras horas de la tarde, en un automóvil largo y reluciente, de color de la uva verdeja, con Mercedes Amorós que desentonaba con sus tejanos de siempre y aquel raído suéter de punto inglés. Todos sabían de sobra por qué estaban allí: habían venido para llevarse a Leo Ros, quien, cuatro días antes, asaltó Puebla y ocupó un corral semiderruido. Desde entonces no hacía más que auscultar huertas y casas como un zahorí, increpar a las gentes, en un idioma desconocido, acosarlas y empavorecerlas, sin que tampoco Mercedes pudiera ya impedir sus tropelías. En ocasiones, Leo caía en una especie de estado sonambúlico, se retiraba a sus ruinas y permanecía durante un tiempo imprevisible inactivo y completamente ajeno a cuanto lo rodeaba. Aquella situación alcanzó límites tan insostenibles que Bienvenido Rufete, junto con otros notables de la pedanía, se constituyeron en comisión -112- y decidieron poner en antecedentes a las autoridades, para que se encargaran de aquel individuo. Es un constante desafío a la moral y al orden públicos, afirmó don Felipe Ruiz de Peñamora, y deberían de internarlo en el manicomio de la Santa Faz, en evitación de cualquier posible desgracia. Sólo a instancias de la doctora Amorós, consintieron en un aplazamiento de cuarenta y ocho horas, antes de dar curso a sus gestiones.

Por segunda vez, en pocos días, Mercedes telefoneó a la mujer de Leo Ros y la apremió de manera contundente, si usted no actúa con la urgencia que el caso requiere, me verá precisada a tomar las medidas que estime más adecuadas, le dijo, con la palabra alterada y refrenando sus emociones.

-Le recuerdo a usted que se trata de mi marido -replicó Lidia Infantes, posesivamente.

Pero, de inmediato, el tono de su voz se hizo más cálido y confidencial. No eran aún las nueve de la mañana de aquel primer jueves de abril y Lidia le aseguró que a las cuatro se encontrarían en la pensión donde se hospedaba Leo, en Almoradí. Convenida la cita, Mercedes corrió a Puebla y avisó a Bienvenido y a don Felipe. Temía que a Leo le ocurriera algún percance. La noche anterior, alguien había colgado una pata de macho cabrío, en el vano de la puerta del muladar, en el que yacía el reportero.

Lidia llegó puntualmente, en compañía de su hermano que ostentaba un alto cargo, en la administración del Estado, y del doctor Baidal, amigo íntimo de la familia Infantes

y bien acreditado especialista en enfermedades nerviosas. Tras unos minutos de tensiones y titubeos, Mercedes les expuso, cruda y sucintamente, todo el proceso de desequilibrio psíquico que, en su opinión, padecía Leo Ros, estimulado por el abuso de las bebidas alcohólicas y precipitado a raíz de su aventura en Los Almarjos, cuando tuvo lugar la invasión de las ranas, y desde la cual cambió los nombres de las personas y de las cosas, con vencido de que se encontraba en Nueva York, y confundió el río Segura con el Hudson, al que, a veces, y con objeto de apaciguar la cólera de ciertos huertanos, accedía a llamar también, y como una graciosa concesión, North -113- river. Todo aquello dejó estupefactos a los forasteros, que no terminaban de asimilarlo. En un momento, el doctor Baidal, ostensiblemente demudado interrumpió a Mercedes y le pidió su diagnóstico, para afianzarse en el ámbito de la ciencia médica. Lo siento, doctor, pero no me atrevo a pronunciarme sobre este caso, le contestó Mercedes Amorós, quien aclaró que ni se consideraba competente ni disponía apenas de experiencia profesional. Por supuesto, se calló, a cal y canto, cualquier comentario, por insignificante que pareciera, en torno al hipotético mal de ojo del que Leo Ros podría ser víctima, según le habían insinuado algunos curanderos de la comarca. Lidia, su hermano y el doctor Baidal examinaron, en tanto se recuperaban del soponcio, la amplia y destartada alcoba de Leo, en la que ya habían entrado a saco, y sin duda, con su indiferente aprobación, Tónico Cañizares y Cuatro Santos Coronados: no quedaba en ella ni una máquina de escribir, ni un magnetófono, ni una cámara fotográfica. Lidia la miró con un leve desdén y le preguntó que dónde se hallaba su marido.

-Muy cerca. A un par de kilómetros o así. Iré con ustedes -dijo la joven.

Lidia hizo un imperceptible movimiento de cabeza como aceptando el ofrecimiento, contempló, con evidente aversión, la caótica estancia y se volvió hacia su hermano, que aguardaba en el umbral de la puerta:

-¿Vamos?

Mercedes se sentó al lado del chófer de uniforme, para indicarle el camino. Durante el breve y escabroso trayecto, nadie habló, excepto el doctor Baidal quien advirtió que todo estaba controlado y que la ambulancia llegaría a las seis.

En Puebla reinaba una gran expectación. Los hombres se habían puesto el traje de los domingos y paseaban por la única y polvorienta calle, mientras las mujeres fisgoneaban a través de persianas y visillos. Cuando apareció el suntuoso coche, dando tumbos y despilfarrando su admirable mecánica en aquel reguero de hoyos, se sintieron como en precario y no acertaron con la índole del recibimiento. Bienvenido Rufete se adelantó hacia los transitorios -114- huéspedes, les dispensó las mismas reverencias ensayadas para el agasajo de los sabios y balbuceó unas frases de cortesía a las que los extraños no prestaron la menor atención. Lidia y sus acompañantes siguieron a Mercedes, hasta el corral desmoronado, y descubrieron a Leo tendido sobre la broza, con un pañuelo violeta de seda natural anudado alrededor de la frente. Se detuvieron muy impresionados por aquella escena de escalofrío y todos observaron cómo la esbelta y atractiva mujer se tambaleaba sacudida por un momentáneo impacto. El doctor Baidal se acuclilló junto al enfermo y le tomó el pulso, con un gesto de honda inquietud, y continuó la incómoda exploración, hasta que Leo abrió unos ojos al espanto y escrutó, de uno en uno, los semblantes anónimos y grotescos del abigarrado cónclave, y sólo reconoció a Mercedes Amorós, pero con la identidad canjeada por la de una tal querida

Jackie, quien, al parecer, siempre estaba volviendo de algún secreto itinerario. Te esperaba, querida Jackie, aunque me parece que ya no hay respuesta, puntualizó, con un vestigio de consuelo. Fue entonces cuando Mercedes recibió el embate de la desesperación y paulatinamente anduvo de espaldas, intercambiando con Lidia una mirada de recíproca inquina, mientras se perdía por un laberinto de añoranzas, tan abstraída que se sobresaltó con la pregunta, afilada como un bisturí, que le hacía el alto funcionario de la administración pública, acerca de lo que se le debía, por sus visitas y atenciones facultativas a don Leo Ros (¡a don Leo Ros!). En su aturdimiento, Mercedes ni siquiera pudo repeler el agravio iterativo, porque el hermano de Lidia la seguía, enarbolando una cartera de piel, con las iniciales de oro. Se dejó dominar por una reacción espontánea y salió a todo correr de Puebla del Socorro y no paró, hasta el huerto de naranjos, jadeante, con náuseas y alucinada, y allí esperó, nunca acertó a discernir por cuánto tiempo, y allí también tuvo conciencia de que Leo era, y quizá siempre lo había sido, una especie de espejismo o una criatura tan incorpórea y mágica, como la misma Sapa. Repentinamente la conmovió el remordimiento, porque ella acababa de sentenciar a Leo Ros a una soledad perpetua. -115- Lo supo, cuando percibió la estridente sirena de una ambulancia.

Inmune a las lágrimas, Mercedes tomó el coche de línea de Alicante. Aquella noche, se embriagaría, por las angostas calles del barrio antiguo, y terminaría en la cama de un desconocido, pero formidable parodiador de los más célebres y legendarios amantes, sin que los audaces juegos eróticos logran liberarla de aquel profundo sentimiento de culpabilidad. Se despertó, muy temprano, abrazada al cuerpo desnudo, joven y elástico de un hombre al que jamás antes había visto. No tenía nada que reprocharse, pero estaba deprimida y con los pensamientos aturullados, por una persistente neblina de recuerdos guarecidos en frascos de alcohol, sin etiqueta. Se levantó y se vistió, con el mayor sigilo, después de recuperar sus ropas esparcidas por un dormitorio estratégicamente concebido, para excitar las fantasías mórbidas, encontró el baño, se humedeció las sienes y la nuca, bebió en el grifo, con avidez, salió de puntillas del apartamento, bajó en el ascensor y allí mismo se tropezó con el mar. Recorrió dos o tres kilómetros a pie, hasta que un automovilista la recogió, atendiendo a las angustiosas señales de la muchacha que ofrecía un aspecto lastimoso, y la dejó frente al ayuntamiento. Aún no eran las ocho y cuatro, de manera que Mercedes se metió en un bar y pidió un café tras otro. No quería, bajo ningún concepto y menos en aquellas condiciones, llegar a su casa, sin que su padre se hubiera ido ya, para eludir discordias y altercados tan engorrosos como insolubles. Desde hacía varios años, las relaciones entre ambos se deterioraban progresivamente y ninguno cedía un ápice, en sus respectivas actitudes. Ciertamente Mercedes no le dio explicación alguna, cuando decidió marcharse a Inglaterra, con Ernesto Roca, un compañero de facultad becado por la Fundación March, para que realizara estudios sobre hemodiálisis y trasplante renal. Le escribió cinco cartas, sin que su padre descendiera de su postura olímpica. Mercedes no insistió y apuró el esporádico romance, resuelto en la promiscuidad de un piso, donde convivían con otras parejas, hasta que, un buen día, Mercedes se decepcionó de todo aquello, habló serenamente con Ernesto -116- y emprendió el viaje de retorno, frustrada su primera experiencia sentimental. Su inesperado regreso provocó un escándalo tan desafortunado que la joven, desoyendo los llantos y las súplicas de la madre, entre invocaciones de rosario de la aurora, no se amilanó y dijo que se consumía en aquella casa y que se iba a Madrid, en el talgo de la tarde, que ya había cumplido veinticinco años y que tenía un título de licenciada en Medicina y Cirugía para algo y que no estaba dispuesta a soportar los alardes y las veleidades de una dictadura doméstica. ¡Me vais a matar!... Entre los dos,

me vais a matar a disgustos, hija mía, se lamentaba doña Patricia que había asumido, con una resignación muy nazarena, su papel de mártir. Sólo la abuelita Gertrudis sonreía, ajena al tumulto, en su ámbito de silencios y de daguerrotipos, casi como una efigie más de la galería de los viejos y ovalados retratos de la estirpe paterna. Pero todo fue en vano. La retahíla de gritos y plañidos no impidió que Mercedes arribara, alrededor de las nueve, a la estación de Chamartín, desde donde tomó un taxi y le facilitó al conductor la dirección de Ana Diéguez en el cercano Parque de Santa María. ¡Pero qué sorpresa!, Ana la abrazó, te encuentro muy bien, ¿y Ernesto? Lo de Ernesto había sido un rotundo fracaso, él continuaba en Newcastle, con sus trabajos acerca de los pacientes con insuficiencia renal crónica y sus frivolidades, y ella, bueno, ya no aguanto a mi padre, menudo oportunista está hecho, se desembarcó de los sindicatos verticales, cuando vio que la cosa se hundía, y en el 77, ¿te acuerdas?, de candidato al senado, independiente, sí, pero avalado con las siglas del PSOE, después de brujulear por no sé ya cuántos grupos y partiditos, y de arrear un rapapolvo de no te menees, a raíz de que me detuvieran, en una manifestación, en Valencia. ¿Desencantada? Pero, Ana, por favor, yo no creo en los encantadores. Defraudada. Defraudada, porque sí creo en los defraudadores, mi padre es un defraudador de aúpa. A las diez y media, en plena euforia de evocaciones llegó Pedro José, el compañero de Ana, y se mostró exultante, por la inesperada presencia de Mercedes, no, no me cuentes el rollo y vámonos, os invito a un bocata. Estuvieron hasta las tres de la madrugada, -117- en un *pub* inflado de volutas de hierba y con la música a toda pastilla. ¿Te va? A Pedro José, el humo, la penumbra y el estrépito, le ponían la expresión seráfica, soy un penene de instituto y aquí floto, ¿comprendes?, libre de las incertidumbres de mi condición. Mercedes durmió apaciblemente y cuando se levantó, ya no había nadie en casa. Una nota manuscrita de Ana decía: «No vendremos a comer. En la nevera, encontrarás lo que necesites. Cariños.» Junto a la nota, unas llaves, pero Mercedes no salió aquel día ni los siguientes. Prácticamente, se encontraba sola y fuera de órbita. Ana ejercía en una clínica privada, me explotan a base de bien, pero por algo hay que empezar, y Pedro José, con sus clases de historia y sus problemas laborales. Por eso, cuando casi dos meses después, su madre le anunció telefónicamente que había arreglado un armisticio y que faltaba su beneplácito, respondió que de acuerdo. Ana le dejó el dinero para el billete, te lo devolveré en cuanto pueda, y cogió un tren nocturno, de regreso a Alicante.

En un principio, se respetó el pacto y cesaron todas las hostilidades familiares, aunque su padre y ella se mantenían siempre al acecho y sólo se dirigían la palabra convencionalmente. Mercedes se apuntó en la bolsa de trabajo y don Alberto, con la mayor reserva, para no despertar suspicacias en su hija tan indómita como engreída de su empalagosa integridad, movió los resortes de las viejas y de las recientes influencias, de modo que, no mucho más tarde, Mercedes obtuvo su primer empleo, en el ambulatorio de la Seguridad Social, de Callosa de Segura, sustituyendo al titular durante sus vacaciones, en el mes de agosto. A lo largo de aquellas semanas, Mercedes aprendió más que en los años de carrera y de continuo andaba a vueltas con el *vademécum* y los volantes para el especialista y las altas para la residencia y los certificados de defunción, no se molestó, doctora, que el pobre ya está frío y bien tieso, y se cansó de ver bubas y de apañar dedos amputados por las herramientas agrícolas, y de examinar culos de lancinantes incordios, bájese los pantalones, ordenaba con cierta afectación, y el paciente enrojecía, pero, ¿cómo? ¿allí, delante de ella? No se preocupe, soy médico, -118- y le repetía, con más ímpetus, que se bajase los pantalones, y el paciente, en el límite de la humillación y de la trifulca, le trasladaba desairadamente la orden a la mujer, dócil y resignada, por el invisible conducto de los hábitos ancestrales. Pero

Mercedes no transigía con aquellas imposiciones machistas, que se lo he dicho a usted, buen hombre, ¡bájese los pantalones, de una vez! Y así, el agobio de un agosto batido por los vientos africanos, en la mínima estancia, con una mesa y una vitrina donde se exhibía un irrisorio instrumental: pinzas, escalpelo, tijeras, fonendoscopio.

Daban las nueve en el reloj del ayuntamiento, cuando Mercedes apuró su tercer café, la resaca de la noche anterior aún le zarandeaba aquel torbellino de imágenes, abandonó el bar y se dirigió hacia su casa, por la calle de Altamira, segura de no encontrarse con su padre. A la altura del Portal de Elche, hilvanó de nuevo la memoria de su paso por el ambulatorio y se estremeció con la dolorosa escena de la muerte de un niño de dos años al que le llevaron ya en coma, electrocutado, había metido sus deditos, en un enchufe, y la descarga eléctrica le inmovilizó el frágil corazón, y ella aplicándole masajes cardíacos durante horas, no disponía de otros medios, inyectándole, haciéndole el boca a boca, sálvelo, doctora, rogaban aspaventosa y patéticamente sus abuelos, sálvelo, pero se azuló todo el pequeño cuerpo y sintió, con impotencia y con rabia, cómo se erigía el *rigor mortis*. Luego, Mercedes no pudo contener un llanto convulsivo y acusante, sola, recluida en la alcoba contigua, para las escasas pausas de reposo, con una cama plegable y su bolsa de prendas, cosméticos y libros, otro fracaso mucho más sensible y demoledor que su fracaso amoroso con Ernesto, y para qué le habían servido tantos conocimientos teóricos, nada tienes que censurarte, le diría el médico titular, al fin reincorporado a su puesto, nos ocurren estas cosas a todos: a ti, a mí, a cualquier. Pero las frases y los golpecitos consolatorios no la sacaron de su postración y transcurrirían algunos meses, antes de que se repusiera del trance, merodeando por una comarca absorbente y peculiar, a lo largo del río, con los jóvenes ecologistas que se organizaban, -119- por entonces liderados por un Carlos Cases de barba espesa y bruñida, que se había entregado casi mesiánicamente a la causa, en tanto Mercedes aprovechaba también los desplazamientos, para consultar en archivos y bibliotecas las crisis epidémicas del Bajo Segura: el paludismo, las infecciones coléricas, la cannabosis, anotándolo todo con el propósito de acopiar datos y analizar condiciones de salubridad, dispositivos de control e incidencias en los comportamientos religiosos, para posteriormente elaborar su tesina de licenciatura. No os alarméis, les advertía a sus padres, estoy muy bien y trabajando en temas de interés sanitario. Pero a don Alberto le alcanzaban noticias poco tranquilizadoras de su hija que vivía a salto de mata, siempre de un lado a otro, sin domicilio conocido y en compañía de gentes extremistas, inadaptadas y problemáticas, actitud nada oportuna, para las maquinaciones de don Alberto, casi en vísperas ya de unas nuevas elecciones generales, que trató de corregir infructuosamente, porque Mercedes se negó en redondo a secundar aquello de fabricarse una imagen propicia al voto, don Alberto negociaba un puesto privilegiado en la lista de la candidatura que se le iría al garete, y el precario armisticio del clan saltó en pedazos. Mercedes espació sus viajes a la capital y cuando iba, acordaba un encuentro con su madre, en cualquier cafetería de la Explanada o en el hotelito desvencijado de tía Marta, en la Ciudad Jardín. ¡Me vais a matar!... Entre los dos, me vais a matar a disgustos, hija mía, y tras los lamentos de doña Patricia, su hermana, con el almanaque detenido en un jueves 11 de octubre del 34, fecha en que su marido de unas semanas y teniente de infantería resultó desmenuzado por un cartucho de dinamita, en Asturias, les servía té con pastas y les contaba cómo, en la última sesión de espiritismo, se le había aparecido su Miguelín, con el uniforme de campaña colmado de cruces y condecoraciones, para proclamar su victoria sobre los obreros revolucionarios, en la fábrica de Trubia. A la pobre tía Marta la enterrarían, seis meses después, con el sable del heroico militar, al que ni un solo día había dejado de sacarle brillo.

Mercedes ojeó el reloj, cuando enfilaba la calle Castaños; -120- donde estaba su casa, es decir, la casa de sus padres. Eran ya las nueve y diez. Sonrió, con un rictus de cansancio, tratando de recomponer peripecias y detalles de aquella noche de fingida fogosidad, con un desconocido y presuntuoso galán. Pero no se hizo ninguna admonición. En definitiva, no había supuesto más que una inconsecuente aventura, con el turbio deseo suscitado por el vodka con limón, de infringirse a sí misma un escarmiento, ha sido, pensó, un estúpido acto de masoquismo, sin mayores consecuencias. Y recordó sus conversaciones con una bonita muchacha de la vega, sometida a la desviada penitencia corporal que le impuso su confesor y beneficiario de tales prácticas, por sus incestuosas relaciones con el padre y los hermanos, a efecto de las cuales se hallaba embarazada. Don Joaquín me mandó que me tumbara boca abajo y entonces me bajó las bragas y me la encasquetó por detrás, ¿sabes por dónde te digo, no? y yo le dije que me hacía mucho, pero mucho daño, y él, don Joaquín que se ponía siempre como un burro con aquellas guarradas, me dijo que así, mejor, que cuanto más daño, mejor, porque purgaría más aprisa los pecados tan negros que había cometido, y luego le dijo a mi hermano menor que para redimirse, lo azotara a él, a don Joaquín, con una cincha, mientras me atormentaba con la verga, toda vez, le dijo, que aunque él, don Joaquín, sólo pretendía mi salvación, por el martirio de la carne, también se ensuciaba de culpa y que con los golpes se purificaría su espíritu, como él, don Joaquín purificaba simultáneamente el mío, ¿comprendes, doctora Mercedes?, y hablaba con naturalidad, como si se tratara de algo irremediable y atávico.

-Pero cuando me propuso lo del perro, porque dijo que se encontraba agotado y que además el perro carecía de alma y no pecaba, me sacó de quicio y le rompí una imagen de escayola de santa Catalina de Siena, en toda la crisma, y empezó a sangrar y a gritarle no sé qué cosas al demonio -estoy horrorizada todavía, Gabriel, y ya te harás cargo, porque te lo cuento tal y como me lo contó ayer, la propia Mariana la de los incestos, por obediencia filial, según me comentó, y yo le pregunté: ¿bestialismo?, y ella me respondió:- ¿Y eso qué es? Bueno, pero desde -121- entonces don Joaquín ya no ha vuelto, ni con el perro, no se atreve, porque yo me pienso que es maricón o algo por el estilo, ¿no? Y eso que mi padre me mandó a pedirle perdón y a confesarme con él, que tenía la cabeza todica llena de vendajes, doctora Mercedes, ay, si lo vieras, porque mi padre me dijo que atizarle así a un hombre sagrado era muy feo y caía una en el pecado mortal.

-¿Y qué hago con lo del aborto, doctora Mercedes? Porque también será pecado, digo yo, que me he pasado la vida pecando sin saber nunca cómo ni por qué -te lo aseguro, Gabriel sentí su angustia de animal acosado y aún no le he dado ninguna solución.

Gabriel Escudero recibió efusivamente a Mercedes, en una salita de estucos dorados, con moblaje barroco lleno de incrustaciones de bronce sobre un fondo de conchas de carey, decoración chinesca, piezas de vajilla pintadas con motivos inspirados, sin duda, en Watteau y toda una coruscante colección de estatuillas de porcelana representando a cortesanos, a pastores, a figurantes de la comedia italiana, y allí, en aquel ámbito delicado y casi teatral, Gabriel Escudero escuchó la escabrosa historia de las fornicaciones incestuosas y de los vicios nefandos, sin exhalar un suspiro. Cuando Mercedes concluyó su exhaustivo relato de los hechos, le aconsejó que se calmara. Retirado del ejercicio de la Medicina, por una infección que le pudría la sangre, Gabriel llevaba esperando quince años, el envite fatal, en su finca oriolana, un

sólo movimiento y me da jaque mate. ¿Y qué quieres? No soy moralista, ni legislador, ni juez, ni policía. A Gabriel Escudero se le turbó el semblante afilado y sutil. No, Mercedes, ya no te puedo ayudar. Además, me temo que mis criterios huelan, como esto, a parafina: están disecados. Bien, te queda la conciencia. Mercedes miró irónicamente a su padrino, convencida de que aún no había pronunciado la última palabra. Gabriel sonrió.

-Sí, ya sé, ya sé. Yo era un joven ginecólogo y recuerdo que tenía la consulta ahí mismo cuando vino a verme una chica, muy atractiva, por cierto, y me dijo que la había preñado su propio padre. Con frecuencia, el límite entre la fe religiosa y la superstición se desvanece. Pero -122- nosotros sólo somos parteros y conocemos el arte de traer criaturas al mundo. Y bueno, hice lo que consideré adecuado -se levantó y observó atentamente un fino cristal de Bohemia-. Por curiosidad, Mercedes, analiza la demografía de ese lugar tan a trasmano, y tal vez adviertas un elevado índice de deficientes mentales, en el más dramático abandono. Y entonces, procede.

A las nueve y cuarto, pulsó el timbre y Rosario entreabrió, con desconfianza, la puerta, sin desparar la cadenita de seguridad, pero cuando la distinguió, en la penumbra de la escalera, en cuyo ojo cabía hasta un aeróstato, se le iluminó el rostro y profirió una exclamación de alborozada sorpresa. No te esperábamos, Merceditas, adelante, adelante. Su madre salió de la alcoba matrimonial, desgañada y abotonándose la bata rosa de lana de los Pirineos, hija mía, hija mía, e inició sus acongojados gimoteos, mientras la abuelita Gertrudis dormía sentada en su lecho, con baldaquín, después de una noche de insomnio dedicada a poner en marcha los cuatrocientos veintitrés instantes más maravillosos e irrepitibles de su vida, conservados, por el artificio de la cámara oscura, en las placas metálicas de *monsieur* Daguerre y en las fotografías de color sepia. Mercedes no quiso desayunar, se duchó con un agua tibia y reparadora, y se metió en la cama, tengo mucho sueño, y doña Patricia la arropó, con el mimo de cuando era una niña endeble, y corrió las cortinas, para que la luz solar no la turbara, descansa, hija, descansa ahora y no te inquietes por tu padre, que está de viaje. Pero Mercedes oía los pitidos intermitentes de la ambulancia que se llevó a Leo Ros, por los circuitos de la inconsciencia, y lo vio, como el lunes pasado, lanzándose al asalto definitivo de Puebla y tuvo la intuición de que ya no había remedio. Corrió tras él, tratando a toda costa de persuadirlo, con razonamientos y súplicas, hasta que Leo la empujó, con destemplanza, no me detengas, Phoebe, que el general Hollingsworth no se espera este golpe de mano. Pero se equivocaba, porque Bienvenido Rufete, precaviendo cualquier desmán del reportero, había tomado sus medidas, de modo que fue Cuatro Santos Coronados quien alevosamente consumó la traición y le pasó -123- aviso de las andanzas de Leo Ros. El pedáneo improvisó un bando, en el que se ordenaba a los vecinos de Puebla que permanecieran en sus hogares, en evitación de altercados y reyertas con aquel individuo, en tanto la autoridad preparaba un plan de salvación pública. Y así fue como Leo Ros, dando traspiés y jijeos, invadió un villorrio fantasmagórico y silente, sin que se apreciara el más insignificante rastro de persona o animal, en casas y corrales, cuyas puertas permanecían cerradas a machamartillo. Cansado de auscultar la tierra y de vilipendiar a los invisibles habitantes del lugarejo, el enfierecido intruso requisó una hediente escombrera, para su reposo. Leo Ros llevaba en aquel malhadado día de abril, un pañuelo violeta de seda natural alrededor de la frente. Era tan sólo un inofensivo amuleto contra el mal de ojo, pero todos jurarían que se había disfrazado de pirata.

Con la manía que le entró de ponerles nombres raros a las cosas, justamente después de escuchar el infundado canto de la lluvia de las ranas, Leo Ros provocó una tensa situación que se acentuaba, muy en particular, cuando le decía Hudson (o North river, en tolerante concesión) al río Segura, hasta el extremo de que cinco notables cronistas de otras tantas villas ribereñas, se entrevistaron con él, durante toda una noche, con el exclusivo y generoso objeto de sacarle de su error. Iban bien pertrechados de mamotretos enciclopédicos, tratados geográficos y documentos probatorios de todo tipo, y aún así, aduciendo testimonios y citas de Pomponio Mela, Plinio, Bartolomé Antiste, Claudio Ptolomeo, Abuscasim, Florián de Ocampo y muchos más eruditos en la materia, tuvieron que elaborarle un nomenclátor con las sucesivas denominaciones del río, desde el Thader de los fenicios, hasta el Wad al-alyad de los árabes, pasando por otras espurias o corrompidas, como Estábero, Alebo, Alana y Serabis, sin que Leo Ros se conmoviera ante tanta sapiencia, ni soltara por un momento su botellita de whisky. Cuando amanecía, los solemnes cronistas le entregaron unos pliegos caligrafiados, muy convencidos de la eficacia de su loable y fatigosa tarea. Leo Ros, tendido en el lecho, leyó detenidamente aquella lista, con sus *items* y considerandos, -124- y luego la despedazó, con indiferencia, afirmando que sí, que bien, que le había resultado un ejercicio muy instructivo, pero que faltaba ¡el Hudson! y que a él no podían engañarlo con sus estúpidas tretas. La cuadrilla de cronistas se quedó estupefacta y sin saber qué decisión tomar ante tamaño ultraje que menoscababa la dignidad y la solvencia de todo el gremio, hasta que uno de ellos, más dispuesto y con mayor desparpajo, se acercó a Leo Ros que, en el ínterin, se distraía lanzando al aire las trizas del surtido nomenclátor, como si fueran confeti, y le dijo:-

-Pero, señor, eso está en el extranjero.

Leo Ros lo fulminó, con una mirada de extravíos.

-¡Aaaah!, ya salió el listillo respondón... ¿Acaso insinúa, usted, que soy un vendido?

El asombro de los insignes cronistas ya no tenía límites. Se les notaba profundamente consternados, después de una larga noche de graves disquisiciones.

-No, señor, por supuesto que no... En ningún caso he pretendido molestarlo.

¿Entonces? Leo puso en pie su tambaleante corpulencia y los echó de su habitación poco menos que a patadas.

-¡Fuera!... ¡Fuera de aquí!... ¡Farsantes!... ¡Necios!... ¡Embaucadores!...

Mientras los cronistas corrían escaleras abajo, Leo se derrumbó de nuevo en la cama y fijó los ojos en el techo, como apagado por un trance hipnótico. Ni siquiera la estrepitosa llegada de Tónico Cañizares consiguió reanimarlo.

-Don Leo, don Leo, que le han dejado el coche convertido en una chatarra.

A primeras horas, unas gentes anónimas y vandálicas se abalanzaron sobre el espléndido ford Granada y lo redujeron a un montón de desperdicios: le rajaron los neumáticos, le rompieron los cristales, le quemaron la tapicería, le llenaron de orines la guantera y se lo untaron todo de mierda fresca y con tanta prodigalidad que incesantes

oleadas de moscas enloquecidas le sorbieron, hasta los tornasolados aceites del cárter. El vehículo desmantelado y tan mondo que parecía el esqueleto de un animal -125- prehistórico, después del asalto de los insaciables insectos, se interpretó como un presagio de fatalidad.

-Veo los vapores malignos corriéndole por el cuerpo -sentenció Flora Ferri, que había nacido con las facultades de la cruz de Caravaca grabada en el paladar y que viajaba a cientos de kilómetros, en unos minutos, para olfatearles las emanaciones sulfurosas a sus pacientes-. Que le cante los gozos a la Virgen tocaculos de la Balma y los vomitará.

Pero Leo Ros no estaba para demasiados ajetreos y Mercedes consultó, en San Fulgencio, al tío Nicomedes el Churrispas que además de apañador de huesos, tenía el don de la clarividencia.

-Lo ha cogido el mal de ojo, por la cabeza, y también todas sus cosas despiden ya tufos de carroña -se abismó en un sueño de convulsiones y dijo, con la voz muy lejana y enronquecida-: Ponle estiércol en la frente, sujeto con un trapo de color vivo, y una higa de azabache, en el cuello. Tú se lo puedes conjurar, con una zafa de porcelana, un poco de agua y unas gotas de óleo, si recitas la oración que te confío: Dos te lo hicieron y tres te lo quitaron, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Fuera el espanto.

Su padrino Gabriel Escudero, mientras contemplaba, extasiado, una bandeja de cerámica vidriada de la manufactura de Alcora, comentó las investigaciones del marqués de Villena sobre el maleficio del ojo, y ya sabes, mi querida Mercedes, que escribió al respecto, y lo recuerdo casi textualmente, «préstanle escaso auxilio las comunes melicinas al enfermo de esta catadura». Pues, bien, procede en consecuencia.

Cuando conoció la noticia de los más inmediatos percances, el auto destrozado y los cronistas vertiendo diatribas flamígeras, contra el gacetillero borracho y viperino, Mercedes Amorós se dirigió presurosamente a la pensión de Leo. Llevaba su maletín de médico repleto de papelitos con ensalmos y conjuros (de los cabellos, de la piedra de alumbre, del gordobolo, de los tres demonios mayores), con recetas de pócimas y filtros de amor, con jaculatorias para el empacho y raíces milagrosas. Pero Leo Ros no se -126- prestó a sus manipulaciones, ni quiso el dije de azabache ni los emplastos.

-Hannah, *my love*, cualquier día de éstos me vas a chingar, con tus extravagantes antojos.

Después de año y medio de deambular a lo largo del río, de descubrir intrincados y hermosos parajes, de recorrer pueblos, partidas, casas rurales y hasta algunas esbeltas barracas de atoba, ya en trance de extinción, Mercedes mudó sus incipientes estudios epidemiológicos, por una apasionada curiosidad de compenetrarse con aquel mundo que se le ofrecía contradictorio y característico, a veces, anclado en un fondo de remotas tradiciones y costumbres, y, otras, cambiante y versátil, con el Segura siempre regulando los cultivos, los recursos económicos, la vida comunitaria. Y ahora el Segura se nos pudre y con él todo cuanto hay a su alrededor, denunciaban los airados ecologistas, y por esa porquería de residuos venenosos que le echan cauce arriba, y por las depuradoras y por el cuento del trasvase de marras, y los agricultores más jóvenes y por la pertinaz sequía y por las aguas de riego que no llegan o que son insuficientes

(pronto se organizarían grupos armados, para evitar el robo de las aguas, con motorcitos clandestinos, y la Guardia Civil muy atenta, por si se producían trifulcas), mientras el viejo huertano hablaba líricamente de la tristeza de los árboles que no daban frutos o porque algún gafe, con cabezas de sapo en las pupilas de diferente color, los había embrujado (Mercedes, alelada con aquellas increíbles revelaciones), que no, abuelo, que los árboles no padecen de tristeza, ni de aojamiento, pijo, que son las tierras que se ponen más salinas, con tanto vertido químico y tanta mierda que lleva el río, pero, ¿es que no se da cuenta, buen hombre?, y que mata todo lo que pilla por delante: las cosechas, los barbos, las carpas, sólo las anguilas resisten aún esos lodos contaminados, y hasta a nosotros mismos que nos está dejando así, como quien dice, con el culo al aire. Y basta de resignación y de rogativas y de novenas y de hostias, que nos han jodido y bien, durante siglos, y no nos pasa por los huevos seguir haciendo el panocho.

-127-

-Cuando se corrompe un río, con la especulación y los intereses de muy concretos sectores privilegiados, se corrompe simultánea e impunemente todo su entorno - afirmaba, categórico e indignado, Carlos Cases, maestro sin plaza y martillo de alcaldes y señoritos, que andaba con el trasero pegado al sillín de su bicicleta de tanto ir y venir, a base de pedal, profiriendo alarmas y montando espectaculares manifestaciones de protesta.

Mercedes se coló de golpe, en aquel medio arrebataador, con afán solidario, pero por los vericuetos de unas prácticas curativas tan sugerentes como variopintas. Le costó, en un principio, ganarse la confianza de los empíricos en tales destrezas y fórmulas portentosas, pero finalmente se impuso y debutó sacándole el sol de la cabeza a una niña, después de realizar toda una serie de singulares operaciones: puso a hervir agua en un puchero, sobre el que trazó la señal de la cruz, a continuación la vertió en un lebrillo, en tanto murmuraba, por tres veces consecutivas, viva Jesús y muera Barrabás. A los cinco días, el agua dejó de borbotear y a la pequeña enferma se le fueron dolores y mareos. La tía Jacinta que la había iniciado en aquellos remedios, la miró con dulzura, tú tienes gracia, le dijo, y Mercedes supo que estaba aprobada. Aprendió también a romper las indigestiones, midiendo al paciente con un pañuelo y dándole friegas abdominales con aceite de oliva, y a limpiar la palidez de la ictericia, con trocitos de bayeta, nueve trocitos blancos, nueve trocitos amarillos, nueve trocitos negros, en tanto recitaba una simple jaculatoria: Virgen María, tú con tus manos, y yo con las mías. Su padrino Gabriel Escudero, el moribundo más antiguo de todos los tiempos, la obsequió con la edición facsímil de una obra de Josef Gazola, a cambio de tus poderes sobrenaturales, para que esta sangre se me apacigüe de una puñetera vez, mi querida Mercedes, que ya no me quedan caudales para comprar porcelanas, de modo que agonizaré de caprichos que es algo de muy mala educación e impropio de un caballero republicano y católico. Mercedes leyó que Josef Gazola había escrito que las entrañas de la tierra constituían una oficina de minerales saludables y su superficie, una vistosa botica, en los huertos, -128- en los prados y en los montes, y se apresuró a clasificar las plantas medicinales, con la paciencia de un herbolario. Pero fue la Sapa quien habría de introducirla en los arcanos de aquellos encantamientos, en unas confidencias tan inusitadas como luminosas.

Y sin embargo, ni sus conocimientos médicos ni sus esotéricas técnicas, le sirvieron de nada a la hora de recuperar a Leo Ros. A Leo Ros lo conoció en las afueras de

Puebla, una mañana de viento. Le dijo que se encontraba allí investigando el misterio de una lotería invisible. Pero descubriré lo que sea. A Mercedes le aseguraron que había un error mayúsculo, que en Puebla, ni un duro, ¡qué más quisieran ellos!, pero ni un duro, en fin, cosas de los periodistas que se las inventan al vuelo, ya sabe, doctora. Y confió en Práxedes Rabasco.

Días después, Leo le confesó que estaba cansado y deprimido, abandona, le aconsejó Mercedes. No, ya no puedo. Es como un reto. ¿Un reto? Pero él tenía prestigio profesional y dinero y familia, ¿no? Sí, sí, mujer e hijos. Y uno, con casi veinte años, le enunciaría, una semana más tarde, como parapetándose en su paternidad, para resistir ociosamente el acoso de Mercedes. Pero yo he cumplido veintiocho, ¿sabes?, y, por supuesto, no soy virgen, le diría ella, erosionando escrúpulos, momentos antes de hacer el amor, sobre las dunas de Guardamar.

¿Un reto, Leo? Y él: un reto, sí. Aunque no sabría explicarte por qué. Mira, Mercedes, siempre envuelto en desastres, en guerras, en atentados, en zancadillas, y una mañana, escucho, por la radio, que cientos, que miles de millones han caído en una insignificante aldea, abatida por la sequía y la miseria, y me digo: voy a presenciar el origen de un nuevo mundo, así de fácil y de ingenuo, porque deseo escribir sobre la vida y todo eso, será la edad, no sé, pero de pronto me asaltan los miedos y a veces dudo hasta de mi propia identidad. Bueno, pues, tomo el primer avión y me planté aquí. ¿Y ahora, Leo?

Leo Ros miró hacia Puebla, casi desvanecida en un remolino de polvo, recuerdo una historia muy vieja: el hombre corre desesperadamente, por un camino angosto e infinito, y el maestro de postas le grita, al verlo pasar, -129- ¡eeeeeh!, ¿de qué huye?, pero el hombre no responde y se limita a señalar a lo alto. Al día siguiente, el hombre pasa de nuevo, a todo correr, junto a la casa de postas y el encargado le grita ¡eeeeeh!, ¿pero qué persigue?, y el hombre vuelve a señalar a lo alto.

- 8 -

△

Sobre los devaneos y gollerías del muy ilustre canónigo magistral don Nicomedes Gallardo, en el palacio de los marqueses de Peñamora; sobre su encubierto destierro; y sobre la sublime y definitiva ascensión que emprendió a expensas de sus enfebrecidos ardores que se desparramaron generosamente por Puebla del Socorro, como una bendición

Cuando amortajaban el corpulento cadáver de don Nicomedes Gallardo, descubrieron la huella del dedo índice de Nuestro Señor Dios Jesucristo, en su hombro derecho, se miraron de reojo y sintieron todo el bochorno de su honor ultrajado. Más tarde, se consumaría la sacrílega y anónima incineración, después de que el cuerpo semidesnudo del canónigo permaneciera expuesto al escarnio público, bajo las frondosas moreras de la plaza mayor.

Don Nicomedes finó a consecuencia de unas inclementes calenturas y a los diez años de su destierro, en Puebla del Socorro, donde el obispo lo confinó, cubriendo así la vacatura de una parroquia diocesana miserable casi inaccesible y asediada de continuo por bandoleros y gentes de muy sospechosa laya. Bien es cierto que en aquella década, calificada de glorificante, por algunos caladizos, aunque oscuros cronistas, Puebla prosperó como nunca, quintuplicó su demografía puramente vegetativa y hasta se pavoneó de un estandarte, de tapado origen fornicario, con cuatro franjas horizontales de igual anchura y otros tantos colores: negro, blanco, morado y magenta. Negro, por el luto perenne, en nuestros corazones, por cuantos ofrendaron su vida en defensa de los legítimos derechos de aquel grande y providencial monarca que fue Felipe V, de la ilustre Casa de Borbón, glosó don Nicomedes, cuando por vez primera y exacerbadamente hizo flamear el trapo cuadrilongo, ante los embobados feligreses; blanco, como la inmaculada luz que ilumina la fe de esta parroquia -132- de cristianos viejos, bajo la advocación de Nuestra Señora del Socorro; morado, por el sacramento de la penitencia que nos permite reconciliarnos con Dios, hijos del pecado, según se contiene de forma terminante, en el Canon I, de la sesión XIV, del Concilio tridentino; y magenta... magenta, y en llegando al acalorado tinte de aquella ropa de intimidades femeninas, don Nicomedes titubeó y titubearía siempre buscándole un simbolismo etéreo, ya histórico, ya litúrgico, ya mariano, a lo que era, como los otros paños del estrambótico estandarte, un bien merecido trofeo de alcoba. Y magenta, concluyó por la trama de sus saberes ópticos, porque complementa al verde, hijos de la ignorancia, y el verde significa el fruto del sudor con el que irrigáis los campos.

A don Nicomedes no lo desterraron por los galanteos con la unigénita, medio alunada, de los marqueses de Peñamora, sino por las murmuraciones que preludiaban el escándalo. Tanto la astucia como la prudencia episcopal se resolvieron por cierta permisividad, en asunto de idilios de menor cuantía, para no dejar en cuadro al capítulo de la Catedral.

-Mi bien probada tolerancia, en lo concerniente a determinadas y transitorias debilidades de la carne, se encastilla de intransigencia y severidad, cuando las dichas debilidades ponen en peligro las buenas costumbres del común de las gentes y conmueven sus sólidas creencias religiosas.

El canónigo aplicó el oído a la monserga, con ademán afectado, respetuoso y dócil. Tras una pausa de meditaciones, arguyó tímidamente:

-Entendiéndolo así, apelo a la generosa benevolencia de su ilustrísima, pues, al respecto y en mi descargo, con la mayor humildad, declaro no solo infundadas, sino difamatorias todas cuantas imputaciones se me formulan, con el torcido propósito de buscarme el descrédito y la perdición -alborotó el aire atufado de la cámara, con unos pases histriónicos-. ¡Vana empresa!... Como confesor de tan noble familia, que me honra con su confianza, frecuento aquel palacio, pero mis relaciones con la joven y desdichada heredera se reducen meramente a tiernos e -133- inocentes juegos, cual corresponde a su edad y a su delicada salud, y a mi sagrado ministerio.

El prelado acarició su anillo pastoral, abstraído y vacilante. El rumor del embarazo de Marcela y de su presunta autoría, había alcanzado ya la Corte, donde los marqueses de Peñamora gestionaban valimientos, para sacar a flote una hacienda en precario. La grave situación podía degenerar en tumulto escandaloso. De manera que se decidió por

cursar los trámites pertinentes y depositar el desazonante asunto en manos de la institución que, en definitiva, debía dilucidarlo. Guardó, no obstante, la mayor discreción y puso en pie toda su finura diplomática, con ánimo de no avivar los sutiles enfrentamientos con el cabildo, y, muy en concreto, con su solapado y codicioso deán, tan proclive a la gula como a la intriga. Por eso, sosegada y ajuiciadamente, replicó:

-Vuestras razones son, sin duda, decorosas y elevadas, en justa correspondencia con la dignidad que merecidamente ostentáis. Sin embargo, en atención a las mismas, guiado tan sólo por mi celo apostólico y paternal, y con objeto de preservaros de maledicencias e iniquidades, os aconsejo un pasajero retiro, en la seguridad de que habréis de servir la causa de Dios, con el ardor y la sapiencia que os adornan, allí donde he dispuesto enviaros con mis bendiciones.

Un mes más tarde, partió don Nicomedes Gallardo hacia Puebla del Socorro, con nutrida escolta de jinetes y dos mulas cargadas de cofres, cajones y bultos. Se juró solemnemente que, en medio de las Pías Fundaciones de su admirado cardenal Luis Antonio Belluga, él trataría de emular la gesta de tan insigne prócer.

Casi doscientos años después de aquellos acontecimientos, Gabriel Escudero, escéptico y moribundo de oficio, comentaría a su ahijada y a Leo Ros:

-Curioso, muy curioso el tal purpurado que, antes de crearlo así, *motu proprio*, Clemente XI, según hago memoria, asaltó Orihuela, al frente de los ejércitos borbónicos, y recibió de la ciudad conquistada, un extenso distrito de ciénagas. Sí, Belluga lo desecó y lo colonizó, una vez ~~-134-~~ lo hubo puesto bajo su jurisdicción, incumpliendo sus promesas, porque tenía la espada.

Gabriel Escudero apuró su taza de té verde y le preguntó a Leo, por cortesía, si se interesaba por todos aquellos enredos, aunque ni siquiera aguardó su respuesta.

-Fue, efectivamente, una obra de titanes o de penados, fertilizar tierras salobreñas y pantanosas. Penados y hasta esclavos guineanos, si bien no está esclarecido este último dato, fueron quienes le escribieron renglones de gloria a Luis Antonio Belluga, por entonces muy ocupado en los negocios del virreinato y de la capitanía general de Valencia. Luego a sus colonos, les arrancarían nada menos que la cuarta parte de las cosechas -sonrió, en tanto repostaba alientos-. De los Peñamora ¿qué quieres que te diga Mercedes? Un solar ilustre que se extinguió y donde, ahora, se alza un edificio insoportable de cinco pisos.

Recordaba imprecisamente alguna lectura de pasada, en el archivo parroquial, quizá en el de Santiago o en el de las Santas Justa y Rufina, quizá también, ¡tanto tiempo ya, querida Mercedes, tanto!, en acta o en protocolo de notario, lectura acerca de las aceleradas y sigilosas nupcias de una Peñamora, apenas núbil y falta de juicio, con un insignificante escribano, pero te repito que la stirpe se desmoronó, sin demasiados aldabeos, muy probablemente a raíz de aquel matrimonio de la mano izquierda.

-Con respecto a ese fecundo canónigo... ¿Nicomedes Gallardo, dices?... no sé nada en absoluto y hasta dudo de su misma y excitante existencia.

Leo Ros dejó temblando la botella de jerez, mientras el anfitrión les mostraba una valiosa custodia de plata.

-Lleva la marca del orfebre Juan Antonio Domínguez y perteneció a los Peñamora.

De regreso a Almoradí, se detuvieron en Jacarilla, en la margen derecha del río, porque Leo sintió de pronto la necesidad de pasear bajo la luna menguante de febrero. Pero esa historia, murmuró, es como un allegro corrompido de Vivaldi.

-¿La de Marcela y don Nicomedes?

A Leo se le veló la película inexplicablemente, en dos ocasiones, cuando metió a la Sapa en el objetivo y disparó -135- su *canon*, zas zas zas, el motorcito de arrastre entre los álamos, ya se lo advertí, don Leo, la Sapa no sale en los retratos, le amonestaría luego Tónico Cañizares.

-Todo esto me resulta disparatado.

Y, sin embargo, Mercedes desveló la irónica paradoja de Gabriel Escudero: aquella delicada pieza de orfebrería sacra la regaló, casi dos siglos antes, el canónigo don Nicomedes Gallardo a la familia de los Peñamora, para solazarse con los quince desvariados años de Marcela. Lo contó la Sapa, le garantizó Cuatro Santos Coronados, después de consultar un libro de grecas doradas, decorado con primorosas calcomanías de flores exóticas e iridiscentes, y escrito con letra de amanuense de epístolas de amor.

-Un chisme más, sin fundamento alguno -comentó Leo Ros.

-¿Y lo de tu lotería?

La Sapa lo contó, en el curso de su parlamento, iniciado el Viernes Santo de 1970, y en el que habría de invertir ciento nueve horas, cinco minutos y dieciocho segundos, con dos décimas, como si fuera una trova interminable, apostilló el vendedor de bagatelas. Contó que doña Eduvigis había examinado minuciosamente la custodia que le entregara el canónigo magistral del capítulo.

-Su artística platería iluminará vuestro oratorio, señora.

La anciana dama acarició, con sus dedos casi ornamentales de mayólica, la marca que identificaba el espléndido objeto como obra del toledano Juan Antonio Domínguez.

-Pero yo no debo...

Don Nicomedes colapsó la fragilidad de ciertos escrúpulos, con la retórica adiestrada y persuasiva del predicador prebendado, permitidme, señora, que os recuerde la dolorosa y sensible situación que atraviesa vuestro esclarecido linaje, y alabó su consumativa entereza dedicada a mantener y restaurar palacio, heredades y títulos pontificios, tras el deleznable baluarte de unos damascos y terciopelos, ya en abierto deterioro.

Pero aún insistió doña Eduvigis, en el relicario de la saleta abigarrada de cerámica rosa *pompador*, de rocallas, -136- de cristales venecianos, de bandejas de porcelana de Delft, pero yo no debo, aún insistió, al unísono del leve eructo agridulce de membrillo confitado.

El eclesiástico, confesor y consejero del espíritu, titular de la capilla de los Peñamora, verificó un pase ritual y oferente con sus manos.

-Aceptadla, señora, en nombre de vuestra nieta.

Una fugaz crispación alteró el semblante sereno y severo de doña Eduvigis. ¿En nombre de mi nieta?, y preguntó mismamente como si preguntara a la desapacible memoria de toda una época inicua y vejatoria. Así es, en el nombre de vuestra encantadora y desventurada nieta, afirmó el canónigo. Y ahora, mi respetable y muy devota amiga, si con ello no os causo turbación alguna, como presumo, concededme licencia, para que personalmente visite a la niña y le enseñe esta magnífica joya, concluyó don Nicomedes, en tanto ponía en pie su arrogante estatura de púlpito.

Por unos momentos, a doña Eduvigis le tembló la barbilla y miró al canónigo, con una mirada antigua de complicidades, sin que el presunto rubor emergiera al pergamino de sus pómulos octogenarios. Se levantó también y destapó un estuche lacado de artefacto musical que emitió un fugitivo *allegro* de sonata.

¿Scarlatti? ¿Albinoni? Y mientras indagaba los acordes instrumentales, don Nicomedes depositó prudentemente unos dineros, en el fondo de la cajita. Mi naturaleza, como la vuestra, tiene servidumbres.

-Pero, mi respetable amiga, ¿debo entender que me otorgáis vuestro permiso? -inquirió, con un imperceptible titubeo.

La anciana accedió. Agitó levemente su cabeza casi calva, en cuya cúspide se erguía una desolada crencha de pelo amarillo y aceitoso.

-¿Y las reglas? ¿Recordáis las reglas?

-Por supuesto, doña Eduvigis, por supuesto -y en tono confidencial, agregó:- Vivaldi. «Las cuatro estaciones», de Vivaldi. Un tiempo precioso, señora, para el deleite de los sentidos.

Y como quiera que la marquesa tratara de incorporar -137- su decrepitud a impulsos del sórdido chalaneo, por Dios, no os fatiguéis, se apresuró, solícito y paternal, el canónigo, con la lascivia transferida al hilo del tapiz de la fábrica de los Van der Goten. Por Dios, que conozco el feliz itinerario. Sólo entonces doña Eduvigis le confió la llave de tres vueltas, entornó los ojos y escuchó los pasos seguros de don Nicomedes, por el amplio salón de las tertulias, de los minutitos y de los pasapiés ausentes, atriles arrinconados y estruendos de carcoma en el auditorio de la fastuosa sillería, todo bajo la copia al óleo rococó de Johann Georg Plazer, con sus hijos en la Corte urgiendo valimientos, meses y meses ya. Tras la densa y agobiante pausa, irrumpió el concierto número cuatro en fa menor y congeló el oprobio, por algo más de cuarenta minutos, un tiempo precioso, señora, para el deleite de los sentidos, y todavía percibió, clave y

violín desajustados, el chirrido de la puerta de la antecámara y el alborozado júbilo de la niña Marcela.

Cuántos pasos, pensó cansadamente, había contado con las cuentas del rosario, para soportar el asedio de los acreedores. Cuántos, desde que recluyeron a la niña Marcela, con sus muñecas y sus ovillos de colores, víctima de un mal aire que se le vino de golpe, sin que doctores ni exorcistas lograran sacárselo de encima, dejándola en el juego de sus pocos años, pero con una impropia e insaciable incontinencia de mujer poseída y desbocada, con el estímulo de Vivaldi.

Por el reloj de bronce, doña Eduvigis supo, entre *gloriaptris* y remotos jadeos, que ya el vértigo tocaba a su fin, que ya era el verano.

-El frío verano de Vivaldi -dijo Leo Ros y se abrazó al cuerpo desnudo de Mercedes.

La misma noche de febrero que el periodista rompió toda su concha de escrúpulos e inhibiciones y le hizo el amor frenéticamente a Mercedes (hasta entonces, ella había llevado la iniciativa), el pedáneo Bienvenido Rufete se levantó a eso de las doce y con mucho cuidado, para no despertar a Rita Senabre, y anduvo, con el legón, trajinando, en la cuadra, durante un par de horas. Por la tarde, viajó a la capital, en la motocicleta, asuntos del -138- cargo, manifestó con desgana, y regresó, para la cena, con unos paquetes muy bien enfundados en plástico y lona, documentos municipales, explicó sin entusiasmo. Cuando terminó el subrepticio ajeteo, a la luz de una lámpara eléctrica, estaba tan fatigado que no advirtió la sombra de su hijo Rufino que interceptó fugazmente el haz luminoso, y se proyectó en el muro de mampostería, por unos instantes. Rufino volvía, como cada viernes, de un puticlub de la costa, después de la casi obligada visita al palacio del placer de *madame* Duchamp, y aún alcanzó a espiar las últimas maniobras de su padre.

Una noche parecida de luna mediada y dengosa, también del mes de febrero, pero casi doscientos años atrás, el alcalde mayor de Puebla del Socorro, Bienvenido Rufete, y un grupo de vecinos le prendieron fuego al cadáver de don Nicomedes Gallardo, en medio de un silencio alarmante. Los incendiarios habían comprobado, de uno en uno, su deshonor, a base de azotes y juramentos, una vez descubierta la huella del dedo índice de Nuestro Señor Dios Jesucristo, en el hombro derecho del canónigo magistral que finó a consecuencia de unas inclementes calenturas. Aquella terrible noche, las ciento cuarenta y ocho mujeres más jóvenes y atractivas de Puebla se pusieron a gritar, al mismo tiempo. Es el apocalipsis, exclamó un tal Maximino Meroño que tenía el don de la adivinanza y que siempre barruntaba un futuro de calamidades.

Pero antes de que el ángel surgido del séptimo sello, siempre de acuerdo con la revelación a San Juan, llenara el incensario de brasas y lo lanzara sobre Puebla del Socorro, con una puntería de campeonato olímpico, provocando un proceso de desastres, que sólo culminaría hacia la primavera de 1983, don Nicomedes Gallardo, durante la década que permaneció al frente de aquella parroquia, predicó arreatadamente el uso del sacramento matrimonial, repobló el lugar, organizó ferias y espectáculos píos, construyó azudes y norias, acequias y azarbetas, se entregó al proyecto de otras más ambiciosas empresas hidráulicas, contribuyó, con sus estudios y consejos, a la extensión y mejora de los cultivos de regadío, y dejó preñadas a centenar y medio de hembras.

-Es la carne, ¡la carne!, la que me aplasta contra el pecado, la carne, y sólo la carne, la que me impide batir las alas del espíritu y levantar el vuelo -se lamentaba don Nicomedes recordando con envidia al frailecico levitador de su infancia mientras se precipitaba desde lo alto del armario ropero con los brazos en cruz.

Y así fue cómo, a lo largo de aquellos diez fértiles años, la mayor parte de los recién nacidos en Puebla llegaron al mundo con una singular marca purpúrea en el hombro derecho. Casi de inmediato, las gentes interpretaron la prodigiosa señal como una bendición de los cielos y la asociaron a los buenos oficios de don Nicomedes, quien no cesaba de incitar a los desposados a que cumplieran generosamente con sus débitos conyugales.

-Os digo: arracad las cerdas de vuestros corazones y el cansancio, de vuestros miembros, y ¡multiplicaos! Todo está en las Escrituras, hijos míos.

Con tanta cautela procedió el canónigo, en sus frecuentes incursiones pasionales, y con tantas argucias y maulas su holgada matrícula de amantes protegió la clandestinidad de los fogosos y bien colmados encuentros, que jamás antes de su muerte, esposo alguno receló de coqueterías y aún mucho menos de infidelidades adúlteras, toda vez que, muy por el contrario, la atinada elocuencia de don Nicomedes y su empeño en ponderar las virtudes y ventajas del vínculo del casamiento, hizo a sus respectivas cónyuges zalameras, insinuantes y sabias y hábiles, como nunca, en los tejemanejes del amor.

Sin embargo, a él, al clérigo liviano y devastador de úteros enfierecidos, de nada le sirvieron disciplinas y ayunos, que por la sinrazón de la lujuria se extraviaba a cualquier hora y en cualquier lecho o corral o paraje recoleto, un día y otro día y el siguiente día también, por mandato imperativo de sus atributos. Es sólo la carne, pues que al mundo y a sus pompas ya los derroté, en ocasión de un viaje a Bolonia. En Bolonia, trabó una corta, pero resuelta amistad, con el jesuita José Francisco de Isla, por entonces en el amargo destierro.

-En el destierro y ya en la disolución de la Compañía, -140- que nuestro general el padre Ricci se ha roto inútilmente la crisma, contra las maquinaciones de Floridablanca.

Mucho le enseñó aquel anciano que andaba entre melancolías y ajes, como encorsetado con un tirabraguero, contra la penosa hernia que padecía.

-Así purgo el pecado de necedad y soberbia que cometí al dedicarme a la literatura de pasatiempo -le regaló un ejemplar del libro ascético *Arte de encomendarse a Dios* y le dijo, en la despedida-: Entregaros al retiro y a la oración, que los negocios profanos no han de contaminar vuestra reciedumbre religiosa.

De tales asuntos, hablaría, años después, con el estrafalario *míster* Henry Swinburne, quien iba, mitad de aristócrata, mitad de aventurero, de un lugar a otro, con su imponente nariz enrojecida de licores, venteándolo todo y de todo tomando notas, y que se metió de sopetón en Puebla, a grupas de un jumento, para encorajinar al personal, con su hermética jerga, a la cual tuvieron por lemosín y al que de ella se valía, por

agente del enemigo austríaco que tantos estragos causara, en unas antiguas guerras dinásticas. La oportuna llegada de don Nicomedes, atraído por el disturbio callejero, libró de una buena tunda al incauto que, en ningún momento, llegó a perder su flemática sonrisa. El canónigo, después de averiguar la procedencia de aquel sujeto y su propósito de escribir un memorándum de viajes por aquellos territorios fluviales, anunció a la feligresía, con la mayor jactancia, que *míster* Henry Swinburne era un ilustre caballero, súbdito de la corona británica y huésped de Puebla del Socorro, a partir de aquel mismo instante. A lo largo de las dos siguientes semanas, don Nicomedes exhibió a su invitado, en las casas más principales, enalteciendo su interés por las obras de riego que él, el canónigo, personalmente había diseñado y dirigido. Con frecuencia, se les podía ver por los alrededores, en animado coloquio. Don Nicomedes le endilgaba unas parrafadas insoportables acerca de sus conocimientos mundanos y de su posterior recogimiento, gracias a la intercesión de un prudente jesuita que le había enseñado la verdad. Henry Swinburne, que apenas entendía nada de todo aquello (agasajos, fiestas, banquetes -141- y discursos) lo soportó, sin embargo, con elegancia y compostura. Sólo, de vez en cuando, decía *¡very chearful!*, lo que proporcionaba a Puebla un cierto aire cortesano y fastuoso, de tal manera que hasta el propio alcalde, Bienvenido Rufete, tan reticente y desconfiado, en un principio, se mostraba muy envanecido de las relaciones del concejo que presidía con un remoto país del extranjero.

Según la Sapa, prosiguió Cuatro Santos Coronados embebido en su libro de oro, con lánguidas calcomanías florales, el inglés o lo que fuera se escabulló, con pertrechos y pollino, de aquel orbe viscoso, una madrugada húmeda y de niebla, cuando ya en los hornos se asaban las calabazas conmemorativas del día de los difuntos, circunstancia que dio pábulo a lúgubres habladurías, pero que devolvió a Puebla del Socorro a sus inveterados ajetreos agrícolas, y a don Nicomedes Gallardo a la lectura edificante del *Arte de encomendarse a Dios*, a los ocultos y siempre desgraciados ejercicios de vuelo en plataforma mística y a las prácticas adulterinas, que la presencia de Henry Swinburne había dejado transitoriamente en suspenso. Y aún transcurrirían muchos meses, hasta que la incidental escala del orante embozado rompiera la rutina de la comunidad y dispensara al canónigo una de las más excepcionales demostraciones de funambulismo disciplinante, de todos los tiempos.

Casi un par de siglos después de los inciertos episodios relatados por la Sapa, Gabriel Escudero, con su peculiar descreimiento, cavilaría:

-Quizá ese tal Swinburne sea el autor de un volumen editado en Londres, hacia 1779 ó 1780, y en el que se elogia el buen pan de la comarca -se sirvió otra tacita de té-. Por lo que se refiere al orante embozado, sólo puedo decirte, mi querida Mercedes, que, por aquella época, se celebró un extraño enterramiento, en el altar de la Virgen de Guadalupe.

Pero la Sapa, en su crónica hablada del Viernes Santo de 1970, dejó bien sentado que Esteban Castelló Iborra se tiró la friolera de veintiséis años hincado de rodillas, -142- sobre la tabla de una mesa invertida y cubierto, hasta los ojos, con una manta de bayeta.

Desnudos en el alba y ya vencidos por las sucesivas entregas, Leo musitó entre bostezos:

-Me parece, Mercedes, que juntos, vamos a ser muy infelices.

Mientras ambos se dormían, Práxedes Rabasco enfiló su moto hacia Guardamar. Era demasiado temprano, pero quería evitar cualquier encuentro inoportuno y aunque a Tónico Cañizares se lo había quitado de encima, con la amenaza de la segadera, unas semanas antes, recelaba de aquel condenado intruso que apenas si le permitía unos instantes de tregua. Le dijo a la Aguedica que iba a cerrar un trato y que estaría de vuelta sobre la hora de comer. Regresó como había prometido, cuando la Aguedica, más exangüe que nunca, tenía a punto un guisado de pelotas con conejo. La joven advirtió a su marido visiblemente tirante, pero no reparó en aquel envoltorio de periódicos que había escondido, en un tris, al amparo del tinajero. Marzo soplaba con avisos de lluvia.

Sí que diluvió aquel mes de marzo de casi doscientos años atrás, de tal modo que la galera en la que transportaban al penitente Esteban Castelló Iborra, siempre en silencio y de hinojos en la mesa colocada del revés, tuvo que salirse aprisa del camino real, porque el río muy próximo se crecía por momentos, e internarse por las recónditas fragosidades del distrito, hasta quedar atrapada en un barrizal, caballerías y hombres perdidos, en medio de la tormenta y de las tinieblas. Fue una suerte que los encontrara el alpargatero Práxedes Rabasco, quien les ayudó a escapar del atascamiento y los condujo a Puebla que distaba acaso un centenar de varas. Cuando don Nicomedes supo lo que ocurría, se hizo cargo de la situación y mandó que depositaran al orante embozado en el templo, para preservarlo así de las torrenciales aguas. Aunque el hedor que desprendía era ciertamente insoportable, el canónigo se pasó la noche observando a aquel hombre prodigioso: permanecía de rodillas, sobre la tabla de la mesa, y se tapaba con una manta roja, de manera que sólo se le vislumbraban los ojos hundidos y -143- febriles, y unos dedos cerúleos de uñas desportilladas e inmundas.

A Esteban Castelló Iborra le pegó el ramalazo penitencial desde su infancia, y al más leve descuido de sus padres, se postraba en cualquier gorrinera, se envolvía todo el cuerpo desnudo en trapos y se daba a la jaculatoria y al golpe de pecho.

-Dios me llama, para mi salvación.

Resultó también inútil que, con los años, el armador don Pedro Maseres y Tutor, buen amigo de la familia y con el beneplácito del párroco, lo enrolase en la tripulación de un navío de su propiedad, por si los vientos del océano lo despejaban de aquellos arrebatos de anacoreta que no se correspondían con su condición de adolescente. Por fin, zarpó «La Sultana» del puerto de Cádiz, con flete para varios atracaderos americanos, y a pesar de las largas y muchas singladuras, no hubo problemas con Esteban, pero, en arribando a Méjico, se las piró y anduvo en paradero desconocido, hasta que, tras una semana de afanosas pesquisas, lo hallaron en una cueva, haciendo oración.

Pero fue bastante después, ya en el domicilio de don Pedro Maseres, en Madrid, cuando Esteban se retiró a su cuarto, puso la mesa patas arriba, se desnudó, se arrebozó con una manta de bayeta, cayó de hinojos sobre la tabla y decidió estarse así de por vida, dedicado a la penitencia. Ni don Pedro, ni los teólogos y canonistas que lo visitaron, sobrecogidos por el portento, consiguieron arrancarlo de su retrainimiento ni con la exhortación, ni con la fuerza, por más pellizcos y pescozones que le propinaron.

-Dios me llama, para mi salvación.

Ante tan obstinada actitud, un fraile dominico se encerró con Esteban, durante cuatro días con sus noches. En la amanecida del quinto, el religioso salió como en un delirio, y, entre balbuceos y risitas, ordenó que le administraran el santísimo sacramento. Jamás nadie supo de que hablaron en aquella abrumadora entrevista.

Por su parte, don Pedro Maseres, muy impresionado por el curso que tomaban los acontecimientos y fiado en -144- la irrefutable santidad de su protegido, se propuso fervorosa y diligentemente ejecutar el mandato del dominico, revistiéndolo, por añadidura y a mayor gloria del Todopoderoso, de toda la magnificencia que el asunto requería. Previno, al efecto, lo necesario y despachó unos billetes impresos de invitación y recordatorio: «Don Pedro Maseres y Tutor Cabrero suplica a VS se sirva asistir a las ocho de la mañana del día 28 de octubre, a la casa de dicho señor, calle de Leganitos, 23, principal, para acompañar a SDM que se le suministrará a Esteban Castelló, metido bajo una mesa, a cuyo favor quedará sumamente agradecido.» La acogida fue espectacular y al solemne acto acudieron eclesiásticos de jerarquía, nobles, eminentes juriconsultos, corregidores y hasta un alto cargo del departamento de Indias, todos los cuales se partieron de allí, después de un refrigerio, entre bisbiseos y algún que otro comentario de admiración rendida al orante embozado.

El mozo de mulas continuó refiriéndole a don Nicomedes cómo su amo y benefactor don Pedro Maseres, ya jubilado de travesías y tráfico, había querido reintegrarse definitivamente a su Orihuela natal, llevándose consigo, aunque en expedición rezagada, a quien tenía por hijo y paladín de la fe en Cristo, y ahora, mi buen señor, andará mustio, por la tardanza, pensándose, quizá, toda suerte de desventuras y calamidades. El canónigo lo consoló y le advirtió que, cuando abandonaran Puebla del Socorro, para dirigirse a su destino, una vez disipada la tempestad, le entregaría un pliego, para don Pedro, certificando adversidades y causas de la tal demora.

Aquella noche de lluvia, don Nicomedes mandó a la cama a criados y arrieros, y se quedó a solas con el penitente. Si el capuchino levitador lo dejó encandilado, en su niñez, el orante embozado lo ponía en el disparadero de la ascética. Tomó una silla y se colocó frente a Esteban Castelló: quería examinar de cerca el fenómeno, escrutar sus reacciones y primordialmente entablar un diálogo esclarecedor que le permitiera descubrir los resortes de una voluntad tan férrea que lo anonadaba. Pero sus ruegos y amonestaciones dieron al traste. Agazapado en su escueto recinto de plegarias, Esteban abdicó de conversaciones y -145- chismes, ya iba para cinco años, y sólo se comunicaba con el mundo exterior, mediante una campanita, según el código establecido por sus más estrictas necesidades y de acuerdo con el número de toques. No obstante, don Nicomedes perseveró en su propósito, hasta que el rumor de las aguas en la techumbre de la iglesia y las vacilantes flamas de la palmatoria lo sumieron en una irresistible duermevela. Despertó sobresaltado por una sucesión de ventosidades y el estampido pastoso de las nauseabundas heces. El orante embozado se le descomponía a chorros, allí mismo, en su parroquia, sin que don Nicomedes, aturdido como estaba aún por el sueño y los pestilentes efluvios, supiera qué hacer, para frenar aquel proceso consuntivo. Esteban Castelló agitó la campanita tres veces y lo miró con sarcasmo, antes de una segunda y más perentoria llamada. Muy apocado por la humillante situación, el canónigo, tras descifrar apresuradamente el autoritario mensaje, limpió la

descomunal evacuación, sin rechistar y tapándose la nariz con la pinza de los dedos índice y pulgar.

Pero durante los días siguientes y hasta que aclaró el tiempo, don Nicomedes Gallardo paseó al orante embozado, desde los maitines a la víspera, en andas que portaban los notables del lugar, entre incienso, ditirambos y motetes, te vas a tragar toda tu mierda, decía don Nicomedes como si fuera una estrofa litúrgica, hasta que de tanto zarandeo y soflamas, el pobre Esteban se derrumbó, en medio del espanto de los servidores de don Pedro Maseres. Sólo entonces el canónigo lo retiró de la circulación y dispuso que se le administraran sinapismos y jarabes de muy dudosa fórmula. A las veinticuatro horas, lo facturó en la galera, hacia la ciudad episcopal, con cielo despejado y a campana tañida. Por ahí te pudras, guarro, murmuró don Nicomedes, mientras impartía bendiciones, con una sonrisa afectada, a la muchedumbre peripuesta y conmovida, por el prolongado jubileo, y que había acudido a despedir al campeón de la penitencia, con flores de crisantemo y semillas de anís.

Pero los santos no sólo son mortales, sino que además unos mueren decapitados; otros, por la lepra o el cataclismo; -146- y algunos, de rodillas, como Esteban Castelló Iborra. Esteban Castelló Iborra murió envuelto en el sudario de su manta de bayeta, sin que nadie se percatara, hasta que hubo pasado un mes. Fue entonces, cuando don Pedro Maseres percibió un tufo a podrido más penetrante que nunca, en la estancia donde tenía expuesto a su protegido, a la veneración pública. En vista de que ni cirujanos ni carpinteros pudieron separar el cadáver de la mesa, se acordó construir una monumental caja de pino de Flandes, en la que se introdujo aquel armadijo de huesos, gusanos y leñame. El pueblo se engalanó de crespones y ropas funerarias y a las exequias asistieron el prelado de la diócesis, dignidades del cabildo, priores, canciller de la universidad, justicia mayor, regidores y síndicos. Esteban Castelló Iborra recibió sepultura, en el altar de la Virgen de Guadalupe, después de ímprobos trabajos de albañilería.

La Sapa dijo que cuando don Nicomedes Gallardo conoció la noticia del fallecimiento del orante embozado, experimentó un súbito embate de melancolía y se dedicó a la captura y clasificación de insectos voladores. La alarma cundió entre sus amantes y Puebla vivió un tiempo abrasado de suspiros. Pero a los dos meses, el canónigo se reincorporó a la refriega del galanteo y del jergón, con unos apetitos venéreos insaciables. Proclamó, una vez más, la virtud de los débitos conyugales y pronto sobrevino una nueva época de embarazos. Don Nicomedes abultó, a toda prisa y como si pretendiera saldar la cuenta de sus orgasmos, el censo de la bastardía local.

Por aquel entonces, debió de celebrarse una prolija e ilustrada conversación entre don Nicomedes y el también presbítero y canónigo lectoral don Marcelo Miravete acerca de las propiedades y uso de la fabulosa máquina fumigatoria para auxilio de los ahogados en las aguas del río Segura y que don Marcelo se hizo traer, desde Cádiz, con todos sus adminículos y piezas accesorias, así como varias latas de unas seis libras de tabaco habano. El encuentro tuvo lugar en el molino de Cox y mientras se resucitaba a un vecino de Puebla, a quien decían el tío Capacho, con friegas de espíritu de vino, sangrías y aplicaciones nasales, con una torcida de papel, de álcali volátil. Sucedió que -147- el tío Capacho se precipitó en la corriente, a primeros de abril, cuando regresaba de jugar a la naranjica y a los trucos, en la taurinería del Arrabal. De inmediato, le pasaron aviso a don Marcelo Miravete que se trasladó al Portillo de Carpio, donde se había

producido el accidente, y consiguió que unos nadadores, con el dinero por delante, rescataran el cuerpo del infortunado. A continuación, envió un mandadero a su hermano de capítulo e interino párroco de Puebla, don Nicomedes Gallardo, para que, en su calidad de persona de respeto y competencia, autorizara y fuese testigo de cuantas operaciones se le practicaran al asfíxico, con el piadoso empeño de volverlo a la vida, siquiera por unos instantes, para que el desgraciado pudiera recibir el consuelo de la absolución sacramental, pues que éste era, en definitiva, el objeto que alentaba las visiones innovadoras y eruditas de don Marcelo Miravete.

En la sobremesa apacible de un domingo, día 3 de abril, casi doscientos años más tarde de que se produjera la dramática experiencia de la máquina fumigatoria, Gabriel Escudero le dijo a Mercedes que sí, que tenía referencias de aquel artefacto y de una extravagante Junta de Piedad que don Marcelo Miravete de Maseres se sacó de la manga y a sus expensas, para darle salida a sus invenciones y desvaríos, y que finalmente mereció el beneplácito del gobernador militar y político de Orihuela.

En la salita de estucos dorados y estatuillas de porcelana de Meissen, había un *cartonnier* de laca sobre el que se levantaba un reloj de cruceta con sonería, que narcotizó de pronto a Gabriel Escudero, dejándolo con la memoria glacial de aquellos episodios: don Marcelo Miravete implorando, cada noche, a *subitanea et improvisa morte, libera nos Domine*, porque le horrorizaba el pensamiento obsesivo de ser víctima del insulto apoplético, de una apariencia de muerte que lo arrastrara, sin embargo, a la podredumbre del sepulcro, sin su artificio mecánico ni sus frascos de fluidos admirables. Bajo el influjo de tales presagios, apresuró los trámites de la Junta de Piedad, algo así como una empresa pionera del socorrismo, indicaría, en el momento oportuno, el ginecólogo de la sangre irreversiblemente degradada. Don Marcelo, pues, nombró médicos -148- titulares, cirujano director de la máquina, nadadores bien adiestrados y hacheros.

-¿Hacheros? -preguntó Mercedes.

El canónigo lectoral y catedrático de sagrados ritos, ceremonias y cómputos eclesiásticos, había estudiado el tema con toda meticulosidad. Hacheros, mi querida Mercedes, hacheros. El propio don Marcelo lo dijo: como puede ocurrir que la desgracia de ahogarse suceda en noche oscura, como varias veces acaece, y por consiguiente precisarse entonces la luz, para que los nadadores mejor se manejen, destino desde luego por hacheros, con cinco libras de salario, a los convocadores.

-Los convocadores tenían por encargo avisar más que aprisa, a las autoridades y a los nadadores de la Junta, si veían caerse a alguno en el río, en las acequias o en los pozos.

Ya casi a punto de emprender el regreso a Almoradí, su padrino le regaló un ejemplar, en edición facsímil, de un libro de Josef Gazola. Fascinada por el relato de aquel curioso ingenio, para restituir a la vida a los sofocados por las aguas o por los vapores crasos de lagares y carboneras, a Mercedes se le hizo corto el camino. Leo Ros se encontraba en su alcoba, algo taciturno, pero lúcido. Después de las recientes escaramuzas con las ranas de Los Almarjos, de los excéntricos debates sobre el verdadero nombre del Segura y de la demolición de su automóvil, los comportamientos de Leo resultaban sorprendentes. Pero aquella tarde dominical y sosegada, no confundió

las cosas ni se le alteraron los humores, muy por el contrario escuchó plácidamente la historia de don Marcelo y de su máquina de componer milagros y hasta comentó la posibilidad de redactar una amena antología de alucinaciones y desmesuras. Pasearon, luego, por una vereda y Leo le repitió sus primeros ejercicios periodísticos, precisamente en la capital de la provincia, veintimuchos años antes, cuando se inició su irresistible ascensión, disculpas, querido Bertolt, su larga ascensión, por las largas piernas de gacela de Elsa, de Elsitá, sumergidas en un excitante baño lunar, hasta las mismísimas bragas de acalorado tinte magenta, y por el largo trago de gin de un increíble Trevor Howard, rumbo -149- a la isla de Tabarca, también con Pedro Armendáriz, en un carguero de bandera griega, ¿o británica?, fletado por una productora británica, ¿o griega?, para una revista cinematográfica, a la que seguiría, resumiendo, la delegación, en París, de un hermoso disparate *underground* que le permitió vulnerar la intimidad de los jardines del Elíseo y la arrebatada *grandeur* de De Gaulle que memorizaba, como un colegial, sus discursos electorales, para, por último, instalarse en Nueva York, ¿te he hablado de sus amaneceres de cinabrio?, y desde allí, volar a todos los confines del mundo, ¿te das cuenta, Mercedes?, a todos. Y un 22 de diciembre me planto en esta comarca, muy ilusionado, ¿sabes Mercedes?, y comienzo a buscar cientos, miles de millones de pesetas que se ha dejado, en el número siete, la loca fortuna de la lotería, y, ¿para qué, Mercedes, para qué?, para enredarme en el silencio, en la mezquindad y en la discordia, y ¡¡brrrruuummmmm!! un *uppercut* al repugnante enanito maricón que me esquiva, una vez y otra, cuando ya creo que está K. O.

Llegaron a las inmediaciones de Puebla del Socorro, justamente donde se conocieron una mañana de viento, y vieron que venía el tío Capacho, por la vereda, y Leo Ros sufrió un repentino escalofrío y le dijo que se fueran, vámonos, Mercedes, vámonos. El tío Capacho pasó de largo, restablecida su reputación de maestro en el juego del dominó, en el antiguo feudo de Daya Nueva, tras las ruidosas derrotas que le infringiera don Erasmo Figueroa, en complicidad con sus gemelos, a todos los cuales se las tenía juradas, por sus difuntos, incluyendo a aquel antepasado cuya imagen aureolada le desbarató la Sapa, en su alocución del Viernes Santo, del 70, aunque él afirmaría que, con su progresiva sordera, tan sólo percibió como un rezo.

-De modo que le metieron una cánula por el culo y le inyectaron humo de tabaco habano, ¿no es así?

Mercedes le replicó con las mismas descripciones de Gabriel Escudero y le preguntó, con un mohín de fingida depravación, si acaso pensaba sodomizarla, como a Mariana la de los incestos y aberraciones. Leo se encogió de hombros y recordó sus experiencias con una tailandesa -150- esfínter elástico, mientras estornudaba el fósforo americano vertido en las selvas de xanu, de paso hacia San Francisco, en un vuelo espectral de licor irisado del arroz.

Fue aquélla la última ocasión en que estuvieron juntos. La Sapa se lo había advertido: ese hombre se acerca de muy lejos y va más lejos todavía: visitador de moribundos, por los siglos de los siglos. Irradiaba de caricias Mercedes, en un crepúsculo de miel rosada, y de pronto Leo se demudó y le barajó el nombre.

-Déjame en paz, Phoebe, déjame en paz, te digo -sentía el dolor terebrante de una aguja hurgándole el cerebro.

Todo resultó ya ocioso: su maletín de médico abigarrado de papelitos con ensalmos y conjuros, los remedios de Flora Ferri, la de la cruz de Caravaca en el paladar, las recetas para el ojo del tío Churrispas, el pañuelo violeta de seda natural que le anudó en torno a la frente, y que le proporcionaba una truculenta pinta de pirata. El lunes, día 4 de un abril acre y desapacible, Leo Ros se lanzó al asalto definitivo de Puebla del Socorro.

-Cogeré al general Hollinsworth por sorpresa, Phoebe.

No sabía que Bienvenido Rufete y sus aliados le habían tendido una emboscada, tras la abominable traición de Cuatro Santos Coronados Barragán Illescas. No sabía, ni tampoco sus enemigos, que se iba a cumplir la desoladora profecía del tío Maximino Meroño, frustrado remendón de anales, cuando agonizaba. Leo Ros avanzó como si corriera al encuentro de una deseada autodestrucción: veintimuchos años después de que escribiera su crónica inaugural supo confidencialmente que sólo lo leían los analfabetos.

También otro 4 de abril, pero de casi dos siglos antes, en presencia de don Nicomedes Gallardo, de acuerdo con el mapa y con las instrucciones adjuntas para el gobierno de la máquina fumigatoria, reventaron al tío Capacho, tahúr de oficio y vecino de Puebla del Socorro. Previamente, se le administraron diversos métodos para sacarlo de la asfixia: aplicaciones de álcali volátil, friegas con espíritu de vino, insuflaciones de aire por la boca, sangrías y paletadas de estiércol hasta la cabeza. Por eso, cuando don Marcelo Miravete se percató de que ya muy poco quedaba -151- por hacer, y con la debida licencia de don Nicomedes, tomó la embriagadora decisión de armar el mecanismo y de probarlo con aquella víctima propiciatoria. A partir de entonces, todo discurrió con celeridad y aturdimiento. El cirujano y sus ayudantes acostaron el cuerpo desnudo del tío Capacho del lado derecho, prendieron el tabaco habano colocado en la pipa del artificio, introdujeron la cánula del tubo de fumigar por el ano del asfíxico y accionaron los fuelles. Poco a poco, poco a poco, recomendó don Marcelo, con el rostro radiante de emociones, y ahora, continuó diciendo magistralmente el humo penetra por los intestinos, comprime los pulmones y obliga al aire que contienen a salir por la traquea.

De pronto, el cuerpo se arqueó, expelió un viento sordo y desplegó los párpados.

-¡Ya vuelve! ¡Ya vuelve! -exclamó, en un puro júbilo, el presbítero versado en tan sugestivas artes.

Aquel grito contagió a los subalternos que prosiguieron con renovado ímpetu las operaciones, hasta que el tío Capacho empezó a llenarse de burbujas: se le inflaron el pecho y el vientre, y abrió la boca como un pez. Dios mío, lo conseguí, murmuró don Marcelo, me parece que quiere evacuar sus pecados. Pero no eran precisamente pecados lo que evacuó, sino excrementos y lodos. Por último y ante la mirada atónita de los presentes, al tío Capacho se le dispararon los ojos de sus órbitas, mientras por todas partes arrojaba columnas de humo, como si fuera un dragón. Lentamente, el cuerpo del ahogado se encogió igual que un pellejo, entre convulsiones y chasquidos, hasta convertirse en un desperdicio. Espantados por el malogro de la experiencia, ambos canónigos entonaron unos responsorios fúnebres y lo signaron con óleo, por si acaso alentaba aún un rescoldo de vida.

En tanto don Nicomedes se hacía cargo del cadáver, para trasladarlo a la parroquia de Puebla, don Marcelino Miravete apóstol de la nueva y conturbadora época, se enzarzó en un intrincado maremágnum, con el cirujano y los ayudantes del cirujano, acerca del perfeccionamiento del tinglado neumático.

Tan pronto como rindió el luctuoso viaje, al ritmo pausado -152- de la parihuela donde cargaron los restos de aquel perdulario, jugador de azar y putañero empedernido, don Nicomedes, aplanado por un acuciante sentimiento de culpabilidad, mandó al sacristán que repicara las campanas a difunto y contrató a una tropa de plañideras de oficio, para que se desgñaran de tanta aflicción y se montaran un griterío por todo lo alto. Después del pésame y de unas cicateras explicaciones a los deudos, y con la feligresía bien colmada, don Nicomedes se encaramó gravemente al púlpito y, con tono elegíaco, clamó:

-¡Como un hombre!... El tío Capacho ha muerto como un hombre, reconfortado con la extremaunción. En verdad os digo que las generaciones venideras habrán de enaltecer y seguir su ejemplar conducta de héroe del progreso y mártir de la ciencia.

Una semana después del *réquiem*, el canónigo visitó a la viuda que disfrutaba de una espléndida y vehemente madurez, y la consoló, en el lecho, hasta la misa del alba.

Unos doscientos años más tarde, se esclarecerían las misteriosas circunstancias que rodearon aquella tragedia: Maximino Meroño, muy consternado, repetiría entonces que la historia era asunto de nigromantes, mientras el tío Capacho se refugiaba en su sordera, para mitigar el sonrojo de las recién destapadas miserias de su antepasado, a quien siempre recurría, para alardear de apodo antiguo, limpio y conspicuo.

Pero durante la llamada década de los copiosos débitos y embarazos matrimoniales, Puebla del Socorro conoció ciertamente un apogeo tan rutilante como ya nunca jamás volvería a conocer. Hubo zureos de hembra en celo, códigos de amor correspondiendo, natalicios a mansalva, embajadas de poderosas naciones de ultramar, audiencias y recepciones de venerables penitentes, rogativas y solemnidades litúrgicas con profusión de turiferarios y monaguillos, espectáculos profanos, con fuegos de artificio y suelta de vaquillas, encauzamientos de aguas y otros ingenios hidráulicos, para domar las soberbias crecidas del río, enfrentamientos de la milicia local con las bandas de indeseables merodeadores, batallas florales y cerca de siete mil sermones memorables. En aquellos tiempos de mudanzas -153- y prosperidades, Puebla fue, bajo la sabia batuta del canónigo don Nicomedes Gallardo, como una incógnita sede prelatia y un territorio abonado de prodigios, tan fértil que en ninguna otra parte del mundo se podía contabilizar tal cantidad de milagros y apariciones miríficas, por pie cuadrado, según los cómputos verificados por el propio don Nicomedes, quien justo al cumplirse el décimo aniversario de su destierro, finó a consecuencia de unas repentinas e inclementes calenturas.

De nada le sirvieron los recursos de la medicina ni de las públicas y fervorosas plegarias, en cosa de tres días la palmó, sin que lograra adquirir la virtud angélica del vuelo, como el frailecico levitador que lo dejara maravillado, en su niñez, a pesar de todas las tentativas y descalabraduras que cosechó en la denodada empresa. Cuando sus más allegados le amortajaban el corpulento cadáver, descubrieron, en su hombro

derecho, la huella del dedo índice de Nuestro Señor Dios Jesucristo, se miraron de reojo y sintieron la tremenda vergüenza de su honor mancillado.

Poco más se sabe del tenebroso episodio. Se habló también de unos vientos de artimaña que abrieron todos los postigos y puertas de todas las casas y revolicaron todas las alcobas de Puebla y susurraron todas sus intimidades. Eran vientos que venían de muy lejos y que se iban aún más lejos, transportando calamidades e infortunios. Pero aquella noche, se hizo un silencio inusitado mientras ardían los despojos del canónigo, bajo las frondosas moreras de la plaza mayor.

Cuando llegaron las autoridades eclesiásticas y civiles, no quedaba ni el menor rastro. Los vecinos de Puebla del Socorro declararon que don Nicomedes Gallardo se había subido por los aires, en cuerpo y alma, como siempre anunció.

-[154]- -155-

△▽

- 9 -

Declaraciones que constan acerca de los siniestros habitantes de «Villa Soberana», a las que se sucedieron las estratagemas que habrían de culminar con la captura de todos los individuos de la tribu, incluyendo el gran danés Sitting Bull y al hombre negro llamado Bumba, así como la sensacional identificación de los mismos

Desde muy niña, Rosa de la Luz fue objeto permanente de ajetreos, traslados y préstamos. Cuando se divisaba una tormenta con trazas de aparato eléctrico o venían las nubes del pedrisco, la cogían en volandas y se la llevaban a todo meter fuera de sus tierras. Detrás corrían vertiginosamente los nublos, se acumulaban sobre su cabeza y le soltaban las baterías de rayos y truenos, sin que jamás ni una sola chispa la hubiera rozado. Rosa de la Luz salía indemne de tan arriesgadas pruebas, si bien sus ropas exhalaban un fuerte olor a ozono y a chamusquina. Aquella propiedad salvó muchas cosechas y atrajo la atención de físicos y meteorólogos. Un sabio comarcal la investigó a fondo, por ver si en su organismo residía algún principio o sustancia capaz de repeler las descargas atmosféricas. Pero el reconocimiento resultó un chasco: el don de Rosa de la Luz tenía, sin duda, origen sobrenatural. Su fama llegó más allá de los límites del reino, tan lejos que cierto día de una Gran Guerra, se presentaron tres militares italianos con el propósito de comprarla: estaban convencidos de que la rara criatura los preservaría de los obuses enemigos. El padre les plantó cara y les dijo que les iba a dar un garrotazo, mientras un grupo de vecinos armados, uno de ellos con una vetusta escopeta de pistón, terminaba poniéndolos en fuga, por aquellos parajes acuáticos, de manera tan afrentosa que, treinta y tantos años después, un cronista anglófilo y apologista a ultranza de la Vega Baja, escribiría muy en secreto que lo de Guadalajara del -156- 37, no fue más que una copia en miniatura de la épica hazaña que protagonizaron los hombres de Puebla del Socorro. A Rosa de la Luz se la podía dejar de baldes o bien mediante el pago de un alquiler de cuarenta reales, según el estado de

las relaciones de vecindad, a otros pueblos y heredades del contorno, pero nunca feriarla y aún menos a gentes del extranjero, por cuanto se la tenía por patrimonio popular y póliza de seguro colectivo contra las eventualidades de la chubasquería.

A todo esto, Rosa de la Luz se lo pasó en grande durante su infancia y parte de su juventud, siempre de aquí para allá, con zalamerías y mimos, a grupas de una yegua o acomodada en un cabriolé, siempre con prisas y entre agasajos, siempre envuelta en las serpentinas deslumbrantes del relámpago y del granizo, pero a nadie se le ocurrió pensar que, con el tiempo y de tanto y tanto abatir tempestades, a Rosa de la Luz le medró un universo adolescente y exclusivo: sólo escuchaba el suave rumor de la llovizna precursora o el estampido descomunal del rayo; sólo veía los grises desvaídos del celaje o la viveza de las llamaradas súbitas que bajaban del nublado; sólo percibía el leve aroma de la huerta húmeda o el activo tufo del árbol achicharrado. No sabía ninguna otra sensación, en medio de aquel universo elemental e implacable, de aquel universo que la obnubilaba progresiva y fatalmente, hasta reducirle la cordura a cenizas, cuando una centella brillante y de color azul turquí como una cinta de pámela, le fulminó al novio, entre sus brazos y se quedó prendida del aire, igual que si danzara una mazurca de desvaríos. Por entonces, Rosa de la Luz había cumplido la mayoría de edad y el novio regresaba de pelear con los moros del Rif, sin un rasguño, gracias al «detente bala» sobre el Corazón de Jesús que ella le había bordado, al conocer el destino de su regimiento. En las postrimerías de un octubre inestable y aciago, ya con las amonestaciones matrimoniales publicadas y el tafetán de las bodas en el costurero familiar, se les echó encima un cerrado *pandemónium* de retumbos y comenzaron a caer piedras como huevos de paloma, sobre los alcachofales. A la pobre Rosa de la Luz que se encontraba en las segundas y gozosas pruebas del -157- traje nupcial, la cargaron, con apresuramientos, a hombros y la abandonaron, en medio de un rastrojo, con las enaguas de percal tan sólo. Al enterarse el novio de la tremenda situación, y todavía con la licencia de las escaramuzas africanas en el bolsillo, lanzó un grito patriótico y arremetió contra la tormenta con los mismos bríos con que arremetía contra las cabilas de Ab el-Krim. Llegó en un santiamén junto a la desventurada y la cobijó, con ternura, en su veterano pecho de soldado, momentos antes de que el rayo lo convirtiera en un montoncito de carbón orgánico. Cuando, al fin, escampó, Rosa de la Luz anduvo recogiendo fulguritas. Más tarde, con aquellos rulos silíceos vitrificados por la chispa, se compondría una gargantilla de soledad.

Y así vivió otros cincuenta años de servicio al prójimo y de la muy escasa limosna que recibía, siempre abnegada, siempre entre trajines y desplazamientos, siempre arriba y abajo del curso del Segura, con los padres muertos desde 1973 (tan pundonorosos en la cosa de las lealtades que también se conchabaron para morirse el mismo día y a la misma hora), y los dos hermanos cada uno por su lado y casi desconociendo la existencia de Rosa de la Luz, a quien la vejez y la última y contumaz sequía le otorgaron la excedencia forzosa.

Cuatro Santos Coronados Barragán, valiéndose de los datos y testimonios que le habían facilitado Bienvenido Rufete y el tío Capacho acerca de las frecuentes e involuntarias correrías de Rosa de la Luz, llevó a efecto una serie de operaciones, en la diminuta calculadora de cristal líquido, *made in Singapore*, al término de las cuales aseguró, ante la estupefacción o la incredulidad de sus contertulios, que Rosa de la Luz, benefactora y, con todos mis respetos, bien semoviente de Puebla del Socorro, añadió, podía haber hecho nada menos que catorce viajes de ida y vuelta a Pekín, en lugar de

tanto paseo por la comarca, ahuyentando meteoros. Cuatro Santos Coronados, de costumbres sobrias y moderadas en lo concerniente al alcohol, se bebió dos litros de cerveza, la tarde del 15 de junio del 77, después de asomarse a las urnas electorales, por vez primera. El domingo anterior, es decir, el 12, subastó -158- el voto, cuando la taberna estaba atiborrada de gente que comentaba las alineaciones de las candidaturas, y le sacó treinta duros a una coalición de regantes, no recordaba ya, ni tampoco le importaba demasiado, si de la margen derecha o de la izquierda. Con aquellos treinta duros, puso en marcha todo un ingenio de apuestas políticas, sedujo en tropel a los habituales clientes de las timbas de monte y bacará, y se embolsó tantos o más dineros que con la fabricación y venta al detalle de una espejeante y embriagadora brillantina que provocaría dramáticas calvicies, cuando la fiebre loca del travoltismo. En octubre del 82, y tras las sensibles pérdidas sufridas en el negocio de los fornicios al ojeo, subastó de nuevo su voto y se lo adjudicó la misma coalición de regantes, pero reconstituida, por quinientas pesetas. La democracia es mano de santo, se dijo, e invirtió aquellos caudales en la construcción de una ruleta, en cuyas casillas radiales figuraban, en vez de números, los nombres de los presuntos senadores por la circunscripción provincial, sobre los reglamentarios negro y rojo, según. En medio de la barahúnda de la megafonía móvil, de las verbenas doctrinales, de los mercadillos de chirimbolos y literatura de dogmas, consignas y símbolos, de toda una dialéctica apabullante y clamorosa, el garito ambulante del chamarilero hacía la ruta de los meritorios a la cámara alta, llevando detrás dos camiones cargados hasta los topes de jugadores empedernidos. Oficialmente y a la vista de los escrutinios, los socialistas se ganaron el gobierno de la nación, pero Cuatro Santos Coronados Barragán cerró la campaña con una fortunita en su libreta de ahorros. Como primera medida y con objeto de cancelar la amenaza de aquella disciplina inglesa que de sólo pensarlo le producía escalofríos, se armó de valor y se presentó en el palacio del placer, con una pulsera de bisutería fina y una orquídea para *madame* Duchamp, en señal de desagravio y capitulación. Muy ufana, *madame* Duchamp descorchó una botella de vino espumoso, brindó con su antiguo adversario y aceptó la delicada ofrenda, para finalmente invitarlo a pasar la noche con una de sus chicas, verás como tira mejor que ese chisme tuyo de vidrios. Cuatro Santos Coronados no volvió -159- nunca al palacio del placer. Muchos meses más tarde, se sorprendería con la noticia de su clausura y de la rauda desaparición de *madame* Duchamp, y comenzaría sus indagaciones, en torno a tan inesperado suceso.

Pero unos días antes del ejercicio del sufragio universal, se desencadenó un verdadero diluvio sobre la región, el río creció unos palmos y las nubes densas y violáceas descendieron por los glacis de la sierra de Orihuela. A Rosa de la Luz la metieron a empujones en un taxi y estuvo durante veinticuatro horas, nueve minutos y trece segundos, dando vueltas y más vueltas a toda la Vega Baja. Rosa de la Luz apretaba contra su corazón una cajita de mimbre con la ya descompuesta gargantilla de piedras del rayo que volatizó a su bizarro y único pretendiente. La soltaron cuando aclaró el tiempo. Cuatro Santos Coronados Barragán, quien cronometró con su proverbial precisión el período de zozobras y apuros, actualizó los cómputos y puso al corriente su libro de campeonatos y odiseas.

-Por ejemplo, con estos itinerarios, Rosa de la Luz ya hubiera cubierto de sobra su decimoquinto viaje a Pekín y aún tendría un saldo a su favor de ciento cuarenta y seis kilómetros.

-Es posible -admitió el pedáneo Bienvenido Rufete-. Pero apenas si le funcionan las pilas.

Sin embargo, Rosa de la Luz escucharía a la Sapa, como el suave rumor de la llovizna precursora, en la madrugada del 16 de diciembre próximo: durante siete noches seguidas he soñado con los siete pecados capitales. Y la volvería a escuchar, pero como el estallido descomunal de la centella, una semana antes de la muerte de la Aguedica: que nadie vuelva ya a comer fruto de ti. Por entonces, sus hermanos acudieron a visitarla, muy solícitos y preocupados por sus achaques, y terminarían llevándosela de allí, para siempre y con el estuche de mimbre lleno de fulguritas, cuando los velatorios de la joven esposa difunta de Práxedes Rabasco. Por el polvoriento camino, se cruzaron con dos automóviles: el primero, con el pasaje a la intemperie y un cofre enorme, en la parte trasera; el segundo, oscuro y largo, como un furgón de -160- cola. Un poco más adelante, vislumbraron al tío Capacho que andaba como sonámbulo.

-Han regresado. Los malditos han regresado -balbució el tío Capacho.

Bienvenido Rufete no perdió los estribos. Tenía que presidir la ceremonia del sepelio, con todo empaque; luego, formularía la correspondiente denuncia contra los intrusos, socios de la francmasonería o de alguna otra secta criminal; por último y con carácter irrevocable, renunciaría a su cargo y abandonaría Puebla del Socorro. En fin, cada cosa a su aire: había que proceder con orden y mucho tiento.

Cuando salían del cementerio, se produjo un sobresalto colectivo: a unos cien metros, inmóviles y espionando la comitiva, se encontraban don Erasmo Figueroa, sus hijos Isaías Dallas y Jeremías Kansas, y el gran danés Sitting Bull. Os la vais a cargar, por herejes y fisgones, masculló el pedáneo.

Un par de días después, se presentaron en el cuartelillo de la Guardia Civil, acompañados por don Felipe Ruiz de Peñamora quien en su condición de licenciado en Derecho les prestó los convenientes consejos legales. Los recibió un sargento obeso y de porte desgarbado, con un mata moscas que de vez en cuando agitaba enérgicamente sobre su cabeza, mientras canturreaba entre dientes. No hizo mucho caso de las relaciones preliminares acerca de «Villa Soberana» y de sus propietarios, los Pardines O'Donnell, que se largaron a Suiza, tras la proclamación de la República, ni siquiera se interesó por el ídolo que los sospechosos habitantes de la solariega finca habían plantado en el jardín. El sargento estaba más que harto de las historias de Puebla. De pronto, dio un brinco increíble, atizó un mandoble sesgado y derribó al moscardón. Soltó un resoplido, se limpió el rostro de sudores con el pañuelo y los miró con una expresión risueña.

-Continúe usted, por favor, continúe.

Bienvenido Rufete le habló de las artes mágicas de los forasteros y de su facilidad para el disfraz y el travestismo, de los mapas de países paganos y de una hermosa mujer que se paseaba en cueros por el zaguán, y finalmente -161- de la conversación que mantuvo don Erasmo con uno de sus hijos, en la taberna de Puebla.

-Debió de ser el 20 o el 27 de noviembre, un sábado seguro, mi sargento.

En aquella ocasión, el joven le dijo textualmente que había liquidado a un tal Marotti, de dos disparos. Recordaba, como si aún lo estuviera viendo, que don Erasmo ni se inmutó ni dejó la lectura del «ABC», sólo bostezó y le reprochó su mala puntería, luego, y sin darle la menor importancia, le preguntó por el cadáver.

-Está tendido y caliente, en medio del camino. Creo que eso fue lo que le contestó mi sargento, que todavía estaba caliente y en medio del camino.

Entonces don Erasmo chasqueó los dedos y se dirigió a su otro hijo que formaba pareja con él, en la partida de dominó, y le ordenó que se apresurara.

-Apresúrate y sepulta el cuerpo de Marotti, cuanto antes. Creo que eso fue lo que le ordenó, mi sargento, que sepultara el cuerpo de Marotti y que concluyeran de una vez con aquel repugnante asunto.

El sargento se levantó, le sacudió otro palmetazo al moscardón que aleteaba por el suelo, lo echó a la escupidera e interpelló al tío Capacho.

-Oí alguna frase suelta, mi sargento, porque no me distraía del juego, ¿sabe, usted? Pero le digo que ese hombre es el mismísimo demonio -el tío Capacho se santiguó tres veces consecutivas-. Puede ver a través de las cosas.

-¿Y tú, qué?

Florencio el Panizo se ruborizó y se le atropellaron las palabras. Tenía un concepto sublime y casi feudal de la autoridad. Por fin, se arrancó y, entre tartajeos, declaró que si bien no hacía memoria de la plática a la que se había referido el señor pedáneo, sí de otra que escuchó nítida e íntegramente, el sábado, 18 de diciembre, días antes de que se organizara aquel disparatado barullo de la lotería.

Aquella tarde, Florencio el Panizo acudió a la cita del dominó, pero de mero espectador, porque el tío Capacho lo había descabalgado del tándem, por si acaso así, con -162- las mudanzas, la dichosa suerte se le ponía de cara y terminaban los denigrantes vapuleos que lo precipitaron en el descrédito y la burla. A la hora en punto de iniciarse la partida, se produjo el ritual y siempre pasmoso relevo de los hermanos Figueroa.

-¿Padre?

Don Erasmo continuó enfrascado en el periódico.

-Dime, Jeremías Kansas.

-Soy Isaías Dallas.

-Dime, Isaías Dallas.

-Acabo de juzgar a Chávez.

Don Erasmo pasó de página.

-¿Y cuál es la sentencia?

-La horca.

Don Erasmo bostezó imperceptiblemente.

-¿No tenías otra alternativa?

Isaías Dallas palideció.

-No, padre. No la tenía.

-Bien. ¿Y ahora?

-Hay que cumplirla.

-Por supuesto. Pero, ¿cuándo?

-Cuando tú digas, padre.

Don Erasmo entornó los ojos.

-¿Está todo listo, para la ejecución?

-Todo. Absolutamente, todo.

Don Erasmo chasqueó los dedos.

-¿Te has percatado del asunto, Jeremías Kansas?

-Sí, padre. Y te confieso que me resulta muy penoso.

Don Erasmo hizo un gesto de impotencia.

-A mí también, hijo, a mí también. Y es que ese Chávez empezaba a caerme simpático. -Y concluyó, con resignación-: Pero, a estas alturas, ya no podemos cambiar el curso de los acontecimientos. ¿Lo comprendes, verdad?

-Sí, padre, lo comprendo.

Don Erasmo acarició una de las fichas y colocó el pito doble.

-Pues, entonces, a lo tuyo, Jeremías Kansas. Cuanto antes lo ahorques mejor para todos.

Jeremías Kansas salió de la taberna y quince minutos -163- después don Erasmo Figueroa abatía de nuevo al tío Capacho por una diferencia abrumadora de puntos.

-Le digo que es el mismísimo demonio mi sargento.

-¿Y usted escuchó algo?

-Alguna frase suelta ya sabe. Estaba muy pendiente del juego y además con esta sordera qué quiere mi sargento.

Que se marcharan tranquilos. Que nada de comentarios. Que lo iba a poner todo bajo control. Que los avisaría, para formalizar el papeleo. Que de momento ni palabra, con nadie. Los acompañó hasta la puerta y los despidió ceremoniosamente. Luego, llamó a dos números y les ordenó que vigilaran de lejos y con la mayor cautela «Villa Soberana». Necesito saber qué hace esa gente, minuto a minuto, ¿de acuerdo? Y procurad que vuestra presencia pase inadvertida. Les entregó unos potentes prismáticos de campaña.

-Así, podréis observar hasta el mínimo detalle.

Al día siguiente, encontró a sus hombres con los semblantes como alumbrados por un fuego original y deflagrador.

-¿Qué?... ¿Cómo va el servicio?

Ambos se mostraron entusiasmados y dispuestos a cumplirlo escrupulosamente. El sargento sintió un legítimo ramalazo de orgullo. Son jóvenes, pensó, pero con un alto concepto de la disciplina y de la responsabilidad. De buena mañana, el sargento quiso inspeccionar, en persona, el teatro de las operaciones. Dio un amplio rodeo a la finca y descubrió por fin a sus subordinados agazapados entre los naranjos y forcejeando por la posesión del instrumento óptico. Se les acercó con sigilo y cuando ya se hallaba apenas a unos pasos emitió un leve carraspeo. Los guardias se pusieron de pie como impulsados por un resorte, y saludaron marcialmente.

-Está bien, muchachos, está bien -les dijo, en tono benévolo y distendido.

El sargento tomó los prismáticos, se los echó a la cara y giró la ruedecita que regulaba la visión. De pronto, estiró el pescuezo y la frente se le llenó de gotas de sudor. Acababa de captar la imagen de una hermosa mujer desnuda -164- y tendida sobre un lecho devastado sin duda, por la refriega del amor.

-¡Qué indecencia!... ¡Cuánta inmoralidad!... -exclamó, sin dejar sus investigaciones oculares.

La hermosa mujer sufrió un espasmo, arqueó el vientre, se manoseó los pechos y se quedó inerte, con los muslos entreabiertos. Debajo de aquel balcón de hierros artísticamente forjados, divisó a un hombre que empuñaba una carabina.

-Estos tipos son peligrosos -dijo.

Mientras, Isaías Dallas preguntó, refrenando angustias y cóleras:

-¿Adulterio?

Le llegó un desmayado síiiiiiii. Subió de tres en tres los escalones, penetró en la alcoba, con la impetuosidad de un huracán, y allí estaba Gisela, con las carnes estriadas y enrojecidas, por el sobo de seis manos invisibles. No lo resisto más, cariño, voy a morir de gusto, si continúa.

-Pero, ¿otra vez?

-Otra vez, cariño, otra vez -suspiró largamente-. Lo mismo que el año pasado.

Isaías Dallas tiró la *rémington* y se desplomó en la cama. Percibió el cuerpo tibio de la esposa violada por los circuitos del aire y se estremeció de cólera. Ofrecía un aspecto deplorable de desolación y vergüenza.

-¿Y desde cuándo?

-Desde hace dos o tres días. Casi desde que llegamos -se contuvo indecisa y vacilante por un remoto pensamiento de infidelidad-. Ayer te lo iba a decir pero no quise darle demasiada importancia. Creí que pasaría. Y sin embargo...

-¿Qué?

-...hoy ha sido más bestial que nunca... Seis ¿comprendes?

Isaías Dallas se levantó profundamente impresionado.

-¿Seis?

-Seis, cariño, seis. Y en media hora.

Isaías Dallas se enfureció y empezó a descargar puñetazos sobre la cómoda. En aquel instante supo que Gisela era víctima de algún impúdico ensalmo y maldijo la casa -165- y el lugar y a su propio padre que había extremado todo tipo de precauciones y que ni tan siquiera les permitía salir de los estrictos límites del parque.

-Tengo mis razones -le contestó abruptamente don Erasmo.

Cuando el 22 de diciembre último abandonaron «Villa Soberana» ante el temor de verse desenmascarados por los impertinentes periodistas, que acudieron en manada a Puebla, por aquello de la lotería, don Erasmo decidió tomarse unas vacaciones. Envío a Jeremías Kansas a Tánger, y a Isaías Dallas, con su ávida y despampanante mujer, a Cuenca, en tanto él se refugiaba en el discreto chalecito de la sierra, con sus dos desenfadadas y complacientes señoras, las gemelas María Magdalena y María Micaela, madres respectivamente de los gemelos Isaías y Jeremías o Jeremías e Isaías, que no había forma de establecer la auténtica relación de unos y otras. Una semana más tarde, contrató los servicios de una agencia de detectives privados y así recibía abundante información confidencial y periódica de cómo marchaban las cosas por Puebla del Socorro. Supo de las crispaciones del vecindario frente a la demoledora inclemencia de un tal Leo Ros, gacetillero obstinado en socavar los cimientos de la miserable pedanía en busca de una supuesta fortuna. Supo que el tal Leo Ros, en compañía de un baratillero llamado Cuatro Santos Coronados Barragán, individuo de muy mala uva y

peor laya, tras saltar las verjas de «Villa Soberana», habían husmeado por el jardín, en aquel punto, don Erasmo se desbarató y voceó que no consentiría tamaño allanamiento de morada, ante el regocijo de las gemelas que encontraron divertida la ocurrencia. Supo que el tal Leo Ros andaba en amoríos con una llamada Mercedes Amorós, individua desaseada y con catadura de *hippy* o por el estilo, pero, al parecer, doctora de profesión, dato éste aún por confirmar. Supo que la llamada Mercedes Amorós era, en efecto, doctora de profesión, si bien se la reputaba de bruja y curandera. Supo que el tal Leo Ros proseguía, tres meses después, emperrado en desentrañar el absurdo misterio de una lotería desvanecida. Supo que el tal Leo Ros se agarraba frecuentemente unas melopeas de época y que les echaba -166- billetes de a quinientas a las zorras del prostíbulo de *madame* Duchamp. Supo que el tal Leo Ros se fue a coger ranas, a un sitio que le decían Los Almarjos. Supo que el tal Leo Ros se lió en una poética de alucinaciones y que le cambió el nombre al río Segura por el de río Hudson, cambio que produjo graves alteraciones y no pocas reyertas. Supo que al tal Leo Ros lo visitaron los cronistas de la comarca, con el noble propósito de sacarlo de sus muchos errores, y que salieron de allí a patadas. Supo que el tal Leo Ros se disfrazó de pirata y que asaltó Puebla del Socorro. Supo que al tal Leo Ros le tendieron una añaaza los llamados don Felipe Ruiz de Peñamora, licenciado en Derecho y expulsado del ejercicio de la abogacía, por embaucador; Bienvenido Rufete, pedáneo del lugar y persona de vidriosos antecedentes; y el tío Capacho, viudo, sordo y perito en el juego del dominó, en aquel punto, don Erasmo experimentó un ataque de risa, ante el regocijo de las gemelas, que se divertían con cualquier cosa que hiciera o dijera su marido. Supo, por fin, que al tal Leo Ros se lo habían llevado en una ambulancia y que, desde entonces, Pueblo del Socorro recuperó su habitual placidez. Don Erasmo Figueroa se acarició su impoluto bigote a la fernandina, liquidó la abultada minuta de la agencia de investigación, llamó telefónicamente a Isaías Dallas y a Jeremías Kansas y los emplazó, para una semana después, en el chaletito de la sierra. Por último, se dejó ir una larga flatulencia de alivio. Cuatro meses con las gemelas era ya demasiado para su gastritis.

Cerca de «Villa Soberana», vislumbró al tío Capacho, entre la polvareda, y le dedicó un displicente saludo. El tío Capacho se santiguó, ojalá te partas el alma, tonto del pijo. Sobre las cinco de la tarde, pasó el cortejo fúnebre, camino del cementerio. No tenía idea de a quién iban a dar sepultura pero consideró un deber de buena vecindad rendirle un tributo de respeto y homenaje. Con sus hijos y Sitting Bull se acercó a unos cien metros y se quedó como de muestra, por unos presagios turbadores, en medio de aquellas solemnes campanadas a muerto. Luego acomodados en torno a la espaciosa mesa de nogal recomendó a todos mucha prudencia y prohibió a Jeremías -167- Kansas y a Isaías Dallas que abandonaran el parque de la casa solariega.

-Tengo mis razones -le contestó abruptamente a Isaías Dallas, cuando le preguntó el porqué de tan drástica reclusión.

Hasta que el sargento no vio con sus propios ojos a la esbelta mujer entregada a las solitarias obscenidades y al sujeto del rifle atisbando los alrededores de la finca no se tomó demasiado en serio el asunto. Pero a partir de aquel instante, activó sus pesquisas y se dispuso a emprender una acción sagaz y contundente. Interrogó de uno en uno, a los denunciantes y tuvo conocimiento, por Bienvenido Rufete, de que aquel periodista pendenciero y conflictivo había encontrado dos proyectiles, en el jardín de «Villa Soberana», cerca de la enlucida pajarera.

-Me lo confió Cuatro Santos Coronados, ahora que re cuerdo.

Pero Cuatro Santos Coronados estaba en Murcia. Su madre dijo que no sabía cuándo iba a regresar. Lo mismo se tira un mes, por ahí. El pedáneo ratificó sus palabras. Efectivamente, Cuatro Santos Coronados no asistió a los funerales de Aguedica Larrosa. Poco antes, se partió de Puebla, en bicicleta.

-Yo me preparaba para presidir el entierro, con Práxedes y el padre de la difunta, pues entonces me topo con Cuatro Santos Coronados, ¿te marchas?, le pregunto algo sorprendido, porque no me pareció el momento más adecuado, me marchó, respondió y añadió que no tenía género, para comerciar.

Inesperadamente, el sargento se interesó por aquellos rumores que le habían llegado acerca de una lluvia de billetes en cantidad más que de sobra, como para encapotar el cadáver de la joven.

-¡Cuatro chavos, mi sargento! -exclamó Bienvenido Rufete-, cuatro chavos ahorraticos, para el mal malo, que de poco le sirvieron a la pobre desgraciada -hizo una pausa-. Pero el velatorio estaba lleno de mujeres y qué le voy a decir yo a usted.

-Me lo figuraba, claro -afirmó el sargento, a quien no -168- se le pasó inadvertido el hecho de que hubiera varias casas cerradas.

-La gente empieza a emigrar. Aquí ya no hay trabajo. Entre la sequía y la mierda que lleva el río, ¿qué?

Pensó en el propio Práxedes Rabasco, enlutado y con una maleta de cartón piedra, camino de Almoradí, exhalando aún el melancólico olor de las flores mortuorias, me voy con mis padres, no soporto tanta soledad. O sea que la fiebre de inquietudes se había desmandado y Puebla se vaciaba definitivamente. Y él, con la carta de renuncia a medio redactar, el borrador en el bolsillo y la advertencia a Rita Senabre de que fuera preparando los bultos, para el viaje a Barcelona, donde el hijo mayor. El guardia civil pareció adivinarle el proyecto.

-Pero ustedes no se me van a ir, ¿eh? Que los necesito de testigos.

-¿Y con respecto a Cuatro Santos Coronados? -preguntó Bienvenido Rufete.

-No se preocupe. Si fuera preciso, se dictarían las órdenes oportunas de busca.

Eran las dos y soplaban un levante tibio, cuando salieron de la taberna. El tío Capacho se quedó en la fresca penumbra del establecimiento, absorto en una arquitectura de fichas de dominó. También tenía el equipaje listo y también recibió el anuncio del sargento de que no podía ni moverse de allí, en tanto en cuanto la superioridad no lo autorizara. ¡La Virgen!, qué de líos con todo aquello de la denuncia. Y, en cambio, don Felipe que los había embarcado en la peripecia, con el código en ristre, animándolos a cumplir con sus deberes y obligaciones de ciudadanos responsables, mientras revisaba el automóvil, yo y mi señora tenemos derecho a una temporadita de vacaciones.

Bienvenido Rufete quiso saber si el asunto iba para muy largo, se lo digo porque el hijo espera y hace ya mucho que no nos vemos, ¿lo entiendes? El sargento lo entendía, pero lo demás constituía *top secret*.

-Son cosas que tan sólo le incumben a la superioridad.

A duras penas, se envainó la soberbia que lo devoraba por dentro y mantuvo una reserva absoluta y lancinante, -169- porque era la primera vez en su vida de servicio, ya enfilando el retiro, que se le ofrecía la ocasión de revelar ostensiblemente, ante sus mandos naturales, esas dotes de estrategia que Dios le había dado y que él se había cuidado muy mucho de conservar y aumentar. Se despidió del pedáneo, llevándose la diestra al tricornio, con una sutil sonrisa de laureles: los dispositivos de la operación se encontraban a punto, de modo que sólo esperaba el requisito de los papeles judiciales, un insignificante trámite, sin más, y, obviamente la hora de pasar a la acción.

A las cuatro de la madrugada, el sargento y sus hombres se desplegaron alrededor de «Villa Soberana» y ocuparon las posiciones que impedían cualquier posibilidad de escapatoria. Después de comprobar el emplazamiento y distribución de las fuerzas y de repararles el santo y seña, el sargento golpeó, con la culata de su arma reglamentaria, la recia puerta de doble hoja. Les abrió una anciana con el semblante despavorido y casi simultáneamente y en lo alto de la escalera, don Erasmo Figueroa, en pijama amarillo limón y con una bigotera de redecilla. Entonces, el sargento dijo, con voz estentórea e imperativa, que quedaban arrestados y les conminó a deponer toda actitud de resistencia, por cuanto sería reprimida, con severidad. De inmediato, dejó a una pareja de guardia en el zaguán y, acompañado por otros dos números, recorrió alcoba por alcoba sacando a los somnolientos sospechosos al amplio corredor. Pero la presencia de la hermosa y excitante mujer en cueros, provocó tal alboroto entre los miembros de la Benemérita, que el sargento le mandó que se cubriera tanta y tan indecente exuberancia. Don Erasmo quiso hablar, pero se lo prohibieron bruscamente.

-Ya hablará usted cuando se le pregunte.

Por último, se procedió a un exhaustivo registro, en la casa y en el jardín: hojearon libros y manuscritos; revolicaron armarios roperos, cómodas y gavetas; tantearon paramentos y pisos; vaciaron baúles y cajones; y rastrearon y removieron macizos y parterres. A las seis y veinte de aquella mañana, y a unos tres palmos bajo tierra, descubrieron el cadáver. El sargento examinó los despojos y ordenó que no se tocara nada, hasta que el juez practicara -170- el oportuno levantamiento. Volvió junto a los detenidos y anunció triunfalmente:

-Señores, acabamos de encontrar el cuerpo del delito. Es inútil que continúen fingiendo.

En dos jeeps, trasladaron a los detenidos a la casa cuartel, mientras el gran danés Sitting Bull que no hizo otra cosa más que gastarle zalemas al sargento, se le confinaba en la perrera del veterinario municipal. Don Erasmo, Isaías Dallas, Jeremías Kansas, Gisela, el chófer antillano Bumba y las dos criadas permanecieron, hasta el mediodía, en una habitación de paredes hostiles, sin cambiar palabra y bajo la mirada fría y atenta de una pareja que los tenían permanentemente encañonados con sus subfusiles. A las doce y cuarto, condujeron a don Erasmo Figueroa a una oficina adyacente, donde se

encontraba el sargento recién afeitado, fresco y exultante, y otro hombre también de uniforme frente a una máquina de escribir. El sargento le dijo que se sentara y le mostró una carabina *rémington* y un revólver del calibre treinta y ocho.

-¿Reconoce usted estas armas?

-Por supuesto. Me pertenecen.

-Muy bien, muy bien. Creo que nos vamos a entender -dijo el sargento, quien, sin más preámbulos, cogió una enorme caja de cartón y vertió su contenido sobre la mesa: corbatas anudadas, pañuelos anudados, cordonerías, cintas de todos los colores anudadas.

-¿Qué significa?

Don Erasmo contempló aquellos objetos visiblemente apesadumbrado.

-Los imperdonables olvidos de mi juventud -dijo, con los ojos húmedos.

Cuando celebraba su mayoría de edad, don Erasmo Figueroa tuvo una crisis de memoria tan garrafal que se olvidó del sueño y permaneció, por espacio de un mes, preguntándose insistentemente qué coño era lo que tenía que hacer cada noche, hasta que, depauperado y en los puros huesos, lo internaron en una clínica de enfermedades nerviosas y le administraron una arrolladora terapia a base de sugerencias, músicas e hipnóticos, a consecuencia de la cual don Erasmo se olvidó del estado de vigilia -171- y se pasó los siguientes cincuenta y cinco días durmiendo y comiendo, en tanto dormía, con un apetito insaciable, de manera que cuando, al fin, lo despertaron, con estimulantes, duchas de agua helada y manteos, y con ánimo de que eliminara toda la celulitis que había acumulado, en su letargo, le prescribieron una dieta tan parva que, muy pronto, se olvidó también de la comida y ganó, sin proponérselo, un campeonato regional de ayuno voluntario. Su caso, calificado de extraordinario y único en los anales de la medicina, se sometió a consulta multitudinaria de eminentes doctores, expertos en las doctrinas de Mésmer y maestros en el arte del ilusionismo y de la prestidigitación. Después de examinar en repetidas ocasiones al paciente, de muchos debates y controversias, se llegó por referéndum a un diagnóstico y se elaboró el tratamiento correspondiente, merced al que don Erasmo aprendió a dormir, a despertarse y a comer, con cierta periodicidad. En aquellas condiciones, don Erasmo se enamoró de María Micaela y se casó con María Magdalena, o viceversa, pero ni aun así recuperaría del todo la memoria, hasta quince años más tarde. Y fue durante aquel prolongado lapso de tiempo, cuando don Erasmo adquirió el hábito de hacer nudos marineros, cada vez más historiados, en la corbata, en las cordonerías de los zapatos, en los calcetines, en el pañuelo o en cualquier tejido o pasamanería que solía echarse en los bolsillos previsoramente, para no olvidar las cosas importantes. Sin embargo, luego sobrevinía la desesperación; nunca lograba averiguar el motivo de tal o cual nudo, por más vueltas y vueltas que le diera, porque la memoria se le fugaba, con toda deliberación y alevosía, en los momentos quizá estelares de su juventud. Por último, y ante la impenetrabilidad del secreto, don Erasmo escondía el nudo, en una caja. Y así, muchos años después, cuando cumplió los treinta y siete, contabilizó y clasificó, lo mismo que un coleccionista de mariposas, hasta dos mil trescientas quince prendas anudadas, cuyos significados jamás había podido descifrar. Sin ningún género de duda, en ellas se

encerraba: la fórmula infalible para el juego de las quinielas, una aventura galante, los planos de algún tesoro oculto, un argumento -172- genial, una frase lapidaria, un hecho que también pudo haber sido histórico, la panacea para la gastritis o una alta recomendación para el ingreso en el cuerpo de telégrafos. En cualquier caso, todos aquellos trapos, ya desteñidos y apolillados, constituían el patrimonio de su juventud, un patrimonio estéril y misterioso, pero fascinante, casi como una urna funeraria, como una caja de enigmas desordenados. Mire, usted, que se lo repito, sargento, una caja de enigmas o incluso, y quién sabe, hasta la mítica caja de Pandora, sargento.

Pero el sargento aturdido por la apabullante locuacidad, golpeó la mesa con el matamoscas y le preguntó de sopetón:

-Y de Marotti, ¿qué?

La estratagema dialéctica surtió efecto, porque don Erasmo se tambaleó.

-¿Marotti?... ¿Marotti?... -balbuceó.

-Sí, sí, Marotti. ¿Quiere una ayudita?

Don Erasmo asintió, como un niño desvalido.

-Uno de los gemelos... Dos tiros... ¿Le basta?...

Don Erasmo se dio una palmada en la frente y sonrió.

-¡Ah!, ya caigo. Sí, las cosas de Jeremías Kansas que tiene una puntería fatal - reflexionó unos instantes-. Con uno sólo, hubiese sido suficiente, ¿no le parece?

-¿Con... con uno sólo? -ahora era el sargento quien andaba desarbolado.

-Pues, claro, hombre. Con un solo tiro. ¿Pero no ve usted que le disparó en la nuca y a veinte centímetros?

Al sargento casi le da un soponcio.

-Entonces... ¿lo admite?

-Pero, por supuesto, que lo admito, ¡faltaría más! Y aunque hubo un lamentable error, asumo toda la responsabilidad.

El sargento, lívido y sudoroso, se volvió al escribiente que continuaba impertérrito, en su puesto. Que no se le pase nada por alto, oiga.

-¿Y no pudo evitar aquel asesinato tan... tan infame? -el sargento se recuperaba, indignado.

-De ninguna de las maneras. Se hubieran ido todos mis planes al traste -don Erasmo se irguió, como muy -173- ofendido-. Le aseguro que tengo ya mucha experiencia y no

tolero que nadie se inmiscuya en mis asuntos profesionales, por más galones que luzca en la bocamanga.

El sargento se levantó y comenzó a sacudirle palmetazos al aire, con el matamoscas.

-¡Un respeto!, ¿me oye usted bien?, ¡un respeto, coño!

Don Erasmo se quitó la bigotera de redecilla que aún llevaba puesta, y el sargento le inyectó nuevos bríos al pasmoso interrogatorio.

-¿Y de Chávez, qué me cuenta?

-¿Chávez?... ¿Chávez?...

-Sí, sí, Chávez. Y vamos a darnos prisa, ¿eh?

-Es que así, de pronto, no recuerdo a quién se refiere.

-¿Quiere otra ayudita?

-Si es usted tan amable...

El sargento se rascó el cogote. Todo aquello le estaba resultando demasiado fácil, demasiado diáfano. No sé, pero hay algo que no encaja, dijo para sus adentros.

-Ahí va otra ayudita... El juicio... La horca... ¿Le basta?...

-¡Ah!, ya caigo. Sí Chávez, Feliciano Chávez, un buen hombre que se dejó arrastrar por la codicia y... En fin, le confieso que hasta me era simpático.

-Pero usted lo ejecutó, ¿cierto?

-Efectivamente. Tal y como lo había pensado, así lo hice.

-¿Y sus hijos?

-Mis hijos, ¿qué?

-Que qué papel tienen.

-¡Bah! El de meros comparsas. Se limitan a cumplir mis órdenes, del mismo modo que sus hombres, las tuyas. Pero el cerebro aún sigo siendo yo, ¿comprende?

-¿Por qué mandó ahorcar a ese tal Chávez?, conteste sin ambigüedades.

-Sin ambigüedades, sargento, porque *dura lex, sed lex*.

-¿Cómo?

-Que la ley es la ley, y se acabó -don Erasmo se impacientaba.

-¿Qué ley?

-Mire, sargento, su interés por mi obra, me halaga, pero está usted pasándose y me niego a responder a cualquier otra de sus impertinentes preguntas.

El sargento enarboló el matamoscas y amenazó a don Erasmo.

-¡Asesino!... ¡Asesino de mierda!... Siéntese y no me haga perder los estribos.

A don Erasmo se le demudó el color.

-¿Con qué derecho me insulta usted?... Exijo un abogado.

-¡Ajá! Ya me salió con esas, ¿eh, listillo?... Está bien, está bien, tendrá usted a su abogado, pero ahora mismo me va a decir quién es el muerto.

-¿El muerto?... Pero, ¿qué muerto?

-Que qué muerto so cínico... Pues entérese de una puñetera vez, coño, ¡el que tiene usted en el jardín!, ¿me ha oído, verdad?

Don Erasmo Figueroa se desplomó en la silla, como si fuera un viejo odre desfondado, y murmuró: ¿yo, un muerto en el jardín? Cuánta intriga y cuánta mezquindad. Luego, se incorporó, con una lentitud exasperante y en medio de un chasquido de huesos.

-¿Sabe usted exactamente con quién está hablando, sargento?

El sargento se recriminó sus irreflexivos y expeditos procedimientos y contempló turbado los nudos esparcidos por la mesa.

-Con... con don Erasmo Figueroa Perdines -replicó, después de ojear la documentación del detenido.

-Y también con Red Gordon, sargento.

El sargento se quedó estupefacto.

-¿Red Gordon?... ¿El autor de *Plomo salvaje para un cuatrero*?...

-Y de ochocientos sesenta y ocho títulos más.

El sargento no acertaba a disimular el sofoco cuando, para su fortuna, le avisaron de que el teniente lo llamaba.

-A sus órdenes, mi teniente.

-¿Qué?... ¿Cómo va ese caso?

-Pues, verá, usted, mi teniente, yo creo que...

El teniente se puso a pasear por su despacho, hasta que se detuvo detrás del sargento.

-Sargento...

-Sí, mi teniente.

-...deje en paz a esa familia.

-Sí, mi teniente. A sus órdenes, mi teniente.

Y cuando se disponía a salir, le soltó:

-Ah, un momento. Tengo un recadito del forense, para usted. Me ha dicho que para lo del cadáver de «Villa Soberana» hable usted con los del museo arqueológico.

-Como usted mande, mi teniente -el sargento se había puesto verde oliva, hasta las orejas.

Sobre las once, llegó el forense a «Villa Soberana». Le seguían otros dos individuos, probablemente funcionarios de la justicia. La Guardia Civil le abrió paso, cerca de la pajarera restaurada, donde se encontraban los restos exhumados, a primeras horas del día. El forense limpió cuidadosamente los cristales de sus gafas, se acuclilló junto a la fosa y examinó el cadáver que yacía entre cenizas y tizones. No tardó mucho en incorporarse y todos le oyeron decir que se trataba del cuerpo semicalcinado de un varón de considerable envergadura y edad mediana, y que debió perecer en un incendio o tal vez, ironizó, en la hoguera inquisitorial. En cualquier caso, dijo, lleva muerto unos ciento cincuenta o doscientos años. El forense parecía molesto y defraudado, alguien ha metido la patita, porque el hallazgo corresponde más a la arqueología que a la medicina legal, comentó a sus acompañantes, cuando ya abandonaba la finca, para trasladarse al cuartelillo.

Detrás del forense, salieron el pedáneo, Juan el del Melodra, el tío Capacho y algunos otros vecinos de Puebla, cada uno de los cuales se fue por un camino diferente, pero todos con el recuerdo compartido de los pronósticos del tío Maximino Meroño: tocará la vez en que saltarán por los cielos estas ruinas y estas tierras, y se descubrirá debajo la podre y el enredo, porque Puebla es tan sólo un sumidero de desperdicios. No, no desvarió el tío Maximino Meroño, en una agonía que pareció infundirle más clarividencia que nunca.

Juan el del Melondra tanteó, con ternura, las tapias del cementerio, buscando, como de costumbre, los impactos del plomo que desmenuzó a su padre. Una semana antes de la muerte de Aguedica Larrosa, y cuando preparaba los avíos, un aire de amatista revolvió el corral y le colocó la mano a la Sapa: antes de partir, susurró, mete tu hoz en

la mala hierba y levántala. Juan el del Melondra movió su pesada cabeza y miró para Bienvenido Rufete que se alejaba.

Bienvenido Rutete sintió la mirada insolente y despectiva del Senén y escuchó, con espanto, la descarga de fusilería que le colapsó unos alientos destinados a la agitación y a la blasfemia. Entró a su casa, por la parte trasera, echó la aldaba a puertas y postigos y le confesó a Rita Senabre todo lo concerniente a Senén el del Melondra: cómo dispuso su asesinato y enterramiento clandestino y cómo abusó de su viuda, con embustes y amenazas. Pero Rita Senabre continuó repasando la ropa interior, sin que asomara a su rostro ningún síntoma de sorpresa o de consternación, porque se trataba de cosas que siempre había intuido. Entonces Bienvenido Rufete maldijo a Leo Ros y a cuantos fueran de su misma hechura y, en cinco minutos, tomó la decisión de prenderle fuego al Catecismo Patriótico, algo incomprensible, pero necesario, en un mundo que se le volvía del revés. Luego, comenzó a escribir pausadamente la duodécima versión de la carta de renuncia al cargo.

A las tres en punto de aquella tarde, don Felipe Ruiz de Peñamora metió el equipaje y a Fuensanta en el vehículo, encendió el motor y esperó, unos instantes, mientras exponía su fatua efigie, en el marco de la ventanilla. Cuando consideró que ya se había alcanzado la temperatura idónea, arrancó suavemente y rodó, sin prisas, por la única y desierta calle de Puebla del Socorro. En el asiento de atrás, Fuensanta iba tan enardecida como una muchacha a la que acabaran de raptar.

Cuando vio el automóvil, el tío Capacho escupió, en el polvo. Ya conocía la noticia de que don Erasmo y todo su clan eran absolutamente inocentes de cuantos delitos les imputaron, en unos momentos en los que maduraron -177- el delirio y la revancha. Sonrió con amargura. Aquel tipo engreído y arrogante le había dado una nueva y definitiva lección, y quizá anduviera maquinando un urgente plan de represalias. Me merezco eso y más, aceptó el tío Capacho, quien con sus hábitos irresolutos y su penuria de temple, se equivocó otra vez, de medio a medio.

Tan pronto la Guardia Civil, entre excusas y atenciones, reintegró a don Erasmo Figueroa Pardines y a sus deudos y servidores, incluido el gran danés Sitting Bull, a la bonanza de «Villa Soberana», don Erasmo ordenó que recogieran y embalaran trastos y enseres, porque antes del anochecer emprenderían un largo viaje. No soporto esta casa y además ya saben que soy Red Gordon, dijo desmayadamente. Se encerró en su dormitorio y se puso a llorar. Por último, se despejó de la corbata, le hizo un nudo a la inversa y la depositó en la caja de los enigmas: quería perder la memoria de aquel lugar.

-[178]- -179-

△▽

Del catálogo de sombras, fábulas y desperdicios, y del plano monumental de las desolaciones de Puebla, que le anunció a Mercedes Amorós, privadamente, el torbellino incontrolado de la melancolía, cuando se consolaba imaginando lluvias

Toda la madrugada del viernes, 27 de mayo, se oyeron los pavorosos ruidos, por la parte del cementerio. De las pocas familias que aún quedaban en Puebla del Socorro, ni una sola pudo dormir, con aquel escándalo de residuos. «Era como si todos los muertos a la vez también quisieran abandonar la tierra», según declararían el mismo vecino que, a eso de las seis, alertó a la autoridad. Pero hasta las ocho y diez, no se personaron el cabo que componía partes de inspiración homérica y los agentes de la policía municipal Abdón el Mediochavo y Cristobalito Hernández, quienes, seguidos por algunos atemorizados habitantes de la pedanía, se dirigieron al lugar de los tumultos subterráneos.

Dos horas después, el cabo informó, por escrito, al alcalde de la destrucción del viejo cementerio de Puebla. «Ni un esqueleto, sano, ni un muro, en pie. De la impía y bárbara acometida, sólo se ha librado milagrosamente la sepultura de una tal Águeda Larrosa. El espectáculo de la tremenda profanación resulta impresionante, y el hedor, insufrible.» El cabo describía, con minuciosidad de agobio, las características del vehículo causante, sin duda, de tan gran estrago, y que permanecía en un aparcamiento de osamentas, con el chasis desjarretado y el motor expeliendo humos acres y untuosos. En el cumplido pliego de precisiones y escolios, se consignaban la matrícula y otras circunstancias previstas para unas averiguaciones superfluas, porque entonces ya se sabía, por el fluido chismorreo, -180- que había sido Juan el del Melondra quien compró el tractor, al contado, y quien derrumbó las tapias del cementerio y desperdigó las mondas.

-Cuando lo vi, en aquella máquina, llevaba encima toda la fatalidad de una plaga -dijo un hornero de Algorfa.

-A la luz del alba, se le salía el infierno por los ojos -dijo un seminarista de Benejúzar.

-El miércoles en la tarde, lo sentí pasar y tenía el aura de un amanecido de la pesadilla -dijo un citricultor de Bigastro.

Por los abundantes y espontáneos testimonios verbales, el cabo dedujo que Juan el del Melondra, más funesto y sulfurado que nunca, debió de permanecer unos tres días con sus noches, a bordo del tractor, recorriendo la comarca y adiestrándose en el manejo de los mandos, antes de ejecutar la execrable empresa.

Y así fue talmente como sucedió. A Juan el del Melondra se le consumió algo más de un mes, en interpretar el enrevesado mensaje de la Sapa. Luego, arrasó el campo santo y se puso en paradero desconocido de por vida. De cualquier modo, la corporación acordó literalmente echar tierra al asunto. Durante las últimas semanas, Puebla se había convertido en un hervidero de incógnitas, discrepancias y sobresaltos.

La Sapa reapareció el 22 de abril, tras un prolongado período de silencios, para murmurar dieciocho acertijos, en las dieciocho casas habitadas de Puebla. Reapareció junto al fogón de la cocina de la Aguedica, con su letanía apenas inteligible, pero constante y solemne, y se deslizó, casi en vilo, hacia la penumbra de la cuadra, cuando la Aguedica se ramificaba con los dolores del mal malo y Práxedes Rabasco, recomido

de remordimientos, espiaba la trampilla del sobrado. Con indulgencia, la Sapa susurró: la lluvia que se derrame sobre uno y lo cubra, ahogará al otro en la aflicción.

Bienvenido Rufete, pedáneo de Puebla del Socoro, estuvo hasta el amanecer rumiando desazonadamente arcanciles crudos y pan cenceño. Lo levantó de un repullo el bisbiseo de la Sapa que se había cobijado en los rescoldos -181- del camaranchón. Vencida la sorpresa, el somnoliento pedáneo se disponía a reanudar su descanso de estrépitos, cuando le alcanzó, como un soplo de premoniciones, el aviso de la sombra: el cielo se eclipsará igual que un papel que se enrolla y se moverán los suelos y tú pondrás tu verdadero sello en la cabeza de quien te sigue y te ha de preceder. Bienvenido Rufete, muy intrigado por las sibilinas palabras, permaneció atento, hasta que la oyó ascender, a pequeños y mansos brincos, por los peldaños de acceso a la sala. Sólo entonces sobrevino el holocausto de alcachofas y pan ázimo, mientras apremiaba los gozosos tránsitos, ahora que ya Leo Ros no constituía ningún obstáculo.

Y se operó el prodigio de nuevo: la Sapa visitó, por las intangibles galerías de Puebla, las dieciocho casas aún habitadas. En la de Rosa de la Luz musitó: que nadie vuelva ya a comer fruto de ti. No mucho después, y sin detenerse en su laberíntico itinerario, dijo en el despacho del licenciado don Felipe Ruiz de Peñamora: aquel que oculta al monstruo de los diez cuernos, conocerá pronto a la prostituta que le crece en su desprecio. La voz liviana de la Sapa dejó helado a don Felipe, que andaba enfrascado en la lectura de prospectos turísticos. Eso me suena a anfibología bíblica, pensó con indiferencia. Pero repentinamente cogió un voluminoso tomo del diccionario enciclopédico y se dedicó a descifrar la incómoda adivinanza.

A los maitines, cuando Juan el del Melondra preparaba los avíos agrícolas, sin figurarse para nada su destino tremebundo de zahorí de calaveras, la Sapa le sugirió: mete tu hoz en la mala hierba y levántala. Juan el del Melondra se rascó la pelambre, se echó la legona al hombro y emprendió la andadura, hacia la tierra de las camarrojas. Más de un mes le llevaría dar con la interpretación del oscuro mensaje.

El crudo esplendor de la mañana primaveral sumergió a Puebla del Socorro en una atmósfera saturada de ansiedades y celos. Las gentes iban y venían, en una apariencia de cotidiana normalidad. Pero nadie soltó palabra, ni nadie publicó los esmerados planes de evacuación familiar. Acaso en el ventorrillo o en el fortuito encuentro, -182- unas insinuaciones de viajes y mudanzas, unos entrecortados pretextos de salud o de penuria insoportable, ya sabe, siempre entre la sequía y la inundación, que sí, que las cosas se les ponían de mal en peor. Mucho más tarde, se hablaría ocasionalmente de una efímera fiebre de acucias y desconciertos, provocada, según todos los indicios, por determinados productos residuales que envenenaban el ya menguado caudal del Segura, ante el pataleo de la tropa de ecologistas que se desmelenaba en sus campañas heroicas, río arriba, río abajo, acopiando firmas, denunciando la escandalosa situación de las depuradoras y apelando al articulado constitucional, en medio de los títeres y la charanga. Con el tiempo, y después de un verano tórrido de mosquitos y presunciones palúdicas, el apóstol de las aguas, Carlos Cases, se referiría en sus soflamas a Puebla como ejemplo del desastre de la contaminación, y pretendería officiar una misa de *corpore insepulto*, por el cauce de un río podrido, ocasionando así el estupor de los sectores del conservadurismo comarcal y las iras de una clerigalla ensotanada y robliza que lo acusó de sacrílego y le apuntó con una bula de excomuniones. En aquellas

circunstancias, regresaría Mercedes Amorós a la Vega Baja, tras una ausencia de casi medio año.

A las seis y treinta y cinco del 23 de octubre, Mercedes se despertó con el aturdimiento de una lluvia espesa que caía más allá de los límites de la incertidumbre, se asomó a la ventana y vio el estropicio de vidrios, cuando una furgoneta, arrastrada por la avenida pluvial, se estrelló contra el escaparate de un comercio de zapatos. Aquel mismo día decidió su regreso. En el transcurso de los meses, se le había acumulado una nostalgia perturbadora que remedió, al principio, poniendo en claro las notas de sus heterogéneas y desquiciadas investigaciones, luego, con el empleo interino en algunos centros hospitalarios, y por último, tomando baños de mar, en las playas de Moraira. Pero con un septiembre todavía achicharrado, apeló al recurso del juego de los caprichos y se pasó las horas imaginando lluvias. De tanto oír las repiquetear en los tejados de sus íntimas figuraciones, no supo que diluviaba de verdad el 23 de octubre, hasta que vio toda una -183- escuadra de zapatos que navegaban intrépidamente calle abajo. Entonces evocó el río y a las gentes del río, y tuvo la convicción de que iba a volver muy pronto. A eso de las ocho, arreció el aguacero y Mercedes salió de su dormitorio, para reconfortarse con la quietud dominical de la casa. Sólo la abuelita Gertrudis estaba también despierta y sentada en su lecho, con baldaquín, ajena a cualquier meteoro, mientras contemplaba, como si fuera la primera vez, los antiguos álbumes de cuero repujado de las fotografías.

Desde la patética muerte de Aguedica Larrosa no sabía de Puebla más que rumores pintorescos y alguna confusa confidencia telefónica: el filicidio perpetrado por un tal Bienvenido Rufete, una extraña calentura de vagabundeos y deserciones, el hallazgo de los restos de un individuo remoto, la detención de un famoso autor de leyendas y gestas del Oeste americano, el irreverente y venático asalto al cementerio. A consecuencia de aquella avalancha de influjos perentorios, Mercedes Amorós sintió que un delicado hálito de vestigios indelebles la trasladaba, por los circuitos de la memoria, al lienzo de un bolígrafo estancado, en las aguas corrompidas y nauseabundas de la desembocadura, como un presagio de trastornos y zozobras. Y detrás estaba Leo, inexpugnable a pesar de sus voluntariosas pretericiones. Sólo la lluvia torrencial despejó el espejismo, cuando ya se pronosticó el retorno que pulverizaría, una vez más y con qué descaro, la siempre frágil tregua paterna y la extraviaría de nuevo en unos vaivenes que nunca terminaban en ningún sitio. Se marchó de forma irrevocable, el viernes siguiente, mientras don Alberto despotricaba, doña Patricia sucumbía a los enredos domésticos y la abuelita contaba daguerrotipos.

Y una tarde se acercó a Puebla. Llevaba casi tres semanas por las enmarañadas rutas del territorio, en visiteos, saludos y agasajos, y de repente la envolvió el torbellino de la melancolía y la sumió en un trance de enfrentamientos. Curiosamente el inmediato pasado no era más que una sucesión de eventualidad y peripecias, sin demasiadas garantías de realidad, nadie tenía muy claras las cosas y ni tan siquiera conocían el emplazamiento de -184- Puebla, un lugar de alborotos efímeros, calamidades y descabelladas historias de viejas, que la contaminación y la pertinaz sequía concluyeron por desbaratar. ¿Y Leo Ros?

-¿Leo Ros?... Ah, ¿el periodista?... Un tipo borracho, pendenciero y fracasado.

Pero ahora Mercedes sabía que no. Aplacó la furia de una respuesta de guerra e hizo un esfuerzo por concentrarse en sus recuerdos. Porque todas las infidencias se le habían disipado en el transcurso de un incandescente agosto, cuando vislumbró a Práxedes Rabasco, en la exhalación de un bólido de color azul de Prusia, con una corte de muchachas de pechos de reclamo enfilando las brisas, o cuando casualmente registró, en una revista del corazón, las imágenes en colorines de Phil y Fuenchu, marqueses de Peñamora, protagonizando la función de anfitriones, en un convite fastuoso de champañas y moluscos exóticos y afrodisíacos, con las músicas de una orquesta de doce profesores y una comitiva de pirotécnicos explosionando carcasas de artificio, en la noche incitante del sur. Pues poco antes de todos aquellos ecos mundanos, don Felipe se bautizó de anglosajón, con un trasplante de inverosímil cabello rojo alambrado, y Fuensanta se destapó, por fin, sofisticada y procaz, se estrenó una expresión de mascarilla cosmética, se vistió audazmente de encantos maduros, se deslizó por las aventuras del adulterio y permutó el jardinero inventado en la desesperación de la soledad, por una nómina de jóvenes y apasionados amantes a sueldo, que ella nunca puso límites a las cuestiones del fornicio. Fuenchu Peñamora exprime las más alabadas virilidades, comentaban por el litoral de las chiripas, mientras Phil exhibía episcopalmente un desmesurado sello de oro, con el escudo de su arcaico linaje, qué despilfarro de hombres, hija, qué despilfarro.

Por su parte, Mercedes hubiera querido confiarle a Leo sus singulares descubrimientos. Pero tuvo que desistir, tras una primera llamada, porque Lidia se blindó de distancias y altanería.

-Le agradezco su interés profesional, señorita. Pero no es necesario que se moleste.

-185-

Leo continuaba en una clínica, desintoxicándose de alcoholes y veleidades. Y trató de rehabilitarlo en su recuerdo y lo resumió en la busca de un espacio de inocencia, por aquella geografía fluvial y aparcada en el hábito de la tradición, tan incauto y empecinado en sus pesquisas de la lotería fantasmagórica que se hundió en una ciénaga de conspiraciones y persistió porfiadamente, sin que a su albedrío lo fustigara el escarmiento, cuando le dijo que no pensaba abandonar el asunto.

-Es como un reto.

-¿Un reto?

Entonces él se volcó, muy vital y elocuente, en un pasado truculento de tragedias y tristezas, para reincorporarse a la bulliciosa noticia de la esperanza y escribir un reportaje de júbilos y afanes.

-Voy a presenciar el origen de un nuevo mundo.

Tenía una voz de pionero y le contó perifrásicamente el galimatías del maestro de postas y del hombre que siempre corría.

-¿Y bien?

Porque no acababa de descifrar aquel lío y Leo sólo sonrió, con cierta vaguedad. Estaba como desvalido y a Mercedes se le caldeó el corazón de ternura y reanudó sus acosos, segura ya de que lo amaba, casi desde que se conocieron en las afueras de Puebla, una mañana de viento. Pero Leo jugó limpio y le advirtió que tenía mujer e hijos, uno de veinte años.

-Yo he cumplido veintiocho, ¿sabes? -Mercedes pretendía desguazar escrúpulos e impedimentos-. Y no soy virgen.

Se hallaban en las dunas de Guardamar, entre los pinos, y ella se desnudó e hicieron el amor, Leo con una sospechosa inapetencia venérea que la molestó, aunque no quiso reprocharle nada y fingió un intenso placer. Luego se tumbaron sobre la arena, extenuados y en silencio, y Leo la besó en la frente y lo notó tenso y como resentido.

-¿Qué te ocurre?

Leo se levantó y echó a andar hacia el coche. Ya oscurecía.

-Vámonos -dijo.

-186-

Al hilo de las pistas revueltas y fragmentarias de sus vacilantes peregrinaciones, llegó un día de baile a Callosa de Segura, para renovar el desconuelo de sus primeras experiencias médicas, en el ambulatorio de los culos acribillados de incordios y de los dedos amputados, donde se le murió un niño estrojado por la electricidad, sin que ni las mismas enfermeras y el mismo titular a quien ella sustituyó por entonces, tuvieran memoria del trance que la postró en una crisis de culpa original y se la llevó por el río, cada vez más arrebatada por los portentos del hechizo, de las plegarias herméticas y de las raíces con virtudes curativas, que era tanto como regresar a la condición de un estado de gracia.

-¿Y tú de qué huyes? -habría de preguntarle Leo Ros, instigado por su insaciable curiosidad periodística.

-No lo sé. En cualquier caso, no creo que importe. Pero, si te sirve de algo, no transijo ni con las imposiciones ni con los convencionalismos.

Leo la miró con una mirada escéptica. Aún se encontraban al principio y las relaciones resultaban esquivas y contradictorias. Luego sobrevino una época de entendimiento y Leo le reveló algunas de sus extravagantes averiguaciones, lo que no dejaba de ser un síntoma alentador de avenencia afectiva. Pero los imprevisibles cambios de actitud, más frecuentes con el paso de los días, la sacaban de quicio, hasta que Leo Ros adquirió la facultad de mudarle a su antojo el nombre al río, a las personas, a los pueblos, a los pájaros, a los árboles y a las bebidas. A ella, la llamaba indistintamente Jackie, Phoebe y Hannah, y sintió celos de aquellas mujeres que se ocultaban en un universo de delirios y a las que nunca lograría suplantar. Todo se precipitó a raíz de la incursión al distrito de las ranas, porque, desde entonces y hasta que lo cargaron en la ambulancia, sólo recobró una conciencia lúcida y fugaz, en dos o tres momentos en los que la vida se le había vuelto de espaldas y escrutó su propio

destino de timonel de las tinieblas, antes de agazaparse en el vértigo de los delusorios mundos.

En sus tránsitos por los vericuetos de la vega que se prolongarían hasta las vísperas de la Navidad, Mercedes -187- Amorós se apartó de las viejas amistades intencionadamente y vagabundó por solares de señores de horca y cuchillo y se alojó en una vetusta posada, ya fuera de las rutas del comercio, con un vasto patio para los carruajes de antaño, convertido en ortigal y refugio de perros escuálidos. Pasó toda una semana de nubes, sin salir de aquel ámbito desabrido y sombrío, donde probablemente se desangró el último barón de La Dehesa, como un emperador romano, degollado por sus siervos. Una vez le dijo Leo que pensaba escribir una antología de alucinaciones y desmesuras o una crónica negra o quizá un guión cinematográfico del género *désuet*, como el filme expresionista de Vicent Price y su bisabuela apasionada del clavecín, y allí estaba el clima mórbido requerido, la bruma viscosa, con un aceptable tono abrasilado, sin duda, efecto especial de una Hannah de pesadilla, a la que odiaba más que a una rival despampanante y seductora, pero hecha a la medida de los seres de la especie perecedera. Pasó una semana de nubes, tratando de encajar las piezas y de recomponer una frágil filigrana calidoscópica y no consiguió más que desvariar, con aquel tinglado de espejos y remembranzas. Desde su reciente visita a Puebla, Mercedes Amorós adquirió costumbres táctiles.

-Puebla aún no ha sido fundada -le dijo Gabriel Escudero, en el fondo de su salita de estucos, con destellos como de acuario, por donde navegaban estatuillas de porcelana y conchas de carey.

Porque la tarde en la que se acercó a Puebla invadió un laberinto de abandonos y luego no atinaba a discernir el regreso y estuvo durante cinco horas de frío confundida, en la única calle, por los vientos de artimaña. Eran vientos como de alcanfor y membrillo, para preservar el herraje de los goznes, los candados y los cerrojos de la herrumbre y del olvido. Golpeó, de una en una, las puertas aseguradas con travesaños de madera y escuchó el retumbo inhóspito de los espacios deshabitados. Mercedes Amorós tanteó los muros y rozó, con repugnancia, la pata seca de un macho cabrío que conmemoraba la locura de Leo Ros.

-188-

-Te esperaba, querida Jackie, aunque me parece que ya no hay respuesta.

Aquellas fueron sus últimas palabras, antes de que ella huyera acosada por los sicarios de la terrible Lidia, hija de un bizarro militar retirado en la victoria y de una dama wagneriana. Mercedes reprobó su apocada conducta y su entrega a un desconocido, mientras buscaba una sombra, pero todas las casas y todos los rincones de todas las casas de Puebla eran ya una misma y única sombra, que se crecía crepuscularmente en la única calle.

-Puebla aún no ha sido fundada.

Al día siguiente, almorzó con Gabriel Escudero y su padrino le dijo:

-Tal y como te anticipé, no he encontrado constancia alguna de la existencia de Nicomedes Gallardo, ese prodigioso y viripotente canónigo.

-¿Entonces?

Gabriel Escudero se encogió de hombros.

-No lo sé. Pudo tratarse de un impostor o simplemente de un personaje legendario.

También puso en duda la realidad de Leo Ros.

-Pero si estuvo aquí, conmigo -exclamó Mercedes, con verdadero estupor.

El ginecólogo en comisión de moribundo recalcitrante apuró su segunda taza de té verde.

-Mi memoria, querida Mercedes, expulsa lo anodino e impertinente en el plazo de un mes.

Sin embargo, ella recordaba hasta los más insignificantes detalles de aquella hermosa noche de febrero, cuando Leo paseó bajo la luna, de regreso a Almoradí.

-Es como un *allegro corrompido* de Vivaldi.

Se refería a las turbulentas relaciones del ahora desperdigado don Nicomedes con la niña Marcela, víctima de un mal aire de amancebamientos y prostituida en su alcoba de muñecas de cera. Luego se acostaron y por primera vez Leo la abrazó, se liberó de sus habituales inhibiciones y la amó frenéticamente, entre caricias y besos interminables, como un tren de mercancías. Aquella hermosa noche de febrero, Mercedes se sintió ocupada por algo que si no era la felicidad, se le parecía mucho. Bien -189- de mañana, Leo se levantó del lecho desbaratado y silbó una melodía dulce y reiterativa, en tanto se afeitaba y se daba masajes en el rostro, con un líquido como el berilo dorado y con la fragancia de las azucenas. Mercedes se desperezó, todavía en cueros, y observó a Leo igual que si fuera un héroe de la literatura. Durante seis días consecutivos, se produjeron refriegas de vehemencia sentimental. Pero al séptimo, Leo no acudió a la cita.

-No lo espere -le recomendó Cuatro Santos Coronados-. Don Leo está en el palacio del placer.

Mercedes se informó acerca de aquel ignorado establecimiento y le dijeron que era un prostíbulo regentado por una tal *madame* Duchamp. Mercedes sufrió un impulsivo ataque de pique y, por último, se desmoronó en el llanto, porque comprendió que no había remedio. Después de una breve tregua de reposo y recíprocas solicitudes, a Leo se le desbordó la ansiedad de las persecuciones y destinó sus repuestos y descomunales ímpetus a desvelar el paradero de las afortunadas papeletas de la lotería, estimulado por el alcohol y por el descarro de aquellas gentes a las que tenía prácticamente acorraladas en Puebla, sin que nadie lograra disuadirlo de sus propósitos. Mercedes insistió en vano. Incluso recurrió a tretas de hembra provocativa y salaz, pero Leo ya nunca la deseó como antes. Mercedes, muy consternada por aquella señal de desprecio, se armó de paciencia y esperó que de nuevo se apaciguara la azarosa y fantástica exploración del

periodista. Pero Leo era una criatura de naturaleza versátil y a pesar de algunos otros esporádicos forcejeos, no pronunció jamás ni una sola palabra de amor. Desconcertada, Mercedes no renunció ni siquiera después del espantoso incidente de Los Almarjos que habría de arrastrar a Leo a las últimas y fatales consecuencias de una aventura sin objeto. Tan sólo cuando lo vio divagando por los borrosos confines de la demencia, se impuso la lógica y reclamó una ayuda que le hizo trizas el corazón. Luego, con el estridente ululato de la ambulancia, escondida en el naranjal, se reprochó su cobardía y su ignorancia, porque ni sus conocimientos médicos ni todo su recetario de magias le habían servido para salvar a aquel hombre contradictorio -190- y casi incorpóreo, cuya memoria se obstinaba exacerbadamente en rehabilitar, guiada por el egoísmo de exculpar su conciencia y redimirse de tanta melancolía. Porque ya no le quedaba ninguna oportunidad para la esperanza.

-Mire, doctora, don Leo no se acostó con las chicas de *madame* Duchamp. Sólo les tiraba dinero y les decía que iba a poner a Puebla patas arriba.

A finales de noviembre, se encontró con Tónico Cañizares que ejercía de fotógrafo ambulante, aunque se quería especializar en retratos de novios, bautizos y onomásticas, y llevaba colgada sobre el pecho, con ufanía, una soberbia cámara *asahi pentax*, que Mercedes aún recordaba.

-Un tipo raro ese don Leo.

Mercedes Amorós tiritó súbitamente, en el *ángelus* otoñal. Muy raro, mucho, pensó. Entonces Tónico Cañizares la sorprendió con la pasmosa revelación de que el mal parado Leo Ros fue también un profeta. ¿Un profeta?, preguntó ella, entre el aturdimiento y la incredulidad. El retratista neófito le repitió, con la mayor solvencia, que sí, que como lo había oído, que fue un profeta, y conste, doctora, que se lo aseguro por mis muertos. Y le contó cómo, en una de las pocas ocasiones en las que Leo estuvo tomando copas en el ventorrillo de Puebla, se encaró con la parroquia y les dijo: esta tierra es tierra de antepasados y ya es hora de que todos vosotros la pongáis al día o muy pronto la abandonaréis.

Unas dos semanas más tarde, Mercedes comprendió que nunca conseguiría recomponer aquel infinito rompecabezas. Había regresado con el consuelo de la lluvia y de la bonanza del espíritu, pero no hacía sino embolicarse más y más, en aquella disparatada y absurda empresa. Particularmente cuando recurrió a su padrino y se le figuró, en medio de un orbe de cachivaches traslúcidos y frías reverberaciones, gentilmente nocivo. Mientras tomaban el té y dialogaban sobre asuntos errátiles, Mercedes tuvo la impresión de que se estaba sumergiéndose en un abigarramiento de cosas disecadas y de que Gabriel Escudero era ya un repulsivo destrozo anatómico conservado en una solución acuosa de formaldehído. Bajó los escalones de -191- a dos en dos, con el propósito del olvido fiado a los impulsos de su juventud. En la calle, abrió su maletín de médico y lo vació de hierbas y de papelitos con ensalmos y conjuros. Luego cogió el primer coche de línea para la capital. Y cuando el autobús arrancaba, se acercó un hombre que corría, golpeó con los nudillos en el cristal de su ventanilla, gesticuló y le gritó algo que no pudo entender.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

